

¿EN QUÉ QUEDAMOS?

¿SON O NO SON
DEICIDAS LOS JUDIOS?

Pro. Dr. DAVID NÚÑEZ

¿EN QUÉ QUEDAMOS?
¿SON O NO SON
DEICIDAS LOS JUDIOS?

EDITORIAL PRESENCIA EN EL MUNDO
BUENOS AIRES

Nihil Obstat.

Imprimatur.

Censor eclesiástico Pbro. Juan Dan

Impreso en Argentina

Hecho el registro que ordena la ley N° 11.723.

© David Núñez, 1967.

Impreso por Gráfica Dintel, Virrey Liniers 313, Buenos Aires, 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, del año del Señor de 1967.

PROLOGO

Este libro lo ha escrito su autor sin miel y sin miel. Cada lector sacará de él lo que den de sí las disposiciones personales con que lo lea.

No disimula en él su propósito, y si hiere, lo hace a cara descubierta y con las armas que la razón le suministra.

Tal vez pudiera ser no acertado en algunas de sus apreciaciones, pero en todo caso está preparado a soportar los justos contraataques a su buena fe, que son el patrimonio de todos los que se sienten llamados a decir la verdad tal como la tienen en su alma y la sienten en su conciencia.

Confiesa el autor haberlo escrito con santa independencia, pero eso sí, siguiendo las normas del Concilio Vaticano II, que concede a las Comunidades, y a fortiori a cada cual "no ser impedidos en la enseñanza y en la profesión pública de palabra y por escrito de su fe". (Declaración sobre la libertad religiosa, nº 4).

El autor

Capítulo I

ALGO SOBRE EL "ANTISEMITISMO"

1 — En el presente trabajo se trata no meramente de distraer un poco la atención del lector, sino de hacer que la dirija a una cosa muy seria que, después de haber tenido un tiempo en tensión al mundo cristiano particularmente, pues a él es a quien principalmente interesa, se ha visto escandalizado con una declaración que, si bien no es todo lo fuerte que deseaban y por malas artes pretendieron que fuera sus verdaderos autores, los judíos o "judaizantes" (véase el último capítulo), con todo ha tenido la virtud de introducir en el pueblo cristiano y no cristiano el signo de Satanás: la confusión, a su vez signo de victoria. Divide, et vinces, decían los antiguos.

2 — Circula entre nosotros el libro del P. Rafael López Jordán S. J., titulado: *No son deicidas*, en que trata de probar esa tesis con una "Presentación" propia suya, y en todo el resto del libro a base de trabajos ajenos, de diversos personajes, entre los cuales prevalecen cardenales y obispos anglosajones, que ya en repetidas ocasiones han figurado, más que como "progresistas", como "ultraprogresistas" en el terreno religioso.

3 — El autor comienza su "alpinismo por la pared abrupta del problema", y salva la altura con alguna que otra razoncilla, abundantes dichos de esos y otros personajes, muchísimos de ellos enteramente insustanciales, y también con alguna escapatoria.

Pero con todo eso no solo no aporta una prueba concluyente, sino que deja la impresión de una bien calculada intriga política, de las tantas que suelen urdir los judíos para eliminar las defensas del mundo cristiano contra sus pertinaces ataques, mezclando habilísimamente un asunto de aplastante responsabilidad para el pueblo judío (por algo se esfuerzan en arrojarlo de sus espaldas) como es la Pasión y muerte de N. S. Jesucristo, con otro que no tiene nada que ver con él: el "antisemitismo", palabra de nuevo cuño y sobre todo de un nuevo significado ficticio, tan difuso que sirve a maravilla para englobar en él a todos los que tienen la fatalidad de criticar sus simples fechorías o sus verdaderos crímenes.

¡Y a eso no hay derecho!

4 — Deseo que quede bien claro y asentado ya desde el principio que yo de mí puedo decir con toda verdad dos cosas: 1º) que creo sinceramente que los judíos fueron deicidas, en el sentido que más adelante se explicará; 2º) que NO TENGO EL MAS REMOTO ODIO A NINGUN JUDIO, NI POR SER JUDIO NI POR NINGUNA OTRA CAUSA, pues soy católico, y los católicos no podemos odiar a nadie.

Pero eso no obsta para que *odie sus malas artes* como las de otro cualquiera, guardándome bien de que ese mi odio pase a las personas.

5 — Aclarado esto, queremos también dejar constancia de que en este escrito *nos guiamos solo por el amor de lo que creemos ser verdad*, como nos esforzaremos por probarlo.

Y como yo, creo que hay y hubo de veinte siglos a esta parte centenares de millones de buenos cristianos que creyeron firmemente que los judíos fueron y son deicidas, en el sentido que luego explicaremos, sin ser “antisemitas” en el sentido que ellos calculada y maliciosamente dan a esta palabra, a saber, dispuestos al odio, al rencor y la persecución de los judíos, *nada más que por ser judíos*.

Y ya que por primera vez nos ha salido al paso en este escrito la palabra “antisemita”, no podemos ocultar el gran deseo que tenemos de acabar de una vez para siempre, si pudiéramos, con ese mito del “antisemitismo”. Reconocemos que esto nos es imposible, pero eso no obstante nos vamos a permitir algunas breves indicaciones bibliográficas en donde los lectores podrán estudiar más a fondo los siguientes puntos sobre el “antisemitismo”, por más raros que les parezcan sus enunciados.

1º — Los judíos provocan el antisemitismo porque así conviene a sus fines de hegemonía universal. (Véanse *Protocolos de los Sabios de Sión*, trad. esp.

de la 3a. edic. italiana, editorial Novissima, Roma 1938, págs. 166-77. — *Sabios de Sión*, edic. NOS, Madrid 1963, págs. 88-89. — Y sobre todo el libro: *El Dinero de Hitler*, traducción del holandés con comentarios en el mismo por M. Carlavilla, págs. 215-229. El título en holandés es: *De Geldbronnen van het National Socialisme* (Fuentes financieras del Nacional Socialismo).

2º — El antisemitismo es UNA COLOSAL MENTIRA (l. c., pág. 193-209).

3º — El antisemitismo de Hitler fue financiado por los judíos (*Sabios de Sión*, edic. NOS ya citada, págs. 88-89).

4º — El antisemitismo es hijo de la filosofía alemana, que a su vez lo es de la doctrina cabalístico-talmúdica judía (l. c. de NOS, págs. 13-19, con la bibliografía que allí se cita).

5º — La invención del antisemitismo hace pagar los crímenes de unos pocos judíos perversos, a todo el pueblo de Israel inocente (l. c.), lo cual es muy lamentable, sin duda.

6 — Con respecto a lo que muchos dicen que el Concilio Vaticano II ha condenado expresamente el "antisemitismo", dicho así en general y sin hacer ninguna distinción, es sencillamente una falsedad.

La decisión del Concilio sobre este punto ha sido justa y prudente, no obstante las incautas presiones a que se ha visto sometido. Porque no concede im-

punidad al crimen individual solo por el hecho de ser judío quien lo ejecute, y menos aún a la secta o grupo de judíos talmudistas nacional o internacional; ni condena el Concilio todo "antisemitismo" de cualquier clase que sea.

7 — Porque hay varias clases de "antisemitismo": económico, social, político, religioso y moral.

Es lícito y aun obligatorio el antisemitismo económico, contra la dura e intolerable dictadura del dinero ejercida por la Banca internacional judía. Léase el sustancioso libro de Henri Coston, *Por dinero rueda el mundo*, donde se hallan bien documentadas las increíbles maquinaciones de la Banca judía para apoderarse de todo el dinero del mundo y con ello someterlo a una esclavitud diabólica, conforme al plan trazado en los famosos Sabios de Sión.

8 — *Es lícito y aun obligatorio el "antisemitismo" social*, contra los revolucionarios natos, confirmado por sus mismas palabras. He aquí algunas afirmaciones sacadas todas de obras judías:

"La revolución mundial que estamos viviendo hoy será una cosa *exclusivamente en nuestras manos*... Esta revolución fortalecerá la hegemonía de la raza hebraica sobre todas las otras razas". (En el periódico *Le Peuple Juif*, de París 8 de Enero de 1919).

9 — Marcus Eli Ravage, judío rumano, dijo en dos artículos publicados en los números 3 y 4 de la re-

vista norteamericana *Century Magazine*, de Nueva York, en Enero de 1928, bajo el título de: "A real case against the jews":

"Nos acusáis de haber encendido la revolución moscovita: sea, *aceptamos la acusación*. Y con eso ¿Qué?

"Gritáis tanto por la influencia hebrea en vuestro teatro y en vuestras películas; concedido. Vuestros lamentos son justos. Pero, ¿qué puede significar todo eso en comparación de la preponderante influencia que ejercemos en vuestras iglesias, en vuestras escuelas, en vuestros regímenes y hasta en los mismos cambios que se producen en vuestro mundo intelectual?"

"Supongamos (pues claro que hay que suponerlo) que los Protocolos de los Sabios de Sión son auténticos. ¿Qué puede significar eso ante la *innegable acción histórica de conspiradores que hemos desempeñado?*"

"Vosotros no habéis logrado conocer ni siquiera el principio de nuestra culpa."

"*Nosotros somos invasores, somos destructores, somos subvertidores*. Nosotros hemos tomado posesión de vuestro mundo natural, de vuestros ideales, de vuestro destino, y nos hemos burlado de todo eso.

"Nosotros hemos sido la causa principal de la última guerra y de casi todas vuestras guerras."

"*Nosotros hemos sido los promotores no tan solo de la revolución rusa, sino también de todas las grandes revoluciones de la historia.*

“Nosotros hemos provocado y seguimos provocando discordia y contrastes en vuestra vida pública y privada.

“Nosotros hemos cambiado todo el curso de vuestra historia. Os impusimos un yugo, como vuestra potencia no supo imponer a Africa y Asia. Y todo esto sin armas... Nosotros hemos realizado todo esto tan solo con las ideas y la propaganda.

“Nuestro terruño del pasado se ha convertido en vuestra Tierra Santa.

“Nuestra literatura nacional se ha convertido en vuestra Biblia. Una doncella hebrea es vuestro ideal de la maternidad y de la feminidad. Un profeta hebreo *rebelde* ocupa el centro de vuestra devoción...

“Consideremos las tres grandes revoluciones modernas, la francesa, la norteamericana y la rusa ¿*Qué fueron si no un triunfo de la idea hebraica?*”

“Con alivio, nosotros reconocemos que el “goim” (cristiano) *jamás logrará descubrir la verdadera gravedad de nuestra culpa.*”

10 — Las palabras transcritas, no son de un anti-semita, ni de un fascista, ni de un nazi, ni de un árabe de hoy. Son de quien conoce bien la acción política de sus jefes.

He aquí un judío con agallas para decir la verdad abierta y claramente.

Gracias a que los cristianos no le creen, que si le creyeran, podrían temer los judíos no se realizasen

aquellas otras palabras dichas por otro judío en un raptó de sinceridad:

“Los que os matan, se os parecen: y aquellos que os respetan, no se os parecen. Que si los hombres fueran judíos, no subsistiría un judío entre los hombres.” (Albert Caraco, *Apologie d’Israel. Plaidoyer pour les indefendables, Apologia de Israel. Defensa de los indefendibles*. París 1957, pág. 134). Véase o. c., edit. “NOS”, p. 17 y Traición a Occidente de Traian Romanescu p. 233-35.

11 — *Es lícito el antisemitismo político* para combatir a muerte a los que no solo han hecho posible la revolución comunista, sino que la han provocado, como se acaba de leer; y además porque la han pagado y la fomentan por todos los medios posibles, según decía, no un analfabeto, sino nada menos que el que llegó a ser “Premier” de Inglaterra, después de haber escrito las palabras siguientes:

“El pueblo de Dios coopera con los sin Dios; los más ardientes acumuladores de la propiedad se unen a los comunistas... Y todo ello *tan solo porque quieren destruir la Cristiandad*”. (Así escribía el judío Benjamín Disraeli en: “*Life of Lord George Bentinck*”, p. 497).

Es lícito el antisemitismo religioso contra los que afirman que no admitirán otra religión más que la suya cuando sean los amos del mundo, aunque caiga el mundo en el más grosero ateísmo. (Véase “Pro-

tocolos de los Sabios de Sión, edic. italiana ya citada p. 103, 105, 191.

12 — Finalmente, *es lícito un antisemitismo moral* contra los amorales en la política y los inmorales en las costumbres, cuyo fin es la demolición y desintegración de los pueblos cristianos (Véase "*La gran conspiración*", págs. 248-50). Basta recordar el nefasto Hollywood, con una población del 60 % de judíos, que monopolizan el cine difusor de todo lo negativo, de todo lo corrosivo, de todo lo anticristiano e inmoral que ha infectado y anegado al mundo moderno en una nauseabunda ciénaga de podredumbre moral, ya sin freno capaz que pueda contenerlo, y que constantemente sigue elevando a la categoría de "estrellas" (¡ !) a una pléyade miserable de repugnantes prostitutas.

13 — Estos antisemitismos y otros de ese jaez que quedan, fomentados por la judería internacional a título de provechosísimos negocios, son lícitos y no puede haberlos prohibido el Concilio. Solo ha "deplorado" el Concilio el antisemitismo *racial* como el que ejerce el semitismo tipo kabalístico-talmúdico respecto de los cristianos: "el mejor de los "goim" (cristianos) merece ser muerto" (*Talmud*, tratado Aboda Zara, 26 b).

14 — El antisemitismo *racista*, que condena al judío, como si por solo serlo estuviera fatalmente incli-

nado al mal, por su sangre y raza; es *anticristiano*, porque es materialista, y con eso ya está dicho todo. Y además es injusto, porque carga a todo un pueblo el horrendo crimen que le atribuye el judío Benjamín Disraeli, de "querer destruir la Cristiandad". Ese crimen pertenece SOLO A UNOS CUANTOS PERVERSOS "y no a todo el pueblo judío ni muchísimo menos. Como tampoco todo el pueblo judío está implicado en la trama judío-masónica de destrucción universal.

15 — Lo malo de esa parte buena de Israel está en varias cosas:

La primera es que ningún judío, que sepamos, ha denunciado jamás intencionalmente a ninguna de esas personas o entidades judío-masónicas, que constituyen las fuerzas ocultas que, aliadas con todas las fuerzas del mal, trabajan intencionadamente con todos los medios puestos a su alcance para destruir la Cristiandad e instaurar el dominio universal de su raza. En una palabra: a esos que el autor de: *Con Cristo o contra Cristo* llama "mafia" y nosotros llamamos "judería".

La segunda es que ningún judío, que sepamos, ha hecho algo o lo suficiente para diferenciar a los judíos autores del crimen de esa Humanidad y Cristiandad, de la gran masa del pueblo judío inocente de tal crimen.

La tercera es que, al contrario, muchas personalidades judías, sobre todo escritores, y quién sabe si con la intención de camuflarse mejor entre todos, imprudentemente atribuyen *al pueblo hebreo en masa* ese para ellos “glorioso” crimen de procurar destruir por cualquier medio a toda la Cristiandad, y ninguno se ha procurado de diferenciar a los verdaderos criminales internacionales de la masa judía honesta e inocente; y eso, si *no justifica, sí que explica* el “pogrom” y el genocidio judío.

16 — En esto sí que se ha equivocado su innegable agudeza de ingenio. Interpretan maliciosamente como *“antisemitismo”* lo que es simplemente defensa de la religión, patria y vida. No tienen derecho a quejarse, porque los pueblos en esos trances no discriminan entre inocentes y culpables: su moral es moral de guerra, sin escrúpulo de hacer víctimas inocentes.

Antes de quejarse, pues, de “antisemitismo”, vea el verdadero, el honrado e inocente pueblo judío si tiene vocación de suicidio, al no querer expulsar de su seno a los que quieren destruir la Cristiandad, porque los pueblos acosados hasta morir, tarde o temprano se defenderán para vivir.

Capítulo II

¿SON O NO SON DEICIDAS?

17 — Y puesta al margen esta desviación del argumento de este libro, veamos si podemos decir nosotros algo más positivamente probatorio que lo que se dice en el libro que impugnamos, empezando nuestro alpinismo también con los bríos que exige el alzarse por lo más escarpado de la montaña, pero calcando las huellas de las sencillas palabras de Jesucristo, que ya de entrada en su predicación lanza al rostro de los judíos el reto claro y terminante de estas comprometedoras y falsamente desmentidas palabras: “¿Por ventura no os dio Moisés la Ley, y sin embargo ninguno de vosotros la guarda? ¿Por qué me queréis matar?” (¹).

“A mí, hombre que os ha dicho la verdad que oyó de Dios; eso Abraham no lo hizo” (²).

18 — “Por esto los judíos, prosigue San Juan, buscaban con mayor ahinco matarle, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que decía a los su Padre, HACIÉNDOSE IGUAL A DIOS (³).

(¹) Jn. 7, 19-20.

(²) Jn. 8, 40.

(³) Jn. 5, 18.

Y en el capítulo 8 ya citado: "Sé que sois linaje de Abraham, pero buscáis matarme, porque mi palabra no ha sido acogida por vosotros" (4).

19 — Finalmente, cuando el drama ya llegaba a su fin, dice el sagrado Evangelio: "Y desde aquel día resolvieron matarle" (5).

En vano, pues, y mentirosamente se excusarán ante Pilatos de que ellos no podían matarle, porque no les era lícito matar a nadie (6). ¿Con qué intención presentaron a Jesús la mujer adúltera haciéndole la capciosa pregunta: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. En la Ley (7) nos ordena Moisés apedrear a estas; tú ¿Qué dices?" (8).

20 — En todos los casos arriba enumerados se ve claramente que con el pronombre personal "ME" queréis matar, Jesucristo se refiere a sí mismo. Pero no puede referirse ni a la divinidad, por ser esencialmente inmortal; ni al alma, que lo es naturalmente. Luego se refiere a lo propio suyo de El que podía morir: al cuerpo. Bien lo significa con estas palabras: "Buscáis quitarme la vida" (9). ¿Qué vida? La vida

(4) Jn. 8, 37.

(5) Jn. 11, 53.

(6) Jn. 18, 31.

(7) Lev. 20, 10; Deut. 22, 22 sgts.

(8) Jn. 8, 4-5.

(9) Jn. 8, 40.

humana que Dios tenía real y verdaderamente *como propia* por su encarnación en la naturaleza humana del hombre (10).

21 — Pero el pronombre personal tomado escuetamente o en su propia significación, no hace referencia a una sola parte del ser, sino a todo él, o por mejor decir, a aquello que lo representa o es la razón constitutiva y principal del ser a quien el pronombre se refiere.

Así, “MI” mano, en tanto es mano, en cuanto está unida a “MI”, es mano y vive como mano en alguien, que soy yo, poseedor de esa mano. De ahí que cuando las partes del compuesto personal hacen o padecen, dan o reciben, todas sus acciones o pasiones tienen como último término de donde proceden o en donde se reciben, la persona que las posee: de ella proceden y a ella se atribuyen.

22 — La razón es porque, como dicen los filósofos, las acciones y pasiones son de los supuestos. No se puede decir que la mano golpea, sino que golpea el hombre por la mano; ni la mano duele, sino me duele la mano, o que el hombre siente dolor en la mano.

(10) Como se ve, en casos así y otros muchos no sólo podían matar lícitamente, sino que *debían*, para cumplir la voluntad de Dios expresada por la Ley. Luego si pusieron esa excusa fue porque, sabiendo que era inocente y que no tenían ninguna causa legal para matarle, querían hipócritamente echar a Pilatos la culpa de su muerte.

Siendo esto así y tratándose de seres racionales, lo principal del ser a que se refieren el nombre y el pronombre que le sustituye, *es la persona*; porque las sustancias que son partes de todo el compuesto no subsisten en sí mismas sino en la hipóstasis o persona, que es la poseedora de todo el compuesto. Y si en algún caso especialísimo, como acontece en el misterio de la Encarnación, dos naturalezas se unen de tal manera que una de ellas no pueda adquirir por la unión ninguna perfección nueva, sino sólo un *nuevo modo de existir*, entonces esa naturaleza (en este caso la naturaleza divina) retiene la hipóstasis o personalidad propia; la otra, empero, con quien la primera se une, pierde en la unión la propia hipóstasis, o mejor, no adquiere con la unión la propia hipóstasis que naturalmente tendría que tener si existiera separada de la primera, y subsiste por la hipóstasis más perfecta.

23 — En la Encarnación, pues, la naturaleza humana carece de hipóstasis o persona humana y subsiste en la persona del Verbo.

Luego, cuando Cristo decía, y esto es a lo que va dirigido todo este racionamiento o explicación, “ME” queréis matar, con ese “ME” se refería a la persona, aunque bien sabía El que su persona no podía morir.

Por tanto, de las palabras de Cristo se desprende que, aunque los judíos no pudieran matar LO PRINCIPAL EN CRISTO, lo más íntimo y constitutivo de

su ser, que es su PERSONA, él se refería a ello cuando les echaba en cara que le querían matar, por más que supiera, que, aunque los judíos no lo podían hacer, eso era LO QUE QUERIAN HACER.

24 — Y ese es el sentido claro y obvio que todos damos a esa palabra cuando decimos que fulano mató a zutano. Sabemos que no pudo matar su alma, sino, sólo una parte y la menos importante del sujeto: su cuerpo. Y, sin embargo, decimos con toda verdad que mató a tal sujeto. Si aconteciere que el sujeto a quien mató fuera rey, con toda razón decimos que mató al rey, a la persona del rey; conforme a lo que dijimos antes que, siendo las acciones y las pasiones propias de los supuestos, aunque *lo que obra y padece* propiamente es la naturaleza, el *principio último*, intrínseco y radical de donde parte y a quien corresponde y se atribuye la operación, sea activa o pasiva, es el supuesto o persona, tratándose de entes racionales; porque la naturaleza no podría obrar ni recibir si no subsistiera en la persona cuya es, porque primero es existir que obrar.

25 — Haciendo, pues, ahora la aplicación a Cristo de todas estas nociones filosóficas y de sentido común, que no podrá negar ningún católico, tenemos: en Cristo hay una persona con dos naturalezas: una *propia* en cuanto Dios, y otra *apropiada* por la Encarnación del Verbo.

Pero siendo una la persona, la del Verbo, que sustenta las dos naturalezas y, por tanto, uno el principio o sujeto que obra y padece, a El, a ese sujeto, a esa persona hay que referir todas sus acciones y pasiones, porque de ella parten y en ella terminan.

26 — Luego así como cuando se da un bofetón a uno, aunque el dolor físico lo reciba solo el cuerpo, la *injuria moral* la recibe la persona y sola ella, porque el cuerpo es incapaz de recibirla; cuando se lo mata, se mata sólo el cuerpo, no el alma, pero solo ésta recibe la injuria de privarla de la vida que tenía en el cuerpo con quien vivía unida. De manera que así como el alma, aunque siga viviendo en sí, ya no vive y ha muerto a la vida en que el cuerpo y con el cuerpo tenía; así, tratándose de Cristo, aunque los judíos sólo matasen su cuerpo, siendo como era ese cuerpo apropiado sustancialmente por el Verbo de Dios y viviendo como vivía en él y con él el Verbo de Dios o Dios mismo, le quitaron a Dios esa vida que vivía en y con el cuerpo de Cristo. Quitar la vida a otro es matarlo.

Luego, si los judíos quitaron la vida al cuerpo de Cristo en que vivía Dios, mataron a Dios en el sentido explicado y, por consiguiente, los judíos son en el riguroso sentido de la palabra, verdaderos deicidas.

27 — Hemos sacado esta conclusión considerando las palabras de Cristo, pero también podríamos lle-

gar a lo mismo considerando las palabras de los judíos.

En efecto, no eran estos tan ignorantes que no supieran que siendo Dios inmortal por esencia no podían matarle, de haber reconocido como Dios a Cristo.

Ni ignoraban que, siendo el alma inmortal por naturaleza, tampoco podían matarla.

Al querer, pues, matar a Cristo ⁽¹¹⁾, querían lo mismo que al querer matar a Lázaro ⁽¹²⁾, hacer desaparecer su vida y con ella su persona. Se dirá tal vez que ahí precisamente está la excusa de los judíos, en que ignoraban que la persona de Cristo era divina: que no sabían que era Dios. Es cierto, pero también en esa ignorancia está su culpabilidad.

28 — Por de pronto ya hemos probado que, considerada la cosa *objetivamente*, los judíos mataron a Dios, en el sentido que Dios encarnado podía ser muerto (ya explicado) y que es el mismo en que podía nacer o empezar a vivir.

Considerada la cosa *subjetivamente*, se dice que no fueron culpables de deicidio, porque no sabían que Jesucristo era Dios.

Mas ¿por qué no lo sabían? ¿Por ignorancia inculpable o culpable? Aquí está toda la fuerza de la cuestión.

(11) Jn. 11, 50; Mc. 14, 64.

(12) Jn. 12, 10.

29 — Veámoslo acudiendo a las palabras de Jesucristo, que son de más autoridad que todas.

“Si yo no hubiera venido y los hubiera hablado, no tendrían pecado” ⁽¹³⁾. El pecado supone conocimiento, y en este caso conocimiento voluntariamente rechazado, porque en faltando cualquiera de las dos cosas, no hay pecado. Y ese conocimiento, cuyo rechazo voluntario implicaba pecado en aquellos a quienes Cristo se dirigía, no era el de Cristo *como hombre*, porque eso ellos demasiado lo sabían y reconocían que lo era: “Respondieron los judíos: Por ninguna buena obra te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, *siendo hombre* (sólo), te haces Dios” ⁽¹⁴⁾.

30 — Luego, según Jesucristo, los judíos *tenían o debían tener* ya el conocimiento *necesario y suficiente* para reconocerle como Mesías enviado de Dios y, por tanto, como verdadero Dios, según las Escrituras, en las que decían ser maestros; de lo contrario *no podrían tener la culpa que realmente tenían y que Jesucristo les echaba en cara*. Porque nótese que Jesucristo jamás les habló para probarles que era hombre, pues eso hubiera sido enteramente inútil, ya que demasiado lo veían ellos; sino que siempre les habló para probarles que era el Mesías enviado de Dios y, como ya se ha dicho, que era el mismo Dios.

⁽¹³⁾ Jn. 15, 22.

⁽¹⁴⁾ Jn. 10, 33.

¿Cómo y por qué debían tener ese conocimiento cuya falta los hacía culpables ante Dios? Por sus obras, que fue la principal y más convincente manera como les habló Cristo para tratar de probarles su divinidad. Veámoslo.

31 — “Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan” (15), “porque las OBRAS que mi Padre me ordenó hacer (nótese el fin de esta ordenación de Dios), esas mismas obras que hago dan testimonio acerca de mí que el Padre me ha enviado.” (16) Léase todo el pasaje.

“¿De aquél a quien el Padre santificó y envió al mundo decís vosotros: Blasfemas, porque dije: Soy hijo de Dios? (17).

“Si yo no hago las obras de mi Padre, NO ME CREAIS; más si las hago, ya que no me creéis a mí CREED A MIS OBRAS, PARA QUE SEPAIS Y ENTENDAIS que mi Padre está en mí y yo en mi Padre” (18).

“El que me aborrece, aborrece también a mi Padre. Si yo no hubiera hecho entre ellos obras que ningún otro hizo, NO TENDRIAN PECADO; pero ahora NO SOLO NO HAN VISTO, sino que me aborrecieron a mí y a mi Padre sin motivo” (19).

(15) Jn. 5, 36.

(16) Jn. 5, 36.

(17) Jn. 10, 36.

(18) Jn. 10, 37-38.

(19) Jn. 15, 23-25.

“Habiendo obrado tan grandes milagros en presencia de ellos, no creían en El” (20).

32 — Nótese el fondo que late en estas palabras de Cristo: “Pero ahora, no solo no han visto, sino que me aborrecieron a mí y a mi Padre sin motivo”.

“Ahora”. ¿Cuándo es ese “ahora”? Después de no haber visto tantos milagros como hizo en su presencia. ¿Y porqué no los vieron, o mejor, qué significa ese: no los vieron? Porque con los ojos del cuerpo sí que los vieron (Jn. 11, 47). Significa que no los vieron con los ojos del alma. Más ¿por qué no los vieron? Porque *no quisieron* verlos. Por eso tuvieron la culpa que les echaba en cara Jesucristo y en la que al fin, así como voluntariamente cayeron en ella, así también en ella voluntariamente murieron (Jn. 8, 21).

— Pero ¿por qué no quisieron verlos? Por el odio que le tenían, y por ese odio, no solo su ignorancia de la divinidad de Cristo era AFECTADA Y MAS CULPABLE, como diremos luego, sino que preferían envolver en su odio también al Padre (Jn. 8, 24-25), con tal de no reconocer a Cristo su divinidad.

33 — Dejemos el comentario y sigamos. “Oyeron esto algunos fariseos que estaban con El y dijeron: ¿Con que nosotros también somos ciegos? Díjoles Je-

(20) Jn. 12, 37.

sús: SI FUERAIS CIEGOS NO TENDRIAIS PECADO, pero ahora decís: VEMOS y vuestro pecado es permanente" (21). En resumen, según estos testimonios tenemos: Que Jesús enseñó a los judíos la verdad de su mesianidad y divinidad; que confirmó esa verdad con muchos milagros u obras de su Padre Dios; que presenta esas obras como testimonio NECESARIO Y SUFICIENTE de la verdad que les había enseñado: su mesianidad y divinidad, para que los judíos pudieran *ver y entender, si quisieran*; que los judíos veían esa verdad, porque no eran ciegos, pero no la creían *porque no querían creerla*, pues tenían pecado, y el pecado supone *necesariamente ver la verdad y rechazarla voluntariamente*.

34— En fin, que si no entendían las palabras con que Cristo les enseñaba la verdad de su Padre, era porque en sus almas no había lugar para ella (22), y no lo había porque la tenían llena de odio gratuito (23). Así lo dijo el profeta Isaías (24) y mejor aún en el cap. 6, 9-10, como lo anota el Evangelio: "Para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías que dice: "Señor ¿Quién prestó fe a nuestro mensaje?, y el brazo del Señor ¿a quién ha sido revelado?". Por esto no pudieron creer, porque también había dicho el

(21) Jn. 9, 40-41.

(22) Jn. 8, 37.

(23) Jn. 15, 24.

(24) Is. c. 7 en la edic. de los 70 intérpretes.

profeta Isaías: "El ha cegado sus ojos y endurecido su corazón, no sea que con sus ojos vean, con su corazón entiendan y se conviertan y los sane" (Jn. 12, 37-40; Mt. 13, 13-15 y Hechos 28, 26) ⁽²⁵⁾.

⁽²⁵⁾ Nótese diligentemente varias cosas acerca de este y otros muchos pasajes semejantes de la S. Escritura, que podrían parecer un poco raros o ininteligibles.

En el verso 38 se dice: "Para que se cumpliera la palabra del profeta Isías", con lo cual se quiere dar a entender que el raticinio sólo anuncia la incredulidad, no la causa de la misma. La causa está en la libertad humana que resiste a la gracia iluminativa de Dios. Por esto los judíos SON RESPONSABLES, pues la tuvieron abundantísima, pero libre y obstinadamente la rechazaron.

Se expresa además una simple *consecuencia*, presupuesta la visión anticipada de los hechos; o bien la *finalidad* inherente a la conexión lógica de los mismos. Dios en su eterna visión los vio como en el correr del tiempo iban a ser, y se la anticipó al profeta para que la anunciara *con el fin* de que cuando acontecieran esos hechos que *cumplían la profecía*, pudieran servir de signo o señal divina para reconocer al futuro Mesías, o mejor, al ya PRESENTE Mesías. (Is. 7, 14).

En el vers. 39 se dice: "Incapaces de creer". Es la incapacidad consecuente a la mala voluntad que antes dijimos. Incapacidad consecuente a la ceguera voluntaria en castigo de sus pecados, principalmente de su infidelidad a Dios.

En el 40, "Cegó sus ojos". La acción de Dios no intenta la ceguera del hombre, pero de hecho la produce en los que la reciben *culpablemente indispuestos*. Tal aconteció en los judíos con los milagros portentosos de Jesucristo, principalmente con la estupenda resurrección de Lázaro que, aunque por sí misma fuera capaz de abrir los ojos del entendimiento a todo el mundo (Jn. 11, 47-48) que la presencié, como de hecho se los abrió a muchos (Jn. 11, 45 y 12, 10-11; 17, 19); sin embargo a los fariseos se los cegó de tal manera que desde ese punto y por ese tan grande como innegable milagro, resolvieron matar a Jesucristo (Jn. 11, 47-52) y al mismo Lázaro (Jn. 12, 10-11).

35 — De todo lo cual se sigue que los judíos no estaban tan ciegos acerca de la divinidad de Jesucristo como suelen suponerlos quienes los defienden y quitan toda responsabilidad en el deicidio propiamente dicho.

Quitar la responsabilidad a los judíos es hacer de Jesucristo, o un ignorante que no sabía lo que se decía, o un malvado, porque los acusa de un gravísimo pecado que no tenían.

Y como ninguna de las dos cosas puede admitirse, porque ambas niegan la divinidad de Jesucristo, se sigue que, supuesta la clara y terminante acusación que hizo a los judíos de su gravísimo pecado, *hay que admitir forzosamente que fueron formalmente deicidas.*

¿En qué grado lo fueron? Eso ya es cosa que solo Dios puede determinar.

Pero insistamos un poco más en el Evangelio, primerísima y esencialísima fuente para aclarar definitivamente el punto principal en que estamos.

“Nuestro Padre es Abraham”, decían los judíos a Jesucristo. Más “Jesús les respondió”: Si soís hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Pero ahora buscáis QUITARME LA VIDA a mí, hombre que os ha dicho la verdad que oyó de Dios; eso Abraham no lo hizo. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre... *Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro Padre* ⁽²⁶⁾.

(26) Jn. 8, 44.

El es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad . . . Pero a mí, porque os digo la verdad, me queréis matar" (27).

"¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios; pero vosotros no las oís, porque *no soís de Dios*" (28).

36 — ¿Y cuál es esa verdad que los fariseos confiesan que Jesucristo enseña como "hombre veraz y que enseña los caminos de Dios" (29), pero que a pesar de eso ellos no querían creer; esa verdad que Jesucristo confirma con tantísimos milagros hechos ante ellos (30) y que cuando venga el Mesías no hará más ni mayores (31), esa verdad que ellos mismos no podían negar por más que frecuentemente lo intentaron, incluso atribuyéndolos al mismo Satanás (32); esa verdad que los fariseos reconocían expresamente: "¿Qué hacemos, por qué este hombre hace muchos milagros?" (33); esa verdad que ellos veían, porque no estaban ciegos (34) y conocían la Ley (35), y que por ese mismo conocimiento resultaban ser más cul-

(27) Jn. 8, 37, 39-45.

(28) Jn. 8, 46-47.

(29) Mat. 22, 16.

(30) Jn. 12, 37.

(31) Jn. 7, 31.

(32) Lc. 11, 15; Mc. 3, 22.

(33) Jn. 11, 47; 9, 16.

(34) Jn. 9, 40-41.

(35) Jn. 7, 49.

pables y tan obstinados en sus pecados, hasta “no tener excusa en su pecado” ⁽³⁶⁾ y llegar a “morir en su propio pecado” ⁽³⁷⁾; esa verdad que conocían muy bien, porque sabían que El se la había dicho muchas veces ⁽³⁸⁾ y que a pesar de eso y aun por eso mismo, esto es, por esa misma verdad que les había manifestado los judíos querían matarle: “Por esto los judíos buscaban con mayor ahinco matarle, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que decía a Dios su Padre, HACIENDOSE IGUAL A DIOS” ⁽³⁹⁾. “Respondieron los judíos y dijeron: No te apedreamos por ninguna buena obra, sino por la blasfemia, pues que tú, siendo hombre (solo) te HACES DIOS” ⁽⁴⁰⁾?

37 — ¿Cuál era, pues, en fin, esa verdad que, a pesar de serles muy conocida no la querían creer?

Esa verdad era la siguiente.

Estamos ante el tribunal supremo de Israel que condenó a Jesús. El Pontífice se reviste de toda su autoridad y pregunta con gran majestad y con toda la solemnidad que exigía la ocasión y causa que se ventilaba, después de tres años de lucha continua y que ahora se iba a resolver definitivamente.

Pregunta el Pontífice a Jesús:

⁽³⁶⁾ Jn. 15, 22.

⁽³⁷⁾ Jn. 8, 21-24.

⁽³⁸⁾ Mt. 22, 16; Jn. 8, 40.

⁽³⁹⁾ Jn. 5, 18.

⁽⁴⁰⁾ Jn. 10, 33.

“Te conjuro que nos digas de una vez si tú eres el Cristo, hijo de Dios bendito” (41).

Y Jesús confiesa clara y taxativamente que así es, sabiendo que con esa confesión sellaba su propia muerte, pues bien sabía El que esa era la causa principal por la que querían matarle.

Confiesa esa verdad que ya habían profetizado claramente los profetas David e Isaías, David en el Salmo 21 y en otros, e Isaías en los siguientes pasajes y en muchos otros: (42 - 44).

38 — Pero esa verdad tan claramente predicha por los profetas no hacía mella en las cerradas mentes de los judíos porque, aunque conocían bien las Escrituras, las entendían voluntariamente mal. “Escudriñad las Escrituras, les decía Jesucristo, ya que en ellas creéis tener la vida eterna, pues ellas dan testimonio de mí” (45). Y si las entendían voluntariamente mal, las practicaban mucho peor: “¿Por ventura no tenéis la Ley que os dio Moisés? y NINGUNO de vosotros *cumple la ley*. ¿Por qué tratáis de matarme”? (46), porque las abandonaban por seguir sus personales conveniencias (47).

(41) Mc. 14, 61; Mt. 26, 63.

(42) 42, 1-7.

(43) 49, 1-7; 50, 1-11.

(44) 52, 13-15 y 53, 1-12.

(45) Jn. 5, 39.

(46) Jn. 7, 19-20.

(47) Mc. 7, 6-13.

39 — Y la razón última por qué las abandonaban era sencillamente porque no creían en ellas. “No penséis que vaya yo a acusaros delante de mi Padre; hay otro que os acusará: Moisés, en quien vosotros esperáis. Porque si creyérais a Moisés, quizá creyerais en mí, pues él escribió de mí” ⁽⁴⁸⁾; pero si no creéis en las Escrituras, ¿cómo creeréis en mis palabras?” ⁽⁴⁹⁾.

40 — En resumen, que si los judíos no creían no era por falta de luz, de moción interna de la gracia y de pruebas para creer; o hablando teológicamente, por falta de gracias prevenientes y concomitantes para comenzar a creer y completar la fe, sino porque no buscaban la gloria de Dios sino su propia gloria y conveniencias; porque no eran de Dios; porque tenían por padre al diablo; porque no tenían amor a Dios; en pocas palabras, porque carecían de la prontitud y buena voluntad necesaria para creer ⁽⁵⁰⁾.

41 — Otro argumento dogmático de muchísima fuerza puede sacarse de estas palabras del Credo: “Creo en Jesucristo su único Hijo, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen, padeció y murió debajo del poder de Poncio Pilato”.

⁽⁴⁸⁾ Gen. 49, 10; Deut. 18, 15.

⁽⁴⁹⁾ Jn. 5, 46-47).

⁽⁵⁰⁾ Jn. 5, 31-47; 8, 42-47.

Como se ve todas las proposiciones tienen el *mismo* sujeto, el Hijo Unico de Dios: El fue concebido, El nació, El padeció y El murió.

Luego, así como a la Sma. Virgen la tenemos por verdadera Madre de Dios, y la llamamos con toda verdad y razón verdadera Madre de Dios, Zeotokos, como decían los griegos, porque ella lo engendró, esto es, *dio al Hijo de Dios encarnado la vida humana que tenía*; por la misma razón, exactamente por la misma razón debemos tener por verdaderos deicidas y llamarlos deicidas a *los que mataron*, esto es, *quitaron al Hijo de Dios la vida humana que tenía por la Encarnación*.

El paralelismo por contraposición es perfecto: a la que *da la vida humana* al Hijo de Dios, y *por dársela*, es y se la llama verdadera Madre de Dios; pues de la misma manera, a *quien quita esa vida*, y *por quitársela* es verdadero deicida y se llama verdadero deicida.

42 — Y como si todo lo anterior no bastara, hay un argumento supremo y enteramente apodíctico en las palabras siguientes del Apóstol San Pedro, dirigidas a *todo el pueblo* de Israel ante el pórtico de Salomón con ocasión de la curación milagrosa del pobre tullido de nacimiento que pedía limosna a la puerta del templo.

43 — Helas aquí:

“El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres glorificó a su Hijo Jesús, A QUIEN VOSOTROS ENTREGASTEIS Y NEGASTEIS ANTE PILATOS, cuando éste juzgaba que debía ser puesto en libertad; negásteis al Santo y al justo y pedísteis que se os entregase a un homicida, pero MATASTEIS AL AUTOR DE LA VIDA” ⁽⁵¹⁾.

“¡MATASTEIS AL AUTOR DE LA VIDA!”

Y lo mismo podemos decir de aquellas palabras de San Pablo: “Porque si le hubieran conocido, no hubieran crucificado al SEÑOR DE LA GLORIA” ⁽⁵²⁾.

44 — Tenemos aquí dos afirmaciones tajantes: “MATASTEIS AL AUTOR DE LA VIDA Y CRUCIFICASTEIS AL SEÑOR DE LA GLORIA”.

¿Quién es ese AUTOR de la vida y ese SEÑOR de la gloria? Ciertamente no es Jesús *en cuanto hombre*, porque en cuanto hombre, lejos de ser AUTOR de la vida y SEÑOR de la gloria, las recibe ambas del que es UNICO AUTOR DE LA VIDA igual que nosotros ¡de Dios!

Luego si ese AUTOR DE LA VIDA y ese SEÑOR DE LA GLORIA, no es Jesús *en cuanto hombre*, es Jesús EN CUANTO DIOS. No cabe otra alternativa, porque no la hay.

⁽⁵¹⁾ Hechos 3, 13-15.

⁽⁵²⁾ 1 Cor. 2, 8.

Luego lo mismo podrían haber dicho San Pedro y San Pablo: MATASTEIS A DIOS, porque, como queda dicho, Dios y SOLO Dios es AUTOR DE LA VIDA Y SEÑOR DE LA GLORIA.

45 — Confírmase esta interpretación, aunque no haría falta, con las palabras de Jesucristo en varias partes del Evangelio de San Juan y con la más elemental filosofía y sentido común.

Jesucristo dice: "Yo y mi padre somos uno" ⁽⁵³⁾. Y más abajo: "Si no queréis creerme a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre" ⁽⁵⁴⁾. "Yo soy la resurrección y la vida" ⁽⁵⁵⁾. O más escuetamente: "Yo soy la vida" ⁽⁵⁶⁾.

Pero esa vida, incluso la que tiene como Dios, la tiene del Padre: "Como el Padre es fuente de vida y yo vivo por el Padre, así el que me come también él vivirá por mí" ⁽⁵⁷⁾.

46 — Ya hicimos notar antes que el pronombre "YO" se refiere a la persona en su realidad física, y la persona física de Jesús ES DIOS, ese Dios precisamente que ES EL AUTOR DE LA VIDA Y EL SEÑOR DE LA GLORIA.

⁽⁵³⁾ Jn. 10, 30.

⁽⁵⁴⁾ Jn. 10, 38.

⁽⁵⁵⁾ Jn. 11, 25.

⁽⁵⁶⁾ Jn. 14, 6.

⁽⁵⁷⁾ Jn. 6, 57-59.

Podríamos hacer aquí una larga disquisición filosófica sobre lo que significa el nombre como manifestativo de las ideas y significativo de la naturaleza de las cosas. Pero ¿para qué nos vamos a complicar en cosa tan innecesaria, supuesta la diáfana claridad de las palabras de Jesucristo, que no haría más que empañarla?

47 — Basta resumir todo lo dicho en estas breves palabras:

Jesucristo es el AUTOR de la vida. El AUTOR de la vida es *solo* Dios. Luego los que mataron al AUTOR de la vida, mataron a Dios y son DEICIDAS en el sentido más ríguroso de la palabra.

Se preguntará, tal vez, alguno que cómo puede Dios morir siendo esencialmente inmortal.

A lo cual respondemos que de la misma manera que puede nacer en el tiempo, siendo eterno; de la misma manera que puede padecer, siendo impasible. Todo lo cual le conviene a Dios por esencia, pues a Dios no conviene nada de otra manera.

Por consiguiente, de esa misma manera, aunque sea inmortal, puede morir El y *otros matarle*; que es lo que aconteció cuando los judíos le mataron, y por lo cual son y les llamaron y llamamos deicidas.

48 — Esto requiere una pequeña explicación.

Dios puede nacer, padecer, morir y ser muerto o matado, *no en sí mismo*, que eso es absolutamente

imposible; sino en la naturaleza que por la Encarnación se apropió su persona y, por tanto, su naturaleza divina, realmente identificada con su persona.

Y aquí nos sale al paso otro argumento que enlaza bien lo anterior con lo que sigue.

49 — Ya dijimos antes que los fariseos reconocieron y confesaron que Jesucristo era hombre veraz y que decía la verdad ⁽⁵⁸⁾; y ellos y todo el pueblo reconocieron también que hacía muchos verdaderos milagros ⁽⁵⁹⁾, cuyo fin era probar que El era Hijo de Dios, igual al Padre y, por tanto, verdadero Dios, lo cual los fariseos tuvieron por horrible blasfemia ⁽⁶⁰⁾. Y aquí viene el argumento.

50 — Porque por una parte, si la afirmación de Cristo *no es verdad*, será, sí, un mentiroso y un blasfemo; pero entonces ¿cómo se explica esta confesión de los fariseos hecha precisamente en favor de su máximo enemigo: “Maestro, **SABEMOS QUE ERES VERAZ** y enseñas **CON VERDAD EL** camino de Dios” ⁽⁶¹⁾.

¿Por ventura es veraz y enseña con verdad el camino de Dios quien en esa misma enseñanza dice la más horrible blasfemia que pueda decirse?

⁽⁵⁸⁾ Mt. 22, 16; Mc. 12, 14.

⁽⁵⁹⁾ Jn. 11, 42; 9, 16, 34.

⁽⁶⁰⁾ Jn. 10, 33, 36, 37.

⁽⁶¹⁾ Mt. 22, 16.

51 — Y por otra, *si Cristo es el supremo blasfemo*, que quiere nada menos que destruir a Dios, porque al proclamarse El verdadero Dios, no habiendo más que un SOLO Dios verdadero, destruye a todo otro Dios fuera de El; ¿cómo se explica que ese otro verdadero Dios favorezca y confirme con innumerables milagros al mayor blasfemo y al que haciéndose Dios pretende destruirle a El?

Esto segundo es absolutamente imposible, porque como muy bien dijo o arguyó a los fariseos el ciego de nacimiento: “Dios no oye a los pecadores” ⁽⁶²⁾, mucho menos a los mayores pecadores que quieren aniquilarle a El.

Luego no resta más que la conclusión de que: Jesucristo es verdadero Dios, porque lo dice El, que es veraz y dice la verdad, confirmada por Dios, que no puede confirmar con milagros la mentira y la mayor blasfemia.

52 — Y esta verdad la veían los fariseos, porque, como ya dijimos, no eran ciegos, pero no querían reconocerla por soberbia, pues no creían las Escrituras ni, por tanto, a Dios, y por eso pecaron y murieron obstinados en su pecado.

Queda, pues, probado que los fariseos fueron *materialmente* deicidas, porque mataron a Cristo Dios; y lo fueron *formalmente*, porque tuvieron suficientes

(62) Jn. 9, 31.

pruebas de que Cristo era Dios, dadas por el mismo Dios con los milagros que, si los hubierz hecho para probar o aprobando de hecho con ellos la blasfemia y el crimen de quien se tenía y confesaba por Dios, sin serlo, Dios mismo sería el mayor truhán y sinvergüenza de cuantos pueden existir.

53 — O Cristo es Dios o no es Dios.

Si no lo es, Dios es un truhan y sinvergüenza, porque aprueba cuanto puede con innumerables y portentosos milagros la mentira, el engaño y la blasfemia.

Si lo es, los judíos son deicidas *materiales*, porque mataron a un hombre Dios; y *formales* porque, aunque por soberbia no quisieron *reconocer* expresamente la divinidad de Jesucristo, tuvieron más que suficientes pruebas de ella, confirmada con la autoridad y santidad de Dios quien, no pudiendo aprobar con milagros la blasfemia, sin embargo los hizo en gran número *para probar la expresa y repetida afirmación que Cristo hizo de su propia divinidad.*

Capítulo III

¿EXCUSA A LOS JUDIOS DEL CRIMEN DE DEICIDIO SU IGNORANCIA?

54 — En el capítulo anterior queda probado por las palabras de Jesucristo, confirmadas por la razón y las de los mismos judíos, que éstos fueron material y moralmente deicidas, sin que para ello obsten las palabras de Jesucristo en la cruz, ni mucho menos las de sus Apóstoles Pedro y Pablo, como vamos a verlo.

Jesucristo en la cruz, dicen los patrocinadores de la sentencia absolutoria de los judíos, se dirigió a su Padre pidiéndole el perdón de sus verdugos, y alegando en su favor la ignorancia de su divinidad con que le habían crucificado, lo cual excusa totalmente a los judíos de la culpabilidad de deicidio. Porque si para todo pecado formal se necesita pleno conocimiento de la malicia que encierra la acción pecaminosa, donde falta ese conocimiento es forzosa la excusa del pecado.

Ahora bien, Jesucristo mismo confiesa que los judíos le crucificaron por ignorancia, y San Pedro y San Pablo, haciéndose eco de las palabras de su Maestro, ratifican lo mismo. ¿Pueden desearse y pedirse pruebas mayores ni mejores que eximan totalmente a los judíos del crimen de deicidio de que injustamente se los acusa? Culparles, pues, de este

crimen es contradecir a sus Apóstoles y al mismo Jesucristo.

55 — Muy bien. Reconocemos que la dificultad no deja de tener su fuerza, al menos aparente, pero no tan grande ni tan real que obligue a todos a decir lo mismo, ni que excuse de verdadero deicidio a los culpables.

Veámoslo.

En varios pasajes del Evangelio de San Juan oímos a Jesucristo echar en cara a los judíos su pecado con estas severísimas y durísimas palabras: “Yo me voy, y me buscaréis, y *moriréis en vuestro pecado*” (Jn. 8, 21, 24). Y en otro pasaje les dirige estas otras: “Si yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tuvieran pecado; mas ahora *no tienen excusa de su pecado*” (Jn. 15, 22).

56 — Hagamos un breve comentario a estas palabras de Jesucristo.

“Ahora no tienen excusa de su pecado”. ¿Por qué no tienen excusa de su pecado? “Porque les he dado tantas y tales pruebas de mi divinidad, que si no creen es por su perversa obstinación en no querer creer. Y como van a perseverar en esa su obstinada infidelidad, de ahí que *“morirán en su pecado”*.”

“¡Moriréis en vuestro pecado!”

¿En qué pecado? ¿En el pecado de simple homicidio, ya que de este de ninguna manera podía excu-

sarles ante su Padre celestial, por ser más evidente que la luz del mediodía?

No, sino en el pecado de deicidio.

57 — Porque ¿cuál es el sentido formal que late en esas palabras: “moriréis en vuestro pecado” sino el que corresponde al testimonio de su propia divinidad que les está dando Jesucristo en todo el contexto del capítulo 8, desde el versículo 12 hasta el fin, el que tantas veces, de tantas maneras y con tantos milagros les había dado en otras mil ocasiones, y el que da *expresamente* en el versículo 24: “Si no creéis que Yo soy, moriréis en vuestro pecado”.

“Que Yo soy”. ¿A quién se puede referir Jesucristo con estas palabras? “Yo soy”. Desde luego no al que veían con sus propios ojos, porque eso sería ridículo en Jesucristo, ni ellos ignoraban en ese sentido que era él, esto es, Jesús hombre, el galileo hijo de María y de José.

Pues entonces: “Yo soy”. ¿Quién soy? Soy el que os han anunciado los profetas, principalmente Isaías. Soy su “EMMANUEL” (Is. 8, 8) o “Dios con nosotros” (Mat. 1, 23); soy el gran Profeta que os anunció Moisés y que vosotros esperáis (Det. 18, 15; Jn. 5, 45-46). Ese soy YO, y si no creéis que lo soy, y que soy el Mesías (Jn. 1, 41), moriréis en vuestro pecado, en ese pecado de voluntaria y obstinada incredulidad que cometéis al no creer en mí después de tantas y tan convincentes pruebas como os he dado, porque

“ya no tenéis excusa de él” (Jn. 15, 22), y así “moriréis en él”.

58 — Jesucristo, pues, condena a los judíos por el pecado de *incredulidad en su divinidad*, no en su humanidad; porque la fe en ésta Jesucristo no la reclamó nunca ni casi se la podría reclamar, pues era tan evidente que ni siquiera cabía la fe propiamente dicha acerca de ella.

Luego, si Jesucristo condena a los judíos de pecado de incredulidad acerca de la fe en su divinidad y les *profetiza que han de morir en ese pecado*, no podemos decir que las palabras de Jesucristo en la cruz borren estas acusaciones, destruyan el conocimiento necesariamente requerido para el pecado que les inculpa ni, por consiguiente, que los excuse del pecado de deicidio.

59 — Esto supuesto, las palabras de Jesucristo en la cruz: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” no prueban nada más que la infinita caridad de Cristo, excusando por ella a sus más encarnizados y malvados enemigos del mejor modo que podía; pero de ninguna manera quitándoles la culpa, sino solo doliéndose de su pecado más que de los propios tormentos, y manifestando exteriormente que estaba dispuesto a practicar lo que antes había enseñado sobre el perdón de los enemigos⁽⁶³⁾, pidiendo a su

(⁶³) Mat. 5, 44; Lc. 6, 27, 35.

Padre celestial, aún tratándose de tales enemigos, que viera cómo El los perdonaba, *si ellos se arrepintieran*; pero *no los perdonó* porque no se arrepintieron, pues conforme antes les había profetizado: “Moriréis en vuestro pecado” ⁽⁶⁴⁾.

60 — De manera que a lo que hay que mirar en estas palabras de Cristo es a su infinita caridad más que a la ignorancia afectada de sus enemigos. Algo así como cuando dijo a Judas: “AMIGO, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre”? Bien sabía El que Judas no era su amigo, sino su gran enemigo, y que lo había de ser eternamente. Pero esas palabras significan más que la amistad de Judas, que no era ninguna, la mansedumbre de Cristo haciéndose el disimulado en admitir su beso para corregirle blandamente, si él hubiera querido arrepentirse y enmendarse de su bien meditada iniquidad.

61 — Naturalmente que siempre hay alguna ignorancia en todo pecado, aunque no sea más que la ignorancia experimental de los tormentos eternos que acarrea, y aun a veces también los males temporales, cuyo pleno conocimiento sería muchas veces el mejor remedio y el más eficaz para retraernos del pecado. Por eso pudo muy bien decir San Pedro que lo habían hecho por ignorancia, sin que pretendiese con esa expresión quitarles toda responsabilidad en el

⁽⁶⁴⁾ Jn. 8, 21, 24.

deicidio, porque entonces se pondría en plena contradicción con el Maestro, como luego probaremos, y porque la falta total de responsabilidad supone la falta total de conocimiento, y esta no existió, como ya queda probado.

62 — San Pedro dijo: “Yo sé que por ignorancia habéis hecho esto”.

“Esto” ¿Qué cosa? Matar al AUTOR DE LA VIDA (65).

Pero aunque lo hicieran por ignorancia, es de saber que *no toda ignorancia excusa de pecado*.

Ignorancia es la carencia de conocimiento, pero de aquel conocimiento precisamente que es propio y debido. No es ignorante el que no sabe simplemente, sino el que no sabe lo que pudiera y debiera saber. De otro modo serían ignorantes propiamente hablando las piedras y los animales.

Por eso hay ignorancias inculpables, pero también las hay culpables, y son aquellas en que interviene la voluntad con entera deliberación como causa próxima que ciega las fuentes de la luz y de la verdad. Se ciega porque no se quiere ver, y no se quiere ver para no abstenerse del mal obrar.

La ignorancia es *consiguiente* cuando *es querida o buscada*. Y esta ignorancia querida o buscada se lla-

(65) Hechos 3, 15.

63 — Tal es, por ejemplo, la que los moralistas llaman ignorancia *consiguiente y afectada*. *ma afectada* cuando la ignorancia *es querida en sí misma*. De manera que lo primero que se quiere es la ignorancia, y después de ella y con ella, lo que se hace por ella, v. gr., si uno quiere ignorar la ley para poder pecar más libremente o para no sentir remordimientos de conciencia. Evidentemente que esta ignorancia es culpable. Supongamos que una persona quiere ignorar si el uso de anticonceptivos está prohibido, pero lo ignora precisamente porque quiere ignorarlo, para no privarse de usarlos o para poder usarlos sin remordimiento.

64 — Para que se impute un mal moralmente, basta que haya un conocimiento confuso de él.

Ahora, bien, quien de propósito deja de enterarse de lo que haya sobre una posible ley preceptiva o prohibitiva, dispuesto en todo caso a no cumplirla, ya tiene ese conocimiento confuso, por cuanto se abraza a sabiendas con el mal que supone el quebrantamiento de la Ley, sea como fuere. Luego se le imputa o es culpable del mal que hace con esa ignorancia, porque ya conoce el mal, por lo menos confusamente, y lo admite con deliberación. La razón es porque no solamente estamos obligados a evitar el pecado, sino también el peligro de pecar. Y evidentemente que el que ignora una ley voluntariamente se pone en manifiesto peligro de quebrantarla.

65 — Más aún, la ignorancia *afectada* o directamente culpable, porque, según se ha dicho, se pretende o quiere en sí misma; si procede de un afecto desordenado, por ejemplo, si por la envidia que tengo a una persona no solo desconozco y no quiero enterarme de sus méritos y buenas obras, sino que la echo a mala parte o la difamo o delato para que la castiguen justa o injustamente; esa delación es más pecaminosa, no precisamente por la ignorancia que tengo de los méritos o de la bondad de esa persona, sino por el mal afecto voluntario con que he procedido y que es causa no solo de la ignorancia sino de los malos actos que *con ella y aun por ella* he ejecutado.

66 — ¿Fue de esa clase la ignorancia de los judíos? Veámoslo.

Por de pronto no era ignorancia invencible, porque la hubieran podido vencer perfectamente, si leal, sinceramente y sin prejuicios producidos por la envidia ("Sabía (Pilatos) que por envidia le habían entregado") ⁽⁶⁶⁾ y el odio, hubieran examinado las Escrituras, que dan testimonio de Cristo ⁽⁶⁷⁾ en aquello precisamente que Cristo quería que de El supieran los judíos y que ellos *afectada y culpablemente* ignoraban o fingían ignorar: "No penséis que vaya yo a acusaros delante de mi Padre, hay otro que os acu-

(66) Jn. 15, 25.

(67) Jn. 5, 39.

sará, Moisés, en quien vosotros tenéis puesta la esperanza. Porque *si creyérais en Moisés, creeríais en mí*, pues de mí escribió él ⁽⁶⁸⁾; pero *si no creéis en sus escrituras ¿cómo vais a creer en mis palabras?*”.

67 — ¿Y qué era eso que decían de Cristo las Escrituras, que el mismo Cristo quería que los judíos supiesen de El y que ellos *culpablemente se cerraban en no querer creer o saber?*

Pues que El era el Mesías enviado por Dios, que el Mesías ERA DIOS, y que este Mesías Dios era el mismo que había sido profetizado por Moisés ⁽⁶⁹⁾: “Encontró Felipe a Natanael y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas” ⁽⁷⁰⁾.

68 — En efecto, es axioma común en todos los exégetas que el Nuevo Testamento late en el Antiguo, y que el Antiguo está presente en el Nuevo ⁽⁷¹⁾.

Por eso dice San Pablo que el Antiguo Testamento era una especie de pedagogo que conducía a Cristo ⁽⁷²⁾.

Y San Agustín, con frase más gráfica y atrevida, llegó a decir que la Antigua Ley estaba preñada con Cristo.

⁽⁶⁸⁾ Gen. 12, 3; 22, 18; 49, 10; Deut. 18, 15.

⁽⁶⁹⁾ Deut. 18, 15.

⁽⁷⁰⁾ Jn. 1, 45.

⁽⁷¹⁾ Jn. 1, 45.

⁽⁷²⁾ Gal. 3, 24.

Pero este tropo tan gráfico, audaz y universal del Antiguo Testamento no alcanzó a verlo la ceguera farisaica, tan lince para ver o fingir tantas otras cosas en Jesús que no eran sino fantasmas producidos por el odio que le tenían.

69 — Pongamos un solo ejemplo.

Arroja Jesús un demonio sordo y mudo de un pobre poseso. “Todas las muchedumbres quedan maravilladas hasta el punto de exclamar y decir: ¿No será este el Hijo de David?”, esto es, el Mesías ⁽⁷³⁾. Pero los fariseos que oyeron esto, dijeron: “Este no echa a los demonios sino por el poder de Beelcebul”. Beelcebul era el Dios de Acaron, a quien por burla, los judíos llamaban Beelcebul, señor del estiércol ⁽⁷⁴⁾. Léase todo el pasaje hasta el fin del capítulo, donde pone varias pruebas de su divinidad, que no querían reconocer los judíos por su perversidad.

70 — En cuanto al Antiguo Testamento, no hace falta multiplicar los ejemplos donde claramente se dice que el futuro Mesías sería verdadero Dios. Con todo demos uno que otro.

Manda Dios al profeta Isaías hable al impío rey Acáz de esta manera: “Oye, casa de David... Por esto os dará Dios una señal. He aquí que una virgen

⁽⁷³⁾ Lc. 1, 32; Dan. 7, 14; Malaq. 3, 1.

⁽⁷⁴⁾ Mat. 12, 24.

concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será EMMANUEL" (75).

EMMANUEL, según San Mateo (1, 23) significa "DIOS CON NOSOTROS".

Se describe al Mesías claramente como un ser divino, en el sentido riguroso de la palabra, en los siguientes pasajes, amén de otros muchos: Miqueas 5, 2; Salmos 109, 1; 44, 7. Y particularmente en el Salmo 2, 7; e Isaías 9, 6 sgts., donde Isaías llama al Mesías DIOS FUERTE, expresión que, según el uso hebreo, queda SIEMPRE reservada a Iahvé, v.gr., Deut. 10, 17; Jer. 32, 18, etc.

71 — Podían, pues, haber descubierto en Jesucristo al Mesías, ellos que, por ser maestros de Israel (76) tenían que estar versadísimos en las Escrituras y tener un sentido especialmente agudo para entenderlas, ya por su oficio, ya por la ayuda divina, que sin duda no les faltaría como a representantes de Dios que debían conducir al pueblo hacia El: "Así, pues, haced, y guardad todas cuantas cosas os dijeren, pero no hagáis conforme a sus obras" (77); ya, en fin, porque Cristo se lo había dicho muchas veces: "¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo?". "Si tú eres el Mesías, dínoslo claramente. Respondióles Jesús: Os lo he dicho y no me creéis, porque si no creéis

(75) Is. 7, 10-14. Véase también Is. 8, 8.

(76) Jn. 3, 10.

(77) Mt. 23, 3.

a las Escrituras, ¿cómo me vais a creer a mí?" (78). "Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas... *Yo y mi Padre somos una misma cosa*. De nuevo los judíos cogieron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de parte de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis? Respondieron los judíos: "No te apedreamos por ninguna buena obra, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre (solo), TE HACES DIOS" (79).

"Si eres el Mesías, dínoslo. El contestó. Si os lo dijere, no me creeréis; y si os preguntare, no me responderéis. Pero el Hijo del hombre estará sentado desde ahora a la diestra del poder de Dios. Todos dijeron: Luego ¿tú eres el Hijo de Dios? Díjoles: Vosotros lo decís: "YO SOY". Ellos dijeron: "¿A qué necesitamos ya de testimonio? nosotros lo hemos oído de su boca" (80).

72 — Si a estos testimonios de Jesucristo, que no eran blasfemias, porque fueron aprobados por su Padre con innumerables milagros (81), el cual no oye a los pecadores y solo escucha al que es piadoso y hace su voluntad (82): "Maestro. *sabemos que vienes de*

(78) Jn. 5, 47.

(79) Jn. 10, 24-33.

(80) Lc. 22, 67-71.

(81) Jn. 11, 47.

(82) Jn. 9, 31.

parte de Dios como Maestro, porque nadie puede hacer los milagros que tú haces, si Dios no está con él" (⁸³); si según el propio juicio de los fariseos y del mismo Jesucristo, no eran ciegos, porque veían (⁸⁴); si a esto se añaden las innumerables, clarísimas y evidéntísimas pruebas que repetidas veces Jesucristo, otras muchas personas y hasta los mismos demonios les habían dado de que El era precisamente el Mesías anunciado por los profetas y esperado por todo el pueblo de Israel, ya que en El se cumplían las profecías (⁸⁵); **NO QUEDA NINGUNA EXCUSA VERDADERA PARA LA CEGUERA VOLUNTARIA DE LOS FARISEOS, QUE LOS EXIMA DEL CRIMEN DE VERDADERO DEICIDIO.**

73 — Tenemos que creer forzosamente al Evangelio y a la razón más que a las huéras y campanudas declaraciones de quienes fiados en quién sabe qué género de nueva sabiduría, quieren por una falsa caridad hacerse ciegos a semejanza de los fariseos, con injuria de la razón y del mismo Evangelio.

Hay que guardar caridad para con el prójimo, sí señor; pero cuando el prójimo aprovecha nuestra caridad para oponerse a Dios, entonces solo cabe guardar con él la caridad de la verdad que nos aconseja Cristo Nuestro Señor: "Guardaos de los falsos pro-

(⁸³) Jn. 3, 2.

(⁸⁴) Jn. 9, 40-41.

(⁸⁵) Mt. 11, 2-6; J. 1, 41; Mc. 1, 24; 5, 7; 12, 35-37.

fetas que vienen a vosotros con piel de oveja, más por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis" (86). O la que El mismo practicó con los fariseos, que puede verse en todo el capítulo 23 de San Mateo, vv, 13-34.

Y creo que con eso, que para nosotros es obligatorio, puede darse el prójimo por bien contento, pues queda bien pagado.

La verdad sin caridad es sectarismo; la caridad sin verdad es disolución.

74 — Tal creemos nosotros que debe ser la posición que debemos guardar ante este dilema en que, según nuestro parecer, queda comprometido todo el Evangelio. No podemos aceptar nada más que por sí las afirmaciones de nuestros contrarios, y que a veces, más que ridículas resultan verdaderamente blasfemas.

Véase la siguiente citada por el P. Rafael López Jordán S.J. en su libro *No son deicidas*, pág. 147, tomada del libro *Difficile liberté*, París 1963, pág. 176, hagamos notar que ni dicho Padre ni el autor del artículo o colaboración la aceptan; pero el autor se contenta con decir tímidamente: "Nosotros nos resistiríamos a firmar la fórmula, voluntariamente para-dógica por lo demás, de E. Lévinas (el autor del libro). Y el P. Jordán ni siquiera una sola palabra

(86) Mat. 7, 15-16.

de reprobación tiene para tan enormísima blasfemia. Con lo cual ya podemos conocer el paño.

75 — He aquí lo que dice el tal E. Lévinas:

“Amar la Thora MAS AUN QUE A DIOS, es precisamente acercarse a un Dios personal (¡ !)

¡Nunca he tenido yo la desdicha de leer pollinada más pollina!

76 — Hasta aquí hemos utilizado en nuestro razonamiento nada más que la autoridad del Evangelio que, aunque es la máxima, no podemos callar en contra de las nuevas teorías sobre la inculpabilidad de deicidio atribuída a los judíos, que en todo el pueblo cristiano durante casi dos mil años ha sido creencia general, fundada en el Evangelio, en la doctrina de los Santos Padres, en la de todos los Santos canonizados, de todos los Papas, Obispos y teólogos, que nosotros sepamos; en una palabra, repetimos, de todo el pueblo cristiano y, por tanto, moralmente de toda la Iglesia, que los judíos fueron deicidas y, o mucho nos equivocamos, o esta creencia se *tenía como de fe divina*, porque todo el mundo la creía bien fundada en la verdad histórico-divina de los Santos Evangelios (⁸⁷).

(⁸⁷) Véase lo que dice el periódico oficial del Estado de Israel, *The Jerusalem Post*, comentando la Declaración Conciliar sobre los judíos el domingo 17 de octubre de 1965:

“En esa declaración, por lo que se refiere a los judíos, lo más *fascinante* ha sido EL ESPECTACULO DE LA IGLE-

- 77 — ¿Podrá haber estado equivocado en este punto todo el pueblo cristiano y toda la Iglesia? Supongámoslo, ya que no podemos concederlo; pero las gravísimas consecuencias que de esa equivocación se seguirían, yo no me atrevería ni a aceptarlas sobre mi conciencia ni a echarlas sobre la de nadie, aun de la de aquellos mismos que excusan a los judíos de deicidio.

Y aunque la cosa no fuera tanto como lo que acabo de decir, y confieso que no soy yo quién para definirlo o imponerlo a los demás, aunque así lo creo firmemente, sino que fuera una simple tradición de todo el pueblo cristiano con tales fundamentos, con tal universalidad y con tal continuidad profesada por tanto tiempo; es cosa gravísima echar nada más que porque sí o por otras razones más o menos inconfesables, como veremos más adelante, o por el solo afán de novelorías de unos cuantos que fantasean con una justicia y caridad que no guardan ellos para con la Iglesia misma; es cosa gravísima, repetimos, *arrojar por la borda veinte siglos de tradición cristiana veneranda*, aunque no sea más que por la multitud de insignes personajes en sabiduría y santidad que la han profesado.

SIA CATOLICA QUE VOLUNTARIAMENTE SE HA SENTADO EN EL BANCO DE LOS ACUSADOS"... "Pero, a través del tiempo, se olvidó la motivación política (de la acusación de *deicidio*) y esta acusación tuvo RECONOCIMIENTO DE DOGMA RELIGIOSO", etc.

78 — Y eso sin ser “antisemitas”, porque esa tradición empieza con San Pedro y San Pablo: “Vosotros matasteis al AUTOR de la vida y al SEÑOR de la gloria”; los cuales serían en ese caso los primeros “antisemitas”.

Las cosas son como son y nada más que como son; no como alguien, pocos o muchos se imaginan que pueden haber sido o quisieran que fueran.

79 — Aconteció lo que aconteció porque tenía que acontecer, según la presencia de Dios habida de acuerdo al libre ejercicio de la libertad humana. Y si fue así ¿qué lo vamos hacer? ¿Que culpa tiene nadie fuera de los autores de los hechos, de que así hayan acontecido, y por qué nadie ha de dejar de reconocerlos, aunque los lamente; o qué derecho tienen otros a tildar de “antisemitas” a nadie por ese simple reconocimiento?

Sobre todo si a esa palabra se le atribuye el significado intencionadamente maligno e históricamente falsísimo que en ella involucran los modernos interesados, como si todo el que, siguiendo al Evangelio, crea que los judíos “MATARON AL AUTOR DE LA VIDA Y AL SEÑOR DE LA GLORIA”, por ese solo hecho fuera “antisemita” a la moderna, esto es, lleno de odio y perseguidor nato de toda la raza judía, nada más que por ser judía.

80 — Aun cuando los judíos lograsen lavar el cerebro de todos los cristianos de tal manera que borrasen el recuerdo de todos los hechos, esos hechos quedarían esculpidos por el dedo de Dios en los Santos Evangelios.

Seguramente que no reparan en estas pequeñeces los que sustentan opiniones tan atrevidas, que pueden dar lugar a deducciones peligrosísimas y que la lógica se encargará de reclamar con razón del Evangelio.

Capítulo IV

¿QUE CULPABILIDAD TIENE EL PUEBLO JUDIO EN EL DEICIDIO DE JESUCRISTO?

81 — Pero volvamos a nuestro tema, que era: Los judíos son deicidas.

Ha quedado probado en general esa proposición: “Los judíos son deicidas”. Pero ¿Qué judíos y en qué proporción? ¿Todos los judíos, por igual, tanto los contemporáneos a los hechos como todos los posteriores?

Eso parece deducirse de las afirmaciones de algunos de los autores aludidos o colaboradores en el libro del P. Jórdán, que queremos decir los cristianos cuando decimos: los judíos son deicidas.

82 — Pero si no se es excesivamente malicioso, no se necesita usar mucho del entendimiento para ver que nadie que tenga un poco de juicio puede dar ese sentido peroyativo en su máximo grado a todos los judíos, incluso a la Sma. Virgen y a todos los Apóstoles etc, etc.

¿Cómo se podrá culpar al judío de hoy de crímenes que cometieron sus antepasados hace veinte siglos, de igual manera que a ellos? ¡Es absurdo! Eso ni siquiera corresponde a todos los que vivían cuando ocurrieron los sucesos, pero que de ninguna manera intervinieron positivamente en ellos.

83 — Pues, entonces ¿qué extensión o restricción hay que dar a esa frase para que no pase la debida raya de la verdad, pero que tampoco se quede tan corta que no llegue a ella?

Muy sencillo. Por el nombre de judíos es esta cuestión, más que al número, hay que atender a la representación, a la presencia y a la vinculación del pueblo de Israel con la causa porque mataron a Jesús.

Por la representación se incluyen todos los jefes que, en cuanto tales, estuvieron en permanente y voluntariamente ciega guerra con Jesucristo, y cuyo desenlace fue la condenación a muerte no solo de un inocente, al que no pudieron acusar del más mínimo pecado cuando debieron hacerlo frente a este reto que les lanzó Jesucristo: “¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado?” ⁽⁸⁸⁾, pero ni siquiera cuando buscaron y probablemente sobornaron a testigos falsos que depusieran contra El ⁽⁸⁹⁾ pudieron encontrar nada verdadero de que acusarle. Porque a la pregunta de Pilatos: “¿Qué acusación traéis contra ese hombre?” respondieron sin prueba ninguna: “Si este no fuera malhechor, no te lo hubiéramos traído” ⁽⁹⁰⁾. Nosotros, dijeron, tenemos Ley, y según la Ley debe morir” ⁽⁹¹⁾.

⁽⁸⁸⁾ Jn. 8, 46.

⁽⁸⁹⁾ Mt. 26, 59-62.

⁽⁹⁰⁾ Jn. 18, 30.

⁽⁹¹⁾ Jn. 19, 7.

¡Claro! Los santones de los fariseos, como indignados de que Pilatos, juez, no firmara en blanco la sentencia que ellos ya habían pronunciado de antemano, se lo reprochaban diciendo: ¡Vamos! ¡Qué venir a preguntarnos ahora a nosotros que por qué acusamos a este hombre! ¡Como si nosotros fuésemos capaces de acusar a nadie que no fuera criminal! ¡Por quién nos tienes?

84 — En fin, “Nosotros”, dijeron. ¿Quién es ese “nosotros”? En cierta manera *encubierta en la intención* de los fariseos, todos los judíos, o mejor, todos aquellos con quienes rezaba y que estaban sometidos y unificados por la misma Ley; y esos son todos aquellos para quienes se había dado. Y esa Ley, Dios se la había dado e impuesto a todo el pueblo judío, que mediante preceptos y ceremonias religiosas incorporaba a todos los judíos en una sola nación, en un solo pueblo, el pueblo de Dios, participante de la posteridad y de la promesa hecha a Abraham: Cristo ⁽⁹²⁾.

85 — El mismo Pilatos entendió perfectamente que no eran solo ellos, los Pontífices los que se lo habían entregado, sino ellos en primer lugar, como representantes jurídicos de la nación judía, pero también esta, que apoyaba los actos de sus Pontífices: TU

(92) Gal. 3, 16.

NACION y los Pontífices te han entregado a mí; ¿Qué has hecho,? ⁽⁹³⁾.

“*Tu nación* y los Pontífices te me han entregado.” He aquí bien discriminados y a la vez incluídos en una misma acusación y, por tanto, en una misma responsabilidad del crimen cometido, a los Pontífices como instigadores morales, y por ello más responsables, y al pueblo judío *como nación*, considerado no en cuanto a su totalidad numérica, pero sí en su totalidad global y solidariamente comprometida en la iniquidad de sus jefes, cabezas jurídicas del pueblo judío que los incitaban y en cuyas incitaciones ellos consentían conscientemente ⁽⁹⁴⁾.

86 — No interesa, pues, aquí la aritmética para contar el número de los que consintieron, sino el consejo de su muerte a sabiendas de su inocencia otorgado a sus jefes. Así parece que lo entendían los jefes y consentían los demás cuando dijeron o aprobaron aquella terrible execración: “Y respondió *todo el pueblo*: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos” ⁽⁹⁵⁾.

Tenemos aquí unidos en un mismo hecho y en la misma responsabilidad que él encierra y de él se deriva, a *la cabeza* jurídica del pueblo de Israel y al *Pueblo* mismo o miembros de esa cabeza, fr

⁽⁹³⁾ Jn. 18, 35.

⁽⁹⁴⁾ Mc. 15, 11 sgts., Mt. 27, 20, 22.

⁽⁹⁵⁾ Mat. 27, 25).

una sociedad y ejecutando consciente y libremente una misma acción criminal y, por consiguiente, participando y contrayendo la misma responsabilidad, aunque en diferente proporción.

87 — Digo que a sabiendas, porque ese mismo pueblo que ahora le pedía para la muerte, fue el que cinco días antes no solo le consideró totalmente inocente, sino que llegó a recibirle en un triunfo apoteósico cual nunca jamás se había visto, proclamándole como el Prometido de Dios, el Hijo de David, sujeto de las esperanzas de Israel que, según la Sagrada Escritura, habría de ser el Mesías y, por consiguiente, verdadero Dios ⁽⁹⁶⁾.

88 — Repare bien el lector en ese conjunto de palabras habidas en el diálogo entre Pilatos, los jefes del pueblo de Israel y el pueblo mismo: *"Tu gente y los príncipes de los sacerdotes te me han entregado"* ⁽⁹⁷⁾. *"Nosotros no tenemos otro rey más que al César"* ⁽⁹⁸⁾. *"Nosotros tenemos Ley, y según la Ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios"* ⁽⁹⁹⁾. *"Y respondió TODO EL PUEBLO: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos"* ⁽¹⁰⁰⁾.

⁽⁹⁶⁾ Amos 9, 11-15; Mat. 22, 42-46.

⁽⁹⁷⁾ Jn. 19, 15.

⁽⁹⁸⁾ Jn. 19, 7.

⁽⁹⁹⁾ Jn. 19, 7; Lev. 24, 16.

⁽¹⁰⁰⁾ Mt. 27, 25.

Todas estas frases indican una solidaridad nacional no solo entre el pueblo de Israel presente y actor de los hechos, sino también con el ausente y posterior a ellos; porque entre unos y otros hay una relación de continuidad moral voluntariamente acatada, cuyo vínculo de unión sigue siendo la Ley de Moisés que lo formó y lo mantiene unido aun en medio de su dispersión.

89 — No se puede negar que la nación judía fue formada por una Ley que le fue impuesta por Dios, y que ella aceptó como vínculo fundamental de unión para toda la nación, mientras esa nación, en cuanto tal, quisiera permanecer gobernada por la Ley que la constituyó.

He aquí la razón por la que todo aquel pueblo de entonces, representado jurídicamente por sus autoridades, estuvo *moralmente unido e implicado* con ellas en la responsabilidad moral de su crimen; y por la cual también el pueblo actual que, aunque disperso por todo el mundo, se considera unido con aquel y formando un todo con él en virtud de la obediencia y sujeción a la misma Ley fundamental, queda incurso, de alguna manera, en idéntica responsabilidad moral, mientras no se desligue positivamente del vínculo que les hizo a ellos y le hace a él criminal, en su debida proporción: "Nosotros tenemos Ley, y según la Ley debe morir", y repudie lo que en virtud de esa Ley hicieron entonces sus mayores.

90 — Tampoco se puede negar que en todas las demás naciones son ellas mismas las que hacen o se dan sus propias leyes, pero el pueblo judío fue formado por la Ley que les dio Dios, con la que le constituyó pueblo y pueblo suyo de Dios ⁽¹⁰¹⁾ mediante la circuncisión, que era señal de alianza o pacto con Dios ⁽¹⁰²⁾; pacto que queda roto y deshecho por sí mismo al llegar Cristo, objeto y fin de la Ley ⁽¹⁰³⁾ como ayo que a El conducía ⁽¹⁰⁴⁾.

Pero mucho más quedó roto ese pacto al rechazar a Cristo el pueblo de Israel ⁽¹⁰⁵⁾, no solo por haberse encastillado en su propio orgullo y querer seguir buscando su propia justicia en la Ley, en lugar de buscarla por la fe en Cristo y recibirla de Dios por medio de la fe en El ⁽¹⁰⁶⁾ según los designios de Dios; sino principalmente porque habiendo rechazado definitivamente a Cristo matándolo en la cruz, acabaron de destruir y aniquilar la razón de todo su ser como pueblo de Dios.

Por eso nos dice San Pablo que con Cristo murió la Ley ⁽¹⁰⁷⁾, pues siendo, como queda dicho, Cristo el fin de la Ley, caducó con su venida, por inútil; y si murió la Ley, es natural que con ella muriera el

⁽¹⁰¹⁾ Gen. 17, 4-14.

⁽¹⁰²⁾ Gal. 5, 3.

⁽¹⁰³⁾ Rom. 10, 4.

⁽¹⁰⁴⁾ Rom. 10, 14; Gal. 3, 24.

⁽¹⁰⁵⁾ Gal. 5, 4.

⁽¹⁰⁶⁾ Rom. 9, 32.

⁽¹⁰⁷⁾ Rom. 10, 4.

pueblo que ella formó; y esto ya negativamente en cuanto que la Ley solo había de durar hasta que se cumpliera la promesa: Cristo, y en cuanto que roto y destruido el vínculo que formó y mantenía unido al pueblo de Israel, este también forzosamente quedó deshecho; ya positivamente en cuanto que Cristo mismo libró a todos de esa Ley, cancelando la deuda y clavando en la cruz el acta que a todos, judíos y gentiles, condenaba ⁽¹⁰⁸⁾, para unirlos entre sí, reconciliarlos con Dios ⁽¹⁰⁹⁾ y, como fruto social, hacer de la Iglesia el verdadero, el único y definitivo pueblo de Dios ⁽¹¹⁰⁾.

91 — Lo mismo que todo esto prueba otra observación muy curiosa y de una fuerza aplastante para demostrar la responsabilidad global de todo el pueblo de Israel en la muerte de Jesucristo, y es que la responsabilidad que *Pilatos rechazó y no quiso cargar sobre su conciencia*, a pesar de no ser muy delicada, como de pagano: “Yo soy inocente de la sangre de este justo”, allá “vosotros” ⁽¹¹¹⁾; “*todo el pueblo*” al punto y a gritos amenazantes la reclamaba para su conciencia y la de sus hijos ⁽¹¹²⁾.

No se contentaban con llevar ellos y su generación el peso infinito de ese horrendo crimen, sino que

⁽¹⁰⁸⁾ Col. 2, 14.

⁽¹⁰⁹⁾ Efes. 2, 14-16.

⁽¹¹⁰⁾ Tito 2, 4.

⁽¹¹¹⁾ Mt. 27, 24.

⁽¹¹²⁾ Mt. 27, 23-25.

asocian a él a la generación venidera, y con ella, según el modo ordinario de hablar de la S. Escritura: "hasta la tercera y cuarta generación" ⁽¹¹³⁾, esto es, TODAS las que siguieran en el decurso de los siglos. Porque no se trata aquí del pecado de uno o de algunos, sino de un pueblo entero. Oigamos afirmarlo a un enemigo acérrimo de Jesús: "Si alguna vez *hubo un crimen de una nación*, un crimen eminentemente nacional, fue la muerte de Jesús" (Renán, Vie de Jesús, 411).

92 — En conclusión, si el pueblo de Israel actual acata todavía esa Ley preceptiva en cuya virtud Cristo fue condenado a muerte como blasfemo, lógicamente tiene que admitir también su aplicación particular al caso de Jesucristo, a no ser que se salga por la tangente diciendo que admite el precepto de la Ley, pero no su aplicación en ese caso particular, por ser arbitraria e injusta.

Muy bien, pero ¿por qué es arbitraria e injusta esa aplicación al caso particular de Jesucristo?

Si se dice que es porque Jesucristo *no fue blasfemo al decir y tenerse a sí mismo por verdadero Dios*, se admite que realmente es Dios. Y entonces ¿Por qué no creyeron en él los judíos que le condenaron, y sobre todo por qué no creyeron los posteriores y no creen los de ahora?

(113) Ex. 20, 5.

Además, en ese caso, ¿cómo no han de ser deicidas los que asesinan al que creen ser verdadero Dios?

Y si dicen que *fue realmente blasfemo*, porque siendo solo hombre se hizo Dios, ⁽¹¹⁴⁾ entonces los que creen y se guían por la Ley de Moisés tienen que exigir el cumplimiento de la Ley lo mismo ahora que entonces, y no solo aprobar sino pedir la muerte de Cristo, conforme a la Ley (Lev. 24, 16-23) que ellos alegaron ante Pilatos para matarle; con lo que todos los que se consideran sujetos a la Ley, y son todos los judíos, todos son en alguna manera ya indicada antes, voluntariamente deicidas.

93 — Y digo que todos, porque todos tienen razón suficiente para admitir a Cristo por verdadero Dios sus contemporáneos, por las obras que vieron; los demás, por los textos anteriormente aducidos por el mismo Cristo para probar que realmente lo era, supuesta, claro es, la verdad histórica de los Evangelios.

94 — En conclusión que, los que se dicen judíos, los unos por expresa intervención en la muerte de Cristo Dios, los otros por solidaridad con una Ley común acatada por todos y que los une a todos en un pueblo que condenó en fuerza de esa Ley a Cristo; tanto si aceptan como si no aceptan la verdad de

(114) Jn. 10, 33; 19, 7.

que Cristo es el verdadero Mesías profetizado, quedan incursos en la misma responsabilidad, aunque, como es natural, en muy diversa proporción.

95 — En cuanto a la segunda cuestión propuesta arriba al comienzo de este capítulo sobre si el pueblo de Israel sigue o no siendo pueblo de Dios después de crucificar a Jesucristo, veamos lo que nos dice el mismo Jesucristo, el cual insinúa claramente en la institución de la Eucaristía la cesación de la antigua alianza con estas palabras: “Esta es mi sangre de la *nueva alianza*” (Mt. 26, 28).

¿Por qué nueva? Pues porque la antigua no era más que la figura de ésta. Y siendo así, ya pasó y dejó de existir; porque cuando aparece la realidad necesariamente tiene que desaparecer la figura, pues pierde toda su significación y razón de ser.

96 — También dijimos anteriormente que la Antigua Alianza era no sólo provisoria, sino condicional, esto es, sujeta por parte de Israel a ciertas condiciones absolutamente imprescindibles que habían de aceptar y cumplir los israelitas, so pena de reprobación de Dios.

Ahora bien, Israel quebrantó mil y mil veces de la manera más cínica las condiciones a que estaba sujeta la validez del pacto hecho con Dios. Bastaría para probarlo leer entre otros al profeta Ezequiel, cuyo tema de predicación es precisamente el de las

prevaricaciones de Israel y cuya historia resume en el cap. 20.

97 — Pero sobre todos los profetas prevalece el mismo Jesús, cuyas afirmaciones no dejan lugar a duda ninguna racional de que Dios ha desechado definitivamente a Israel, y que este ha dejado de ser pueblo suyo hasta que le acepte a El como verdadero Mesías y Salvador.

Léanse entre otros muchos pasajes del Evangelio las parábolas de la higuera estéril, las de los hijos enviados a la viña y la de los pérfidos leñadores en el capítulo 21 de San Mateo, con sus lugares paralelos en los demás Evangelistas; en donde el Señor resume toda su doctrina allí expuesta sobre este punto de la reprobación de Israel con esta clarísima y terrible sentencia: “Por eso os digo que OS SERA QUITADO EL REINO DE DIOS y se dará a gente que produzca sus frutos” (Mt. 21, 43).

98 — Estas palabras de Jesucristo *sellan con su divina autoridad* el cumplimiento exacto de la profecía de Daniel c. 9, v. 26: “Y no será ya más pueblo suyo el que le ha de negar”.

¿Cómo puede ser pueblo del Mesías el que niega y crucifica al Mesías? descifremos, por favor, los “progresistas” a nosotros este enigma de la lógica y del más elemental sentido común, porque no lo entendemos. A la verdad que se necesita estar ciegos

con otra peor ceguera, si cabe, que la de los fariseos, para no ver esta verdad más brillante que el sol.

Y es natural que sea así. La principal y más inexcusable condición que habría de cumplir el pueblo de Israel para permanecer siendo pueblo de Dios, como luego diremos, era la de aceptar lo que era toda su razón de ser: la promesa hecha a Abraham, que es Cristo (Gal. 3, 16).

99 — Ahora bien, Israel no solo rechazó positivamente a Cristo, sino que le crucificó, con lo que pereció por sí misma la antigua alianza de Dios con Israel, ya por la plena obtención del fin para que fue hecha la alianza y la promesa: la redención del género humano; ya porque el mismo Israel consumió deliberadamente y de la manera más trágica su total rompimiento con Dios por el horrendo crimen del deicidio, y con ello consumió su malicia y reprobación.

Quizá este triple sentido quiso dar Cristo a sus últimas palabras en la Cruz: *Consummatum est*, todo está concluído (Jn. 19, 30).

Hubo, pues, en la cruz rotura total y completa del pacto celebrado entre Dios y el pueblo de Israel, quedando, por consiguiente, ambas partes desligadas: Dios, de la obligación de conceder beneficios y favores: Israel, del derecho a reclamarlos y recibirlos, porque ya no es su pueblo.

100 — Claro es que a pesar de todo, si Cristo mediante su sangre concertó pacto con toda la humanidad, siendo los judíos parte de todo el linaje humano, ellos también quedan incluídos en la condición de pueblo de Dios; pero no con aquella exclusividad de un “todo” que tenía su raíz en la antigua alianza; sino solo con la equiparación de “parte” que le compete con todas las demás si, como ellas, consiente en la condición absolutamente imprescindible de reconocer al que el mismo Yahveh les dio como nuevo Señor “del nuevo pueblo que con la nueva alianza se formó: “Pídeme y te daré en herencia todos los pueblos” (Salmo 2, 8). Ese nuevo Señor es el Mesías.

101 — Pero, como ya queda dicho, acontece precisamente que tanto el pueblo hebreo contemporáneo de Jesús, como el actual, sigue siempre empeñado en no querer someterse a la condición absolutamente indispensable para pertenecer al nuevo pueblo de Dios: la de recibir a su nuevo Señor; luego si Israel, después de haber roto el pacto con Yahveh (Deut. 29, 25; 4º Reyes 17, 15-23, 34-41), sigue obstinado en no querer reconocer al Mesías, ¿Qué extraño es que Dios le abandone a él? Lo extraño sería que Dios no lo hiciese así después de haberle conminado muchísimas veces con hacerlo así.

102 — De los israelitas contemporáneos de Jesús dijo San Juan: “Vino a los suyos y los suyos no le

recibieron" (Jn. 1, 11). Los posteriores y los actuales siguen rechazándole. De donde se sigue necesariamente que, así como a los que entonces le recibieron o reconocieron como Mesías e Hijo de Dios les dio El mismo potestad de poder ser o hacerse hijos de Dios (Jn, 1,12), esto es, les otorgó los derechos y la gloria de la divina filiación, y con ello la de pertenecer al nuevo pueblo de Dios y ser coherederos con El de la herencia eterna que a El le otorgó su Padre celestial; así, por el contrario, todos los que voluntariamente le rechazaron entonces y le rechazan ahora, quedan excluidos de la coheredad con Cristo, porque no son suyos, y no son suyos porque no se han hecho hijos de Dios por la fe en Cristo y, por tanto, si en alguna manera pertenecen ahora a su pueblo, es SOLO en potencia; mas en realidad de verdad solo pertenecerán cuando por la fe en El le reconozcan como verdadero Mesías y verdadero Dios.

103 — Que todo esto no sea ficción mía sino pura realidad lo significaron el mismo Jesucristo y San Pablo múltiples veces en sus enseñanzas.

¿Qué otra cosa más que la reprobación temporal de Israel hasta que le reconozca como verdadero Mesías y Dios quiso significar Jesús en las parábolas a que hemos aludido, de la Higuera estéril (Mat. 21, 18-20) y de los pérfidos viñadores (Mat. 21, 33-46), y principalmente en estas palabras del versículo 43:

~~“Por eso os digo que SE OS QUITARA EL REINO DE DIOS y se dará a gente que produzca fruto.”~~

104 — ¿Y no anuncia lo mismo San Pablo en todo el capítulo de su Carta a los Romanos?

Quede, pues, como última conclusión que el puesto que les corresponde a los judíos es el que exponemos a continuación, para evitar la espantosa confusión de querer equiparar a los judíos con los cristianos, o al pueblo judío con el pueblo cristiano.

1º — El pueblo de Israel fue escogido por Dios para ser su pueblo, pero no en forma absoluta para siempre, sino condicional y mientras cumpliese con las condiciones que El le exigía para ser su pueblo, como puede verse en los pasajes citados anteriormente.

2º — Israel no cumplió esas condiciones exigidas por Dios para ser *perpetuamente* su pueblo, porque entre ellas figuraba, como *absolutamente esencial*, el reconocimiento del Mesías como Hijo de Dios; al contrario, lo rechazó dándole muerte de cruz.

3º — Por lo cual Dios rechazó al pueblo de Israel, que dejó de ser su pueblo, en cuanto tal.

4º — De los judíos sólo pertenecen al nuevo pueblo de Dios aquellos que *en cualquier tiempo han reconocido a Cristo como Mesías*.

5º — El pueblo judío volverá a ser pueblo de Dios, cuando reconozca a Cristo como verdadero Mesías e Hijo verdadero de Dios. Entre tanto solo pertenecen

en potencia o por ordenación y destino, pero no en realidad.

105 — Réstanos ya; por último, tratar otra cuestión unida con la precedente, tomada por los adversarios como punto de partida para negar la culpabilidad en el deicidio del pueblo de Israel en cuanto tal.

Dijimos anteriormente que en esta cuestión no se ha de mirar tanto el número como la verdadera solidaridad voluntariamente aceptada en su raíz: la Ley que constituyó al pueblo de Israel, y conscientemente consentida a la representación o cabeza jurídica de todo pueblo en el crimen que cometieron según esa misma Ley.

Lo demás del número real de los que participaron en la muerte de Cristo, ni importa tanto ni se podrá saber jamás con exactitud. Pero creemos que uno de los colaboradores del P. Jordán, el P. Ludwic Von Hestlin S. J., es tan excesivamente parcial y lo va reduciendo conscientemente tanto, que casi lo queda en la nada.

En efecto, dice el nombrado padre, en la pág. 84: "El número de los que vociferaron pidiendo la muerte de Jesús *no pasaría del millar*". Y apoya esta afirmación en varias consideraciones que hace sin gran fundamento, como lo demuestran las siguientes razones.

106 — En primer lugar los Evangelios hablan de: “turba” ⁽¹¹⁵⁾; “Toda la multitud” ⁽¹¹⁶⁾; “turbas” ⁽¹¹⁷⁾; “Respondiendo todo el pueblo” ⁽¹¹⁸⁾; y de que: viendo Pilatos que no adelantaba nada, y que el tumulto crecía ⁽¹¹⁹⁾.

Ahora bien, esas palabras denotan muchedumbre, mucho mayor que la de un millar de personas. Por otra parte, Pilatos no era hombre que se dejase aterrorizar por un tumulto de unas mil personas, aun suponiéndolas insolentemente insubordinadas, disponiendo de los soldados de que disponía ⁽¹²⁰⁾.

⁽¹¹⁵⁾ Mt. 21, 9.

⁽¹¹⁶⁾ Lc. 23, 1.

⁽¹¹⁷⁾ Lc. 23, 4.

⁽¹¹⁸⁾ Mt. 27, 35.

⁽¹¹⁹⁾ Mt. 27, 24.

⁽¹²⁰⁾ Si bien por una parte hay que tomar con precaución lo que dicen de Pilatos los historiadores judíos Flavio Josefo y Filón, con frases de Herodes Agripa I, hermano de la incestuosa Herodías, pintándole como hombre terco, venal, pendero, rapaz, tirano y rebosante de odio para con los judíos, a quienes habría mandado con mucho gusto a todos al patíbulo; por otra, este retrato está muy conforme con la mano dura que necesitaba el espíritu levantisco de los judíos, siempre pronto a rebelarse contra Roma la dominadora.

Flavio Josefo da cuenta de varios levantamientos judíos contra Roma, que Pilatos sofocó con mano implacable y rápida, llegando en una ocasión a mezclar en los mismos atrios del templo, la sangre de los patriotas galileos con la de sus víctimas y con la de los sacrificios.

No creo que un tipo así se asustase mucho por un tumulto de unas mil personas hasta el punto de ser víctima de sus amenazas, aun supuesta la velada insinuación de los fariseos de delatarle a Roma, si no cedía ante la rabiosa truculencia de sus acusaciones contra el reo.

107 — Por consiguiente, es más lógico que esas palabras supongan una muchedumbre numerosa, que hizo titubear primero, y al fin, por temor, ceder a Pilatos.

San Mateo (¹²¹) dice de la entrada de Jesús en Jerusalem el día de Ramos: “La *numerosísima muchedumbre* extendía sus mantos por el camino, mientras que otros cortando ramos de árboles, lo alfombraban. La multitud que le precedía y la que le seguía gritaba diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!”

Y cuando entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió y decía “¿Quién es éste? Y la muchedumbre respondía: “Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea”.

Esta “numerosísima muchedumbre” suficiente para conmover toda la ciudad, junto con los de toda la ciudad conmovida, da la impresión no de un millar sino de algunos centenares de miles de personas.

108 — En efecto, otro de los autores cuya disertación utiliza el P. López Jordán, J. Toulat, dice en la pág. 124: “Durante la Pascua de Jerusalén, se reunía dentro de sus murallas, además de sus 100 ó 150 mil habitantes, una multitud de peregrinos llegados de toda Palestina, de toda la diáspora, añadien-

(¹²¹) 21, 8-11.

do a la ciudad de piedra una ciudad de tiendas. El historiador judío Josefo *enumera hasta tres millones*. Digamos que sea exagerado. Lo cierto es que se contaban por decenas y centenas de millares, medio millón o un millón.

109 — Flavio Josefo en su *Guerra de los Judíos* dice que quedaron encerrados en el recinto de la ciudad 2.700.000 personas, número que no parece exagerado si se tiene en cuenta que, según dice en otra parte, perecieron en el asedio 1.100.000 judíos y además, de los supervivientes, llevaron cautivos 97.000 destinados a todas las regiones del imperio.

110 — Esto está en bastante consonancia con todo esto lo que se dice en los *Hechos de los Apóstoles* ⁽¹²²⁾, refiriendo los efectos de la maravillosa venida del Espíritu Santo, o la Pentecostés judía, que era una de las tres fiestas nacionales impuestas por la Ley ⁽¹²³⁾ y que se celebra siete semanas después de la Pascua, fiesta principal, en que crucificaron a Cristo.

Dice así: “Residían en Jerusalén judíos varones piadosos, de cuantas naciones hay debajo del cielo, y habiéndose corrido la voz, se juntó una muchedumbre que se quedó confusa al oírlos hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos de admiración decían: Todos estos que hablan ¿No son galileos? Pues

⁽¹²²⁾ 2, 5-13.

⁽¹²³⁾ Ex. 23, 14-16.

¿cómo nosotros los oímos cada uno en nuestra propia lengua, en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, los que habitan mesopotamia, judea, Capadocia, Ponto y Asia; Frigia y Panfilia, Egipto y las partes de Libia que están contra Cirene, y los forasteros romanos, cretenses y árabes los oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios”.

111 — En verdad que esta enumeración, muy probable o ciertamente incompleta, de todos los moradores habitual o accidentalmente residentes en Jerusalén en esta fiesta, y que seguramente sería mayor en la principal de la Pascua; hace pensar en cifras muy aproximadas a las que pone Josefo.

112 — Naturalmente que no todos ellos pidieron la muerte de Jesús, y aun de los que la pidieron, no todos lo harían conscientemente, pues no dudamos que abundaran en aquella muchedumbre, aliada decisiva para sus dirigentes que la lleva y la trae, la maneja y la inspira a su placer, decididos a triunfar de sus dos presentes enemigos: Jesús y el procurador. Ciertamente que en ella no hubo aquel conocimiento, aquel odio y responsabilidad que tenían sus jefes. Pero teniendo en cuenta lo extraordinariamente llamativo del caso, por todas las circunstancias de tiempo, lugar y, sobre todo, de la persona que se trataba; de la proximidad del triunfo de los días an-

teriores que había hecho más popular, más célebre a Jesús, el contraste clamoroso de aquel triunfo con la actual prisión, la prontitud con que la curiosidad del vulgo suele unirse al bullicio tumultuoso de la calle, que iría aumentándose con el avance del día, los rumores corrientes y los respectivos traslados de Jesús de una parte para otra; creo que no es “pura retórica”, como dice el P. Toulat, afirmar que muchos miles (el dice con frase intencionadamente vaga “cientos de miles”) de judíos pidieron excitados por las escrituras y fariseos, o por su propia cuenta (engañados o no) la muerte de Jesús.

113 — ¿Cuántos? No lo sabemos. Pero así como sería ajeno a la verdad extender esa petición o hacer enteramente y por igual responsables de ella a todos los judíos contemporáneos de los hechos y a los posteriores, así también es ridículo disminuir tanto el número que quede reducido prácticamente a casi cero; y es contrario a la verdad, por esa circunstancia del reducido número, quitar de la conciencia del pueblo judío el crimen de deicidio. Eso es precisamente lo que pretenden con esa casi anulación numérica.

114 — Es frase corriente, cuya verdad todos entienden, decir: Los españoles son los descubridores de América; a pesar de que ni todos los españoles de entonces fueron descubridores, ni mucho menos

lo son los existentes ahora después de casi cinco siglos.

Pero nadie duda de que por solidaridad nacional la gloria de ese hecho se extiende, si no por igual a todos los españoles, sí en alguna manera verdadera, más a los que realmente la llevaron al cabo, por supuesto; no tanto a los coetáneos que no participaron y menos, si se quiere, a los presentes; pero a todos alcanza en la proporción suficiente para que la proposición: los españoles son los descubridores de América, no sea falsa sino verdadera.

115 — La razón es porque esta manera de explicar las cosas es normal y la admiten incluso aquellos que la rechazan, aunque solo la admiten para lo que les conviene.

Veámoslo. No todos los alemanes eran nazis, ni todos los nazis eran criminales o tuvieron culpa en las locuras y atrocidades cometidas por los dirigentes nazis y unos cuantos millares más; y sin embargo las ejecuciones de *prisioneros* de guerra prosiguieron durante seis años después del armisticio. "Significativamente", añade el autor de quien tomamos estos datos, Salvador Borrego, *Derrota mundial*, página 581, a todos los reos se les condenaba por haber ejecutado o encarcelado a conspiradores, saboteadores o guerrilleros judíos".

"El cargo más grave que se hizo a los líderes nazis fue el de haber cometido "crímenes contra la huma-

nidad"; en otras palabras, ejecuciones judías (pág. 582).

Si no existe esa solidaridad nacional entre los habitantes de un mismo pueblo para bienes y males ¿Por qué Israel exigió y recibió de Alemania como ganancia extra una indemnización de 48.000 millones de pesos mejicanos pagaderos en 16 años? (l.c., p. 585) ¿Por los seis millones de judíos ajusticiados? ⁽¹²⁴⁾.

116 — Pero, en fin, estas consideraciones, si bien tienen cierta relación por lo de la solidaridad de los judíos actuales con el crimen de sus antepasados, están un poco al margen.

A este género de solidaridad corresponde también la destrucción de Jerusalén y la dispersión de todo el pueblo judío por el mundo, hechos que no dejan de tener su fuerza probatoria de la participación moral de todo el pueblo judío en el deicidio, en la forma más o menos mitigada que ya hemos explicado; por más que el P. López Jordán califique esos hechos despectivamente de "subhistoria" y de un pago por anticipado.

⁽¹²⁴⁾ El doctor judío Listojewski publicó en la revista *The Broom*, de San Diego, Cal., el 2 de mayo de 1952, lo siguiente: "Como estadístico me he esforzado durante dos años y medio en averiguar el número de judíos que perecieron durante la época de Hitler. La cifra oscila entre 350.000 y 500.000. Si nosotros los judíos afirmamos que fueron seis millones, esto es una infame mentira" (l.c., pág. 587, y prueba esta afirmación el autor en las págs. 588-89).

117 — Por lo pronto, las razones que él da son, como dijimos al principio, “escapatorias”.

La dispersión o dispersiones del pueblo judío antes del año 70 fueron hechas espontánea y fortuitamente por los particulares que buscaban medios de medrar fuera de su país, como aconteció con los que fueron a Egipto ⁽¹²⁵⁾, o forzosamente, como los acontecidos por diversas guerras con los pueblos vecinos, y los llevaron como esclavos, al estilo de entonces.

Pero la dispersión del año 70, además de ser forzada por los romanos, fue por secreta disposición divina *en castigo de sus crímenes*: “Vuestra casa quedará desierta” ⁽¹²⁶⁾ “Saliendo Jesús del templo, se le acercaron sus discípulos y le mostraban las construcciones del templo. El les dijo: ¿Veis todo esto? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra; todo será destruído ⁽¹²⁷⁾.”

Todo será destruído por los crímenes que ellos y sus antepasados habían cometido, enumerados en todo el capítulo 23, y sobre todo ya profetizado por Daniel más de 400 años antes de que acontecieran los sucesos profetizados, cuya parte principal queremos trasladar aquí para que se vea o la poca memoria del autor que se despacha con tanto desenfado en cosa tan grave, o el deliberado interés de ocultarlos para que no aparezca en claro la verdad.

⁽¹²⁵⁾ Ex. 1.

⁽¹²⁶⁾ Mat. 23, 38.

⁽¹²⁷⁾ Mat. 24, 1-2.

118.—Dice, pues, así el profeta Daniel:

“Yo, empero, vine para instruirte, porque eres varón de deseos: tú estás atento a mis palabras y entiende la visión.

”Restan setenta semanas cortas para que venga sobre tu pueblo y sobre la ciudad santa la prevaricación, se consume el pecado, se borre la iniquidad, llegue la justicia sempiterna, se cumpla la visión y profecía, y sea ungido el Santo de los santos.

”Sábete, pues, y estás atento: Desde que salga el edicto para que sea edificada Jerusalén hasta (que llegue) el Cristo Jefe, pasarán siete semanas más sesenta y dos semanas (de años), y de nuevo será reedificada la ciudad y los muros apresuradamente. Y después de sesenta y dos semanas (de años) será muerto (*occidetur* = *matado*) el Cristo, Y NO SERA YA MAS SU PUEBLO EL QUE LE HA DE NEGAR”.

“Y un capitán que ha de venir DISPERSARA (se refiere a Tito) a todo el pueblo, cuyo fin será la devastación, y después de la guerra restará una permanente desolación”.

“El pacto, empero (del Nuevo Testamento), lo confirmará en una semana, y a la mitad de la semana cesarán las hostias y los sacrificios. (Véase esto cumplido en San Mateo 24, 15), y se instalará en el templo la desolación, que permanecerá hasta la consumación y el fin” ⁽¹²⁸⁾.

⁽¹²⁸⁾ Daniel 9, 23-27.

119 — Y prosigue en el capítulo 11, describiendo la sucesión de varios reyes: Ciro, Alejandro, Ptolomeo II y III y otros hasta llegar al pueblo romano, que fue el que destruyó el templo de Jerusalén y dispersó y persiguió tan atrozmente al pueblo de Israel, que casi lo aniquiló ⁽¹²⁹⁾.

120 — Todos estos vaticinios de Daniel no sólo se cumplieron en Jesús sino que los confirmó el mismo Jesús precisándolos más, y sobre todo haciendo ver expresamente que acontecieron al pueblo judío *en castigo de sus pecados, y del mayor de todos que iban a cometer asesinándolo a El* ⁽¹³⁰⁾.

121 — Véase en los autores sagrados:

1º, La caída de Jerusalén en Lc. 21, 21 y lugares paralelos; 2º, la fecha de la caída en Mat. 24, 34; 3º, Más en concreto determina Jesús el tiempo en Mat. 24, 15; Dan. 11, 31; 4º, Las señales precursoras en Mat. 24, 5 y sgts.; 5º, Presagios precursores de la gran catástrofe en Mat. 24, 6-8; 6º, otros presagios precursores (Lc. 21, 6-24) confirmados en los hechos de los Ap.: cc. 4, 5, 8, 15, 16, 21-24.

122 — Y en cuanto a los profanos que confirman todo esto, pueden leerse:

⁽¹²⁹⁾ Dan. 11, 30 y sgts.

⁽¹³⁰⁾ Mt. 23, 27-32 y lugares paralelos.

Flavio Josefo, *La Guerra de los judíos*, 1, 2 al 6. Tácito, *Historias*, 1. 1 y 2. *Anales*, 12, 43; 14, 27; 15, 47; 16, 13. Suetonio, *Vida de Claudio* 18. *Vida de Nerón* 45. Eusebio de Cesarea y otros.

En cuanto al templo, que era el signo de la unidad religiosa y monoteísmo riguroso del pueblo judío, dijo Jesús que no quedaría piedra sobre piedra. (Mt. 24, 2; Mc. 13, 1-2).

Pues bien, el mismo judío Josefo atestigua cómo el templo no solo fue destruido y consumido por el fuego, *aun en contra de las órdenes explícitas, y aun de las mismas voces de mando del emperador Tito que prohibía aquel desastre, pero que no pudo contener las turbas de los soldados que parecían arrastrados por una furia especial* (Josefo, *Guerra de los Judíos* 6, 9, 2); sino que cuando tres siglos más tarde Juliano el Apóstata quiso reconstruir el templo para arruinar el cristianismo, "debió desistir de su empresa a causa de hacerse aquel lugar inaccesible por efecto de unas llamaradas de fuego que salían en frecuentes explosiones de los fundamentos mismos de la obra y que en varias ocasiones quemaron a los mismos trabajadores (*Rerum gestarum*, 1, 23, 1).

123 — Este suceso está confirmado por Aniano Marcelino, amigo íntimo de Juliano el Apóstata y por varios otros autores del siglo IV. Véase también San Gregorio Nacianceno, *Oratio V contra Juliano* 3-4; San Juan Crisóstomo, *discurso V*, n. 11; San

Ambrosio, *Carta 40 al emperador Teodosio*, n. 12; Sócrates, *Historia eclesiástica*, 3, 20; Sozomeno, *Historia eclesiástica* 5, 22. Y de autores más recientes, puede verse Allard, *Julien L' Apostat*, 3 vol. (1903).

124 — Finalmente, fueron repetidas las veces que Jesús profetizó la *reprobación del pueblo judío*, que había de quedar excluido durante siglos... del Reino mesiánico ⁽¹³¹⁾.

125 — Y sobre todo San Pablo en el capítulo 9 de la *Carta a los Romanos*, en cuyos versículos 27, 28 aplica a los judíos del tiempo de Jesucristo estas palabras del profeta Isaías: (Is. 10, 22 sts.)

“Pues aunque fuera tu pueblo, Israel, como la arena del mar, (solo) un resto se convertiría; *está decidido el aniquilamiento, desbordante de justicia*”, en donde Isaías profetiza la reprobación de los judíos, que San Pablo confirma en el capítulo 11, principalmente en los vv. 25-32.

Es cierto que esa reprobación de Israel no es perpetua ni absoluta, pues al fin y al cabo se ha de convertir, pero esta misma conversión prueba que la reprobación no es menos real y, por consiguiente, que Israel no es ya el pueblo de Dios.

⁽¹³¹⁾ Mt. 8, 10-12; 21, 43 y lugares paralelos; Lc. 21, 24, etc.

126 — Ese sentido tienen las palabras de Jesucristo: “*Vuestra casa quedará desierta*” ⁽¹³²⁾.

38). Porque al dejar de ser el templo y la ciudad de Jerusalén casa y residencia divina, será también abolido el culto ritual levítico como ya inútil y sin provecho; y por eso la casa que era de Dios, desierta de la presencia de ese mismo Dios, se dejará para vosotros, será casa “*vuestra*”, casa de un pueblo que por haber negado a su Dios ⁽¹³³⁾, Dios le niega también a él.

127 — Pero sobre todo está profetizada por N.S. Jesucristo la reprobación de Israel en las parábolas referentes a la higuera estéril y más claramente aún en la viña de los pérficos viñadores ⁽¹³⁴⁾, en donde, confirmando el Señor la sentencia de los judíos contra los perversos viñadores que mataron al hijo y heredero del dueño de la vida, hace aplicación a los judíos y les dice estas palabras: “Díceles Jesús... Por eso os digo que os será quitado el reino de Dios y se dará a gente que produzca frutos” ⁽¹³⁵⁾. “Y cuando oyeron los sumos sacerdotes y los fariseos sus parábolas, comprendieron que lo decía por ellos” ⁽¹³⁶⁾.

⁽¹³²⁾ Mat. 23, 38; Lc. 13, 35.

⁽¹³³⁾ Daniel 9, 26-27; 11, 31; 12, 11; Hechos 3, 14.

⁽¹³⁴⁾ Mat. 21, 33-43.

⁽¹³⁵⁾ Mat. 21, 43.

⁽¹³⁶⁾ Mat. 21, 45.

128 — Pudiera haber quedado en el lector cierta impresión como de ensañamiento de parte nuestra contra el pueblo judío.

Nada más ajeno a la verdad que eso. Sé muy bien que todo lo principal, o todo lo mejor que tenemos en el cristianismo, se lo debemos a ese pueblo, o por mejor decir, a Dios, que se sirvió de él eligiéndolo como instrumento para entregárnoslo: Jesucristo, la Santísima Virgen, los Apóstoles, etc., etc., y que por ello le debemos tributar la honra y el amor que le corresponde.

Pero una cosa es pagar como se debe ese tributo de justicia a la verdad, y otra comulgar con ruedas de molino, como quieren que lo hagamos esa pléyade de judíos o "judaizantes" modernos, que de hecho (dejo a Dios las intenciones) nos quieren hacer ver blanco lo que todo el mundo ha visto hasta ahora como negro.

129 — Eso precisamente es lo que pasa con la participación de todo el pueblo judío en el deicidio, cuya culpabilidad arrancan los "progresistas" de las espaldas de ese pueblo para echarla sobre las de toda la Humanidad, porque, según dicen ellos, fuimos todos los hombres los que crucificamos a Jesucristo y no solamente los judíos, ya que todos estábamos en el Calvario como pecadores, por los cuales murió.

Negar la propia participación en la crucifixión significa privarse de la participación en la redención. Tal es la argumentación que emplea en el libro del

P. Jordán, página 38, Mons. John M. Oesterreicher.
¿Será verdad tan triste nueva, desde hace veinte siglos conocida?

130 — Yo creo que no es más que una pura falacia. Veámoslo y, para ello, pidamos un poquito de auxilio a la modernamente odiada metafísica, con lo que lograremos deshacer o por lo menos aclarar este no pequeño galimatías, que consiste en confundir varias clases de causa.

La esencia de la causa está en causar o hacer. La causa se constituye tal por la relación causal que dice al efecto, de manera que cual sea la relación - influjo - razón de causar, tal será la causa.

Las causas que pueden entrar en el caso presente son tres: eficiente, moral y final.

La eficiente *física* produce el efecto por su acción o influjo físico. En el caso presente el efecto físico es la muerte de Cristo, que fue producida materialmente por los soldados. Verdugos físicos.

La eficiente *moral* produce el efecto mediante una acción: consejo, ruego o algo que se *imponga* a la voluntad. En el caso presente fue la *presión* que los fariseos ejercieron en el pueblo y en Pilatos, por lo cual ellos son los verdugos *morales*.

La *final* actúa *no por una acción* como la física (eficiente o moral), sino por una atracción, una cosa, una bondad que impulsa a obrar. En el caso presente es la *propia bondad* de Dios que le mueve a pro-

ducir otra bondad, esto es, la que existe en ejercitar la misericordia divina acerca de la Humanidad pecadora. Esa bondad atrae o mueve a Dios a decretar la Redención y a Cristo a ejecutarla.

En este sentido sí que estaba toda la humanidad en el Calvario, pero no en ninguno de los dos anteriores, o sea, no en cuanto *ejecutores físicos o morales* de la muerte de Cristo.

131 — Aclarados los términos en esta forma, sí que podemos decir que Cristo murió POR todos, esto es, *se entregó* y sufrió la muerte por todos. POR = para todos, para librar a todos del pecado. Murió por todos como *causa final*, todos fuimos causa final de la muerte de Cristo y de hecho todos se aprovecharon moralmente de su muerte física, pues todos quedaron por ella redimidos; pero no fue muerto *por* todos como si todos hubieran sido causa *física o moral* de su muerte, pues no todos los hombres le dieron muerte de esa manera, sino SOLO LOS JUDIOS.

Toda la *bondad moral* contenida en la causa *final* por que murió Cristo se encuentra en El y en nosotros: en El, en cuanto que su propio amor a la Humanidad le movió a *realizar* en ella el bien que para ella deseaba: la Redención con todos los bienes que para la humanidad encierra; y en nosotros, en cuanto término de los efectos redentores, que son la remisión de todos nuestros pecados.

—Y toda la *malicia moral* contenida en la causa eficiente e inmediata de la muerte de Cristo, está *no en todo el género humano*, sino **SOLO Y EXCLUSIVAMENTE** en aquellos que le dieron la muerte física.

132 — Sobre toda la humanidad cayó la sangre de Cristo *redentora*, por tanto, también sobre los judíos; pero **SOLO SOBRE LOS JUDIOS CAYO LA SANGRE DE CRISTO VENGADORA**, porque *solo ellos* merecieron el castigo, pues *solo ellos* ejecutaron su muerte, como *solo ellos* pidieron que cayera sobre ellos en forma de castigo (moral y aun físico) la sangre de su horrendo crimen.

—Negar la realidad del castigo o de la solidaridad en el crimen, en la forma anteriormente explicada, sería o desconocer la justicia divina ejecutiva de sus conminaciones, o exagerarla haciéndola injusta, por hacer sufrir durante tanto tiempo a todo un pueblo los efectos de un crimen que en ninguna manera hubiera cometido.

Acontece con el pueblo judío algo semejante, *no igual* a lo que acontece con toda la humanidad respecto del pecado original.

133 — Antes de terminar este capítulo, hagamos algunas cortas reflexiones sobre diferentes actitudes acerca de este tema.

En primer lugar la actitud de Paulo VI, quién comentando el Evangelio del día en una misa celebrada

en Nuestra Señora de Guadalupe, en Roma, decía sobre la trayectoria histórica del pueblo judío: “que predestinado para recibir al Mesías, ya en su presencia no solo no le recibió, sino que le combatió, injurió y, por fin *le dio la muerte*”.

Podríamos añadir, aunque muy lamentablemente, por cierto, que durante los veinte siglos siguientes, pero sobre todo durante los primeros del cristianismo, esa trayectoria no ha variado mucho que digamos, por lo menos en lo que se refiere a repudiar, combatir e injuriar a Cristo, pues el Saulo perseguidor ⁽¹³⁷⁾ no sólo permanece endurecido, rehusando convertirse en Pablo ⁽¹³⁸⁾, sino que sigue sin querer recibirle entre los suyos ⁽¹³⁹⁾.

134 — Tal es la actitud de los judíos actuales en general, como lo prueba la violenta reacción del Presidente de la Unión Israelita en Italia y del gran rabino que, apenas salidas de la boca de Paulo VI las palabras antedichas, dirigieron un telegrama al Secretario de Estado de su Santidad expresándole “su doloroso estupor ante la confirmación de la acusación de que el pueblo judío mató a Jesús. Se renueva así la antigua acusación de deicidio, fuente de seculares y trágicas injusticias contra los judíos, acusación que

(137) Hechos 7, 57-60.

(138) L. c. 9, 1-5.

(139) Jn. 1, 11.

solemnes afirmaciones del Concilio Vaticano II parecían haber cortado para siempre" ⁽¹⁴⁰⁾.

135 — Como se ve, en aquel telegrama, aunque capciosamente, se afirma que las palabras de Paulo VI *son una injusta acusación de deicidio* contra el pueblo judío, y están en plena contradicción con las solemnes afirmaciones del Concilio Vaticano II, que parecía haber cortado para siempre esas "injustas acusaciones".

¿Cómo y por qué las habría cortado el Concilio si no negando, o por qué negó que los judíos habían sido deicidas?

Porque del tono y de la letra del telegrama aludido parece deducirse que el Concilio ni siquiera ha afirmado que los judíos hayan matado a Jesús, ya que eso sería no *cortar* "injustas acusaciones, fuente de tantas injusticias contra los judíos", sino *confirmarlas* con la suya propia.

136 — Podríamos conceder que, al menos expresamente, el Concilio no ha confirmado la acusación de deicidio, aunque si lo hubiera hecho tampoco hubiera cometido *realmente* una injusticia, sino sólo según la falsa opinión de los judíos. Pero si no lo ha hecho expresamente tampoco lo ha negado; y además que, implícitamente lo ha confirmado diciendo: "Aunque

(140) ¿Qué pasa? 15, 7-67, pág. 3.

las autoridades de los judíos con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo”.

137 — Dice, pues, el Concilio claramente que los judíos reclamaron para la muerte a Cristo, lo que equivale a decir que, si no física, moralmente sí que le dieron muerte.

Ahora bien, es dogma de fe católica que en Cristo no pueden separarse realmente el Cristo hombre del Cristo Dios, y esta *identidad personal* es precisamente la razón por la cual San Pedro y San Pablo sustituyeron al Cristo Hombre por el Cristo Dios cuando dijeron: “*Vosotros matásteis al Autor de la vida y al Señor de la Gloria*”.

138 — Porque no dijeron: *Matásteis a Jesús*, queriendo con ello significar que mataron sólo al hombre llamado Jesús; porque si fuera así, hubieran cometido un error teológico, o por mejor decir, hubieran dicho una verdadera y gravísima herejía, lo cual es absolutamente inadmisibile.

Sino que dijeron: “*Matásteis al Autor de la Vida y al Señor de la Gloria*”, en la forma ya anteriormente explicada y en el sentido de *identidad personal* también indicado.

139 — Pero el Concilio, reafirmando la verdad histórica innegable de que los judíos mataron a Jesús, dada la *identidad personal* de que venimos hablando

y sobradamente conocida por el Concilio, con esa afirmación explícita afirma implícitamente la verdad teológica de que fueron deicidas, más o menos consciente o inconscientemente, y por eso también más o menos culpables o inculpablemente en la forma que ya se ha explicado.

140 — ¡Ojalá hubiera estado el Concilio en todas sus afirmaciones tan acertado como lo estuvo Paulo VI en las suyas referidas! A nuestro parecer, no lo ha estado: por ejemplo, cuando recomienda “guardarnos todos de hacer responsables a los judíos de nuestro tiempo de lo que fue cometido durante la Pasión de Cristo”.

Tiene muchísima razón el Concilio. Pero ¿qué católico medianamente ilustrado o de mínimo sentido común puede cometer la enorme torpeza de culpar a todos los judíos *por igual* de aquellos sucesos?

Sin embargo, el que no pueda culpárseles con entera razón, dependerá de que ellos mismos lo reprueben sinceramente. ¿Lo reprueban o más bien siguen afeerrados a lo que hicieron los suyos, aprobándolo, al menos tácitamente?

Entonces, ¿por qué se quejan de que les culpen?

141 — Otra cosa que llama la atención en la Declaración es la insistencia de dispensar y desligar al pueblo judío actual o pretérito de todo lo que le es adverso en la historia bíblica, mientras que se lo so-

lidariza en todo lo que puede contribuir a engrandecerle y dignificarle a los ojos del mundo.

142 — Veámoslo con algunos ejemplos: “La Iglesia de Cristo dice que reconoce que los comienzos de la fe y de su elección se encuentran ya en los patriarcas, en Moisés y en los profetas, conforme al misterio salvífico de Dios...; la Iglesia no puede olvidar que ha recibido la revelación del Antiguo Testamento, por medio de aquel pueblo con quien Dios, por su inefable misericordia, se dignó establecer la Antigua Alianza... La Iglesia tiene siempre ante sus ojos las palabras del Apóstol Pablo sobre sus hermanos de sangre a quienes pertenecen la adopción y la gloria, la alianza, la Ley, el culto y las promesas, cuyos son los patriarcas, y de quienes desciende el Mesías según la carne ⁽¹⁴¹⁾, hijo de la Virgen María, los Apóstoles”, etc., etc.

143 — Todo esto es muy cierto y está muy puesto en razón que todo el mundo así lo reconozca; y además, como ya se ha dicho al principio, todo lo que tenemos de bueno los cristianos en cuanto tales *nos vino de Dios* originariamente por medio del pueblo judío. ¿Qué más podemos decir, qué más conceder?

Sin embargo, paréceme que tampoco conviene olvidar las maldiciones de Jesús a causa del endureci-

(141) Romanos 9, 4-5.

miento de ese pueblo (¹⁴²), aplicables en buena proporción a todo el pueblo judío contemporáneo y al de todos los tiempos.

144 — Eso por una parte, que por otra hay que advertir que todo eso nos viene *del pueblo a quien Dios hizo la promesa*, por la que “todos los cristianos, hijos de Abraham, según la fe (¹⁴³) están incluidos en la vocación del mismo patriarca, que *es el pueblo que se mantuvo siempre fiel a la promesa*”. No del otro pueblo que, *por seguir todavía después de dos mil años aferrados a la negación de sus mayores*, están aún sujetos a la maldición de la ley (¹⁴⁴), al yugo de la esclavitud de la ley (¹⁴⁵), y que por lo mismo que han negado a Cristo, objeto de la promesa y la descendencia misma de Abraham (¹⁴⁶), están separados de Abraham y de Cristo (¹⁴⁷).

145 — Es cierto y nadie puede dudar que las promesas de Dios son sin arrepentimiento (¹⁴⁸) y que en virtud de su promesa Dios no reprobó a su pueblo (¹⁴⁹), pero esto hay que entenderlo rectamente;

(¹⁴²) Mat. 11, 10-24; 23, 1-36; Lc. 11, 37-52.

(¹⁴³) Gal. 3, 7.

(¹⁴⁴) Gal. 3, 7-10.

(¹⁴⁵) Gal. 3, 13-14; 5, 1.

(¹⁴⁶) Gal. 3, 16-17.

(¹⁴⁷) Gal. 4, 28-31; 5, 1-6 y 31, 16-18, 27.

(¹⁴⁸) Rom. 11, 29.

(¹⁴⁹) Heb. 8, 8-13; 11, 1.

porque las promesas de Dios en general no son *absolutas* sino *condicionadas a la humana fidelidad*; y en este caso particular de las promesas hechas a Abraham y en él a su descendencia carnal o pueblo de Israel, estaban condicionadas, como no podían menos de estarlo, a su fidelidad a Dios ⁽¹⁵⁰⁾.

146 — Pues este es precisamente el caso de la promesa hecha por Dios a Abraham y en él a todo el pueblo de Israel.

Dios hizo la promesa a Abraham y a su posteridad, no por la ley sino, como dice San Pablo, por la *justicia de la fe* ⁽¹⁵¹⁾. De donde se sigue que la promesa de Dios sigue siendo firme e inmutable para todos los que viven por la fe ⁽¹⁵²⁾, y la descendencia de Abraham sigue siendo pueblo de Dios; pero esa descendencia ni es ahora ni lo fue nunca la descendencia meramente carnal, sino que *por la fe en la promesa: Cristo* ⁽¹⁵³⁾ sigue entroncada con Abraham, padre de todos los creyentes ⁽¹⁵⁴⁾. Porque de la misma manera que los israelitas, al abrazar la fe cristiana, siguen perteneciendo eternamente a Israel ⁽¹⁵⁵⁾, al verdadero Israel de Dios ⁽¹⁵⁶⁾ continuado en la Nueva Alian-

⁽¹⁵⁰⁾ Ex. 19, 5; Deut. 30, 16-19; Josué 7, 11-12.

⁽¹⁵¹⁾ Rom. 4, 13.

⁽¹⁵²⁾ Rom. 1, 17.

⁽¹⁵³⁾ Gal. 3, 16.

⁽¹⁵⁴⁾ Gen. 17, 5-7.

⁽¹⁵⁵⁾ Ezeq. 37, 26-27.

⁽¹⁵⁶⁾ Gal. 5, 16.

za ⁽¹⁵⁷⁾, y los gentiles dejan de pertenecer a la gentilidad para incorporarse al Israel de la promesa: Cristo, así también los que la rechazan serán exterminados del verdadero pueblo de Dios ⁽¹⁵⁸⁾.

147 — Tal parece ser la interpretación más correcta que puede darse a las palabras de Cristo en San Mateo, 12, 48, en donde Cristo, en cuanto Mesías o *Promesa cumplida*, no tiene en cuenta para nada ni siquiera el lazo *carnal* más íntimo que se puede dar, como es el de la madre; y admite en cambio como único lazo el parentesco espiritual que por el cumplimiento de la voluntad de su Padre surge entre El y el que la hace.

En resumen: el resto del pueblo judío que *por la fe en la promesa*: Cristo, le reconoce como Mesías y Dios, sigue siendo heredero de Abraham y verdadero pueblo de Dios; pero el infiel y prevaricador, el que positiva y obstinadamente lo rechaza como sus padres lo rechazaron, ese no es ni será pueblo de Dios mientras dure su infidelidad.

Esto por lo que hace al pueblo de Israel actual, globalmente considerado.

148 — Luego de aquí se sigue que el pueblo de Israel actual, que rechaza a Cristo y en cuanto lo rechaza, no es el pueblo de Dios, sin que esto implique

⁽¹⁵⁷⁾ Ezeq. 37, 26-27.

⁽¹⁵⁸⁾ Hechos 3, 23-26; 4, 11-12; Mat. 21, 33-45.

o que de aquí se siga que ese pueblo sea eternamente réprobo y maldito de Dios, como tampoco lo es el pueblo gentil.

Finalmente, hagamos una última observación sobre esta recomendación del Concilio:

“Por consiguiente, procuren todos no enseñar cosa que no esté conforme con la verdad evangélica y con el espíritu de Cristo, tanto en la catequesis como en la palabra de Dios” o predicación.

¡Natural! pues nunca se ha de enseñar cosa que no esté conforme con la verdad evangélica o con el espíritu de Cristo, que es espíritu de verdad y de caridad. En esto no hay problema.

149 — El problema empieza a surgir en cuanto se quiera empezar a enseñar algo que esté conforme con la verdad evangélica y, por tanto, con el espíritu de Cristo, como le ocurrió primeramente al mismo Pablo VI en el sencillo comentario que hizo o, mejor aún, en la simple repetición de lo que reiteradamente afirma el Evangelio, lo que le valió la inmediata y airada protesta telegráfica de los judíos arriba copiada.

150 — ¿Qué hacer, pues? ¿Callar el Evangelio?

No lo permite el Evangelio, pues se levantaría contra nosotros San Pablo: “¡Desgraciado de mí si no predicare el Evangelio!” ⁽¹⁵⁹⁾, obligado como estoy

⁽¹⁵⁹⁾ 1 Cor. 9, 16.

a él por imposición de Jesucristo. ¿Tergiversarlo para no culpar a los verdaderos culpables o para culpar a otros? ¿Y qué juicio formaría de nosotros la historia por haberla maltratado y falseado, culpando a otros por librarlos a ellos? Mas dejando la historia, ¿qué juicio formaría de nosotros nuestra conciencia y sobre todo el supremo juez, Cristo Nuestro Señor, por haber cometido semejante desafuero y felonía?

151 — Entonces, ¿qué? Pues que, como dice un autor:

“Ni con el pétalo de una rosa se podrá tocar a los judíos de aprobarse. (¡Y se ha aprobado!) recomendación tan idealista, que parece pensada teniendo en frente un coro de ángeles.

Bien está la preocupación ecuménica, pero no al precio de complacencias, equívocos y ambigüedades de hondo calado” (160).

(160) ¿Qué pasa? 15, 7, 65; página 3.

Apéndice

**ARTICULO DE JOSEPH RODDY
PUBLICADO EN LA REVISTA
“LOOK” EL 25 DE ENERO DE 1966
SOBRE LAS INTRIGAS LLEVADAS
AL CABO EN EL CONCILIO PARA
ARRANCARLE LA FAMOSA
“DECLARACION SOBRE LOS JUDIOS”**

Este artículo ha sido publicado por el
P. Joaquín Sáenz Arriaga en su libro
CON CRISTO O CONTRA CRISTO,
y lo añadimos aquí a nuestro trabajo, porque creemos
será sumamente beneficioso al pueblo cristiano el
conocerlo.

El libro del P. Arriaga toma por tema este artículo
de Roddy y lo comenta de una manera acertadísima y
valiente, tanto que, con el debido permiso del autor,
quisimos al principio publicar todo su libro añadién-
dolo a nuestro trabajo; pero desistimos al enterar-
nos de que había suficientes existencias del mismo
en la librería Huemul, Verbo, etc., por lo que, el
publicarlo nosotros sería restar venta a los dos.

Pero a pesar de eso no hemos podido resistirnos a
publicar el artículo de Roddy, a fin de que todo el
mundo conozca, si fuera posible, *las indignas arti-
mañas de que se han valido los judíos ayudados, o
por mejor decir, precedidos y alentados por los "pro-
gresistas"* para que el Concilio diera la famosa "De-
claración sobre los judíos" que, aunque en sí misma
no tiene ninguna importancia, pudiera haberla teni-
do muy grande, si la parte sana del Concilio no hubie-

ra sabido sortear habilísimamente el temporal, sin compromisos dogmáticos de ninguna especie.

Eso no obstante, sí que ha tenido la infortunada suerte de producir enorme escándalo y desorientación en todo el pueblo cristiano, y tanto mayor cuanto más opuesto era por su piedad y pureza de su fe al malhadado "progresismo", causa principal de esa en sí anodina "Declaración"; pero de parte de los ju- díos y progresistas provocadora y maligna, por más que hayan procurado empeñosamente revestirla de la sutil y engañosa capa de la caridad pastoral.

Finalmente, advertiremos que hemos querido añadir algunas breves notas aclaratorias al artículo citado, que de ninguna manera pueden suplir el valiente y acertadísimo comentario que de todo él hace el P. Arriaga en su libro, que recomendamos a todos: "CON CRISTO O CONTRA CRISTO".

Comienza, pues, inmediatamente lo que copiamos del P. Arriaga:

Pbro. Dr. David Núñez

DOS PALABRAS DE INTRODUCCION

Al escribir este comentario, hemos buscado tan sólo el servicio de Dios. Nos pareció irritante el que nuestros enemigos ataquen la indefectibilidad de la Iglesia y quieran hacer pensar al mundo que ellos con su dinero y con su intriga han podido cambiar la doctrina católica. Yo creo en la Iglesia de los Papas y de los Concilios, no en la Iglesia de un Papa o de un Concilio. Es absurdo querer desvincular las enseñanzas dogmáticas, disciplinares o pastorales del Concilio Vaticano II de la contextura veinte veces secular de la doctrina apostólica, de la doctrina de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, de la doctrina de los Concilios y de los Papas precedentes, de la doctrina secular de toda la teología católica. Cualquier progreso, que desconozca el pasado, no es progreso, sino ruina y destrucción; cualquier sentido contrario al que los dogmas han tenido, no es interpretación, es claudicación.

Si los teólogos progresistas pueden escribir y defender sus locuras ⁽¹⁶¹⁾, creo que hay derecho tam-

(161) ¡Si solo fueran locuras! Léase el N° 68 de "CRUZADA", correspondiente a Febrero-Marzo, en las "Notas y reflexiones sobre el II Congreso Católico Brasileño de Medi-

bién para que la voz de la tradición doctrinaria pueda escucharse. Creo en la Iglesia, cuyas notas distintivas son: "*Una, Santa, Católica y Apostólica*". Y la *Apostolicidad* de la Iglesia significa precisamente esto: su indeficiente tradición que, arrancando de los Apóstoles y de la Iglesia primitiva, conserva incólume el Depósito de la Divina Revelación.

Esa doctrina tradicional de la Iglesia, que rudimentaria, pero claramente aprendí en mi familia y en el Instituto de Ciencias del Sagrado Corazón de Jesús

cina" y se verán con toda desfachatez defendidos a cara descubierta por médicos católicos (?) y algunos ¡sacerdotes! la anticoncepción, el vicio solitario, la homosexualidad, el divorcio, el matrimonio a prueba... etc., etc.

Estas ya no son "locuras", son verdaderas *perversiones* del sentido moral elemental, y tales que ni siquiera los paganos los defendían tan pública y desvergonzadamente como lo hacen esos católicos y esos sacerdotes. Más aún, algunos de esos brutales asaltos a la moralidad son verdaderas herejías. San Pablo nos dice que: "los sodomitas no poseerán el reino de los cielos" (1 Cor. 6, 9). "Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre". Y así de otras de las salvajadas antedichas. (Nat. 19, 6).

Pero no es eso lo peor, lo peor es que habiéndose dicho eso no en un desierto donde nadie pudiera haberlo oído, sino en un Congreso Católico y en alguna universidad europea católica, los vigías de la fe y de la moral parece que se han vuelto como aquellos a quienes estigmatiza Isaías: "Canes muti non valentes latrare" (Is. 56, 10). Eso es lo peor, porque herejías y disparates los hubo y los habrá siempre; lo que no hubo siempre es ese silencio sepulcral de ahora en las autoridades, que a todos desorienta y escandaliza.

No hay cosa más perjudicial a la Iglesia que el silencio vergonzante, porque llega a convetirse en verdugo conviniente.

en Morelia, (de los Hermanos de las Escuelas Cristianas) quedó después esclarecida y arraigada en mi alma en la sólida formación filosófica y teológica de la antigua y santa Compañía de Jesús.

Pbro. Dr. Joaquín Sáenz y Arriaga.

LOS DÓS ULTIMOS ESQUEMAS CONCILIARES DE LA
DECLARACION, PUBLICADOS POR LA REVISTA
"LOOK" ⁽¹⁶²⁾

El primero fue aprobado el 20 de noviembre de 1964, el segundo lo promulgó S. S. Paulo VI, el 28 de octubre de 1965.

1) Texto aprobado el 20 de noviembre de 1964:

"Este Sínodo, al rechazar las injusticias de cualquier clase, que en cualquier ocasión se hagan a los hombres, teniendo en cuenta el común patrimonio (entre judíos y católicos), deplora, más aún, condena, el odio y la persecución contra los judíos, ya haya sido hecha, en tiempos pasados o ya se esté haciendo en nuestros días".

"Procuren, pues, todos, que en la enseñanza del catecismo y predicación no se enseñe nada que pueda traducirse en odio o desprecio a los judíos en el corazón de los cristianos. Que nunca presenten al pueblo judío como rechazado, maldito o reo del Deicidio. Todo lo que sufrió Cristo en su pasión en manera alguna puede atribuirse a todo el pueblo (judío) que entonces vivía y mucho menos el pueblo (judío) que ahora vive".

⁽¹⁶²⁾ Esta revista está dirigida por Gardner Cowles, uno de los más destacados masones del Consejo del Rito Escocés en Washington.

2) La Declaración promulgada el 28 de octubre de 1965:

“Aunque las autoridades judías y aquellos que les seguían presionaron para obtener la muerte de Cristo (cf. Juan 19, 6), sin embargo, lo que sufrió Cristo en su pasión no puede ser atribuido, *sin distinción alguna*, a los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy. Aunque la Iglesia es el nuevo pueblo de Dios, los judíos no deben presentarse como rechazados de Dios o malditos, como si esto se siguiese de la Sagrada Escritura. Vean, pues, todos, que en la obra catequista o en la predicación de la palabra de Dios no se enseñe nada que sea inconsistente con la verdad del Evangelio y con el espíritu de Cristo.

“Mas todavía, la Iglesia, que rechaza cualquier persecución contra cualquier hombre, teniendo presente el común patrimonio con los judíos y movida no por razones políticas, sino por el espiritual amor del Evangelio, deplora el odio, las persecuciones y los movimientos de anti-semitismo, que hayan sido promovidos contra los judíos en cualquier tiempo y por cualquier persona”.

COMO LOS JUDIOS CAMBIARON EL PENSAMIENTO
CATOLICO. POR: JOSEPH RODDY. REVISTA "LOOK".
25 ENERO 1966

En la sencillez de su fe la mayoría de los católicos apoyan sus creencias en las difíciles preguntas y no bien maduras respuestas del catecismo. Los niños en las escuelas de la Iglesia memorizan sus páginas, que difícilmente olvidan el resto de su vida. En el catecismo aprenden *que el dogma católico no cambia* y más vivamente que los judíos mataron a Jesucristo. Por causa de este concepto cristiano, el antisemitismo se propagó, como una enfermedad social, por el organismo del género humano, durante 20 siglos que han pasado desde la muerte de Cristo. Su virulencia ha crecido en ocasiones y en ocasiones ha disminuido, pero antisemitas nunca han dejado de existir. Las mentes enfermas, siempre prontas a argumentar en todas las materias, parecen que se han unido en todas las ocasiones para despreciar y atacar a los judíos. Fue un convenio de caballeros lo que llegó hasta la culminación de Auschwitz.

Es verdad que son pocos los católicos que directamente enseñan a odiar a los judíos. Sin embargo, la doctrina católica no había podido eludir la narración del Nuevo Testamento, según la cual los judíos provocaron la Crucifixión. Las cámaras de gas fueron

tan sólo la última prueba de que los judíos no habían sido todavía perdonados. Pero la mejor esperanza de que *la Iglesia de Roma no aparecerá de nuevo complicada en un genocidio de esta magnitud* ⁽¹⁶³⁾ es el capítulo IV de la “*Declaración*” (Conciliar) *acerca de la Relación de la Iglesia con las Religiones no-Cristianas*”, la cual declaración fue promulgada por el Papa Paulo VI, como ley de la Iglesia, casi al fin del Concilio Vaticano II. En ningún lugar de su declaración o de sus discursos desde la Cátedra de San Pedro, el Papa menciona a Jules Isaac. Pero, quizás el Arzobispo de Aix, Charles D. Provencheres haya dejado perfectamente esclarecida la ingerencia de Isaac, en la proclamación de este decreto cuando dijo: “Es un signo de los tiempos el que un seglar y sobre todo un seglar judío haya originado un decreto del Concilio”.

Jules Isaac era un famoso historiador, un miembro de la Legión de Honor e Inspector de las escuelas en Francia. En 1943, tenía él 66 años de edad y vivía una vida desolada cerca de Vichy, después de que los alemanes se habían apoderado de su esposa y de su hija. Desde entonces, Isaac no podía menos de cavilar constantemente sobre la apatía con que el mundo cristiano había contemplado el hado de los judíos incinerados.

⁽¹⁶³⁾ “De nuevo complicada”. Luego la Iglesia estaba complicada en el genocidio de las cámaras de gas. Esto es una vilísima calumnia que ni siquiera merece ser refutada.

Su libro "*Jesús e Israel*" fue publicado en 1948, y su lectura impulsó al Padre Paul Démann a revisar cuidadosamente los textos escolares y a comprobar así la amarga queja de Isaac, según la cual los católicos, inadvertidamente, si no con toda intención, habían enseñado este desprecio y este odio hacia los judíos. Gregori Baum, sacerdote agustino, nacido en la ortodoxia judía, llamó a este libro "un conmovedor relato del amor que Jesús había tenido por su Pueblo, los judíos, y del desprecio y odio que, más adelante, los cristianos habían abrigado hacia ellos".

El libro de Isaac fue ampliamente difundido. En 1949, el Papa Pío XII concedió una breve audiencia a su autor. Pero debían pasar 11 años más para que Isaac pudiera ver una esperanza verdadera. A mediados de junio de 1960, la Embajada de Francia en Roma introdujo a Isaac en la Santa Sede. Isaac quería ver personalmente a Juan XXIII; sin embargo, fue conducido ante el Cardenal Eugenio Tisserant, quien lo envió a entrevistarse con el archiconservador Cardenal Alfredo Ottaviani. Ottaviani, a su vez, lo envió al anciano Cardenal Andrés Jullien, de 83 años de edad, quien con la mirada fija y sin manifestación alguna de emoción, escuchó las palabras con que Isaac trataba de demostrar que la doctrina católica conducía inevitablemente al anti-semitismo. Cuando hubo terminado su exposición, el judío calló, como si esperase una reacción del Cardenal, pero Jullien se mantuvo como una piedra: Isaac, que estaba medio

sordo, fijamente observaba los labios del Prelado. El tiempo pasaba, y ninguno de los dos hablaba. Isaac pensó salir del aposento, pero antes decidió hacer esta pregunta: "¿A quién tengo que entrevistar yo para plantear este terrible problema?"; y, después de otra larga pausa, el viejo Cardenal finalmente dijo: "A Tisserant". Isaac replicó que ya había visto a Tisserant. Otro largo silencio siguió luego. La siguiente palabra del viejo Cardenal fue: "Ottaviani". Isaac insistió diciendo que ya lo había visto. Y, al fin, después de otra pausa de silencio, brotó la tercera palabra: "Bea". Con esta consigna, Jules Isaac se encaminó a ver a Agustín Bea, el único jesuita miembro del Colegio de Cardenales. Tudesco de origen ⁽¹⁶⁴⁾. "En él, dijo Isaac más adelante, encontré luego un *decidido y poderoso colaborador*".

Al día siguiente, Isaac tuvo un apoyo más fuerte. Juan XXIII, de pie, en el pasillo de los aposentos Papales del cuarto piso, estrechó la mano de Jules Isaac y le hizo sentar después a su lado. "Yo me presenté, como un no-cristiano, el promotor de la *Amistad Judeo-Cristiana*, un hombre muy sordo y viejo, dijo Isaac". Juan habló largamente de su *devoción por el Antiguo Testamento*, de su estancia como diplomático en Francia y preguntó a su visitante dónde había nacido. Comprendió Isaac entonces que el Sumo Pontífice quería charlar con él y empezó a

(164) Parece que el cardenal Bea es de origen judío. Véase unas páginas más adelante.

preocuparse por la manera cómo debía él dirigir esta conversación hacia el tema anhelado. "Vuestra política, dijo el judío al Papa, ha despertado grandes esperanzas en el *Pueblo del Antiguo Testamento*". Y agregó luego: "¿No es este mismo Papa, con su gran bondad, responsable de que nosotros hayamos concebido mejores esperanzas?". Juan sonrió afablemente ⁽¹⁶⁵⁾. Isaac había ganado para su causa a uno que quería escucharle. El judío dijo después al Papa, que el Vaticano debería estudiar el anti-semitismo. Juan contestó entonces que él había estado pensando desde el principio de su conversación con el judío, la conveniencia de hacer este estudio. "Yo pregunté luego si podía yo llevar conmigo algún rayo de esperanza", recordó Isaac más adelante. A lo que Juan respondió diciendo que tenía derecho a algo más que a una esperanza; y, haciendo alusión a los límites de su soberanía, añadió: "Yo soy la cabeza, pero debo consultar también a otros... esta no es una monarquía absoluta". Para mucha gente en el mundo el gobierno de Juan parecía ser una monarquía benévola. Por causa suya, muchas cosas habían acaecido entre el catolicismo y el judaísmo.

Meses antes de que Isaac expusiese su querella en contra de los "Gentiles", el Papa Juan había organizado un Secretariado del Vaticano para la Promo-

⁽¹⁶⁵⁾ De esta bonachonería de Juan XXIII, bastante ingenua, por cierto, arranca todo el barullo que se metió después en el Concilio con el asunto de los judíos.

ción de la Unidad Cristiana, bajo la dirección del Cardenal Bea. Este Secretariado tenía por objeto presionar la reunión de la Iglesia Católica con las Iglesias, que Roma había perdido por la Reforma. Después que Isaac se separó, Juan manifestó claramente a los administradores de la Curia Vaticana, que una firme condenación del antisemitismo católico debía salir del Concilio que él había convocado. Para el Papa Juan, el Cardenal germano era el legislador indicado para ejecutar este trabajo, aun teniendo en cuenta que su Secretariado por la Unidad Cristiana parecía a muchos tener una dirección combativa para realizar con esta base, este nuevo objetivo. Para entonces habíase ya establecido un gran diálogo entre las oficinas del Concilio Vaticano y los grupos judíos, y tanto el Comité judío-Americano como la Liga Anti-Difamatoria de la B'nai B'rith hablaron con vigor y claridad en Roma. El Rabino Abraham J. Heschel, del Seminario Teológico Judío de Nueva York, que había conocido 30 años antes en Berlín la personalidad y las actividades de Bea, entró en contacto con el Cardenal en Roma. Ya Bea había leído "*La Imagen de los Judíos en la Enseñanza Católica*", escrita y publicada por el Comité Judío Americano. Esta obra fue seguida por otro estudio del mismo Comité Judío Americano, de unas 23 páginas, "*Los Elementos Antagónicos a los Judíos en la Liturgia Católica*". Hablando en nombre de ese Comité Judío Americano, Heschel manifestó a su Eminencia el Cardenal Bea

su esperanza de que el Concilio Vaticano purgaría la doctrina católica de cualquiera palabra que sugiriera que los judíos son una raza maldita. Y, al hacer esto, esperaba Heschel *que el Concilio se abstuviese de cualquiera exhortación o sugerencia para invitar a los judíos a hacerse cristianos* ⁽¹⁶⁶⁾. Por ese mismo tiempo el Dr. Nahum Goldmann en Israel, *Jefe de la "Confederación Mundial de Organizaciones Judías"*, entre cuyos miembros existen judíos de distintas tendencias (desde las más ortodoxas hasta las más liberales), *urgía al Papa con idénticas aspiraciones*. La B'nai B'rith pedía a los católicos que desarraigasen de todos los servicios litúrgicos de la Iglesia cualquier frase que, de alguna manera, pudiera insinuar el anti-semitismo. Ni entonces, ni en cualquier tiempo futuro sería fácil el realizar completamente estos anhelos. La liturgia católica, que fue sacada de los escritos de los primeros Padres de la Iglesia, no podría fácilmente tener una nueva edición. Aunque *Mateo, Marcos, Lucas y Juan hayan sido mejores evangelistas, que historiadores*, sus escritos, según el dogma católico, fueron divinamente inspirados; y alterarlos sería tan imposible, por lo tanto, como cambiar el centro del sol. Esta dificultad puso en graves apuros teológicos así a los católicos, que tenían las mejores intenciones, como a los judíos, que tenían la

(166) Entonces ¿para qué tanta y tan peligrosa concesión de parte de los progresistas para atraerlos, si ya desde el principio rechazan toda conversión?

más profunda comprensión del catolicismo. Y al mismo tiempo provocó la oposición de los conservadores de la Iglesia y, en cierto grado, las ansiedades de los Arabes en el Medio Oriente. La acusación de los conservadores contra los judíos era que estos eran deicidas, culpables de dar muerte a Dios *en la persona Divino-Humana de Cristo* A¹⁶⁷). Y que afirmar ahora que los judíos no eran deicidas era tanto como decir de una manera indirecta que Cristo no era Dios, porque el hecho de la ejecución en el Calvario era incuestionable para la teología católica. Sin embargo, la ejecución del Calvario y la religión de aquellos que creen en ella, son las razones por las cuales los anti-semitas vituperan a los judíos como “asesinos de Dios” (168) y, “asesinos de Cristo”. Era evidente, por tanto, que las Sagradas Escrituras de los católicos tendrían que ser sometidas a juicio, si el Concilio se decidía a hablar acerca de los deicidas y de los judíos. Hombres sabios y viejos mitrados de la Curia aconsejaron que los Obispos del Concilio no debían tocar este tema delicado. Pero, una vez más, Juan XXIII ordenó que el problema se incluyera en la agenda del Concilio.

(167) Propiamente hablando no hay en Cristo persona divino-humana, sino solo persona divina.

(168) Hasta los mismos judíos se dan cuenta y admiten que si Jesús hubiera sido Dios, ellos hubieran sido deicidas; pues por razón contraria se sigue, que si no son deicidas, es porque Cristo no es Dios. ¿Podrán admitir esto los cristianos judaizantes o progresistas?

Si la inviolabilidad de la Sagrada Escritura era el problema más grave de la polémica en Roma, la guerra entre árabes e israelitas planteaba en el Oriente otro grave problema. El Israel de Ben-Gurión, según el punto de vista de la Liga Árabe, así como la China de Mao en el mundo fuera de Taiwan, realmente no existe. O solamente existe como un hueso atorado en la garganta de Nasser. Si el Concilio se atrevía a hablar en favor de los judíos, los Obispos Árabes verían el orden espiritual comprometido y sojuzgado por el orden político. El siguiente paso sería luego el intercambio de diplomáticos, en una noche entre el Vaticano y Tel Aviv. Esta era una crisis que la Liga Árabe pensó poder superar con diplomacia. Los Estados árabes, en contradicción con la política de Israel, tenían ya entonces algunos embajadores en la Corte Papal. Ellos tenían la consigna de recordar, de la manera más política, a la Santa Sede, que alrededor de 2.756.000 católicos romanos viven en las tierras árabes y mencionar también que 420 mil católicos ortodoxos, separados de Roma, a los que el papado espera atraer, son también súbditos de los países árabes. Obispos de estas dos ramas del catolicismo podían ser asociados para representar sus intereses ante la Santa Sede. Era demasiado pronto para las amenazas. En vez de esas amenazas los árabes importunaron a Roma para hacerle ver que ellos no podían ser ni antisemitas ni antijudíos. Los árabes, decían, también somos semitas y, entre nosotros.

viven y han vivido miles de judíos refugiados. Los patriotas árabes son solamente anti-sionistas, porque, para ellos, el sionismo es una conspiración que pugna por establecer el estado judaico en el centro del Islam.

En Roma, la opinión sostenida por el Medio-Oriente y los elementos conservadores era de que cualquier declaración acerca de los judíos sería inoportuna. Pero en Occidente, en donde *solamente en Nueva York, viven 225.500 judíos* más que en todo el Estado de Israel, la opinión dominante era que el hacer a un lado esta declaración significa para el mundo una gran calamidad ⁽¹⁷⁰⁾. Y en este atolladero intervino la ingenua y corpulenta personalidad de Juan XXIII, no para zanjar la disputa, sino más bien para prolongarla. Con una manera de pensar muy suya, el Papa estaba jugando con una idea que la Curia Romana consideraba grotesca: los credos no católicos deberían enviar sus observadores al Concilio. La perspectiva de ser invitados no causó ninguna crisis entre los protestantes, pero francamente no fue del agrado de los judíos. Para que acudiesen al llamado pontificio se sugirió a algunos judíos que la teología católica estaba relacionada con la teología judía; pero

(169) O sea, unos tres millones en total.

(170) La verdadera calamidad ha sido el haber dado a este asunto la tan desmesurada como desmerecida importancia que se le ha dado, aunque no fuera más que por la escandalosa confusión que ha engendrado en muchos cristianos.

para permanecer afuera, después de esa invitación, se les hizo notar que los judíos no podían tener particular interés en ninguna avenencia con los católicos, mientras algunos católicos estrechasen las manos del anti-semitismo.

Cuando se supo que *la declaración de Bea*, enviada para su votación en la Primera Sesión del Concilio, contenía *una clara refutación* del cargo del Deicidio ⁽¹⁷¹⁾, el Congreso Mundial Judío hizo correr en Roma la noticia de que el Dr. Haim Y. Vardi, ciudadano del Estado de Israel, asistiría al Concilio como un observador no oficial. Pudiera ser que estos hechos no estuviesen entre sí relacionados, pero es indudable que parecen estarlo. Con estas noticias, se escucharon, en tono más alto, otras informaciones. Los árabes se quejaron a la Santa Sede. La Santa Sede respondió que ningún israelita había sido invitado. Los israelíes negaron que ellos hubiesen nombrado a ningún observador para el Concilio. Los judíos de Nueva York pensaron que un judío norteamericano podría ser el observador. En Roma todo terminó con un cambio en la agenda que manifestó a todos el hecho de que la declaración en favor de los judíos no sería puesta a discusión del Concilio en aquella sesión. Sin embargo, los Obispos tuvieron, fuera del Concilio, abundante lectura relacionada con

(171) "Una clara refutación, no; clara negación, sí. Supuesta esa negación, vea el cardenal Bea si puede eludir lógicamente la consecuencia de la nota 167.

los judíos. *Una agencia publicitaria, suficientemente cercana al Vaticano para tener la dirección en Roma de los 2.200 Cardenales y Obispos* ⁽¹⁷²⁾ *que de afuera habían acudido al Concilio, entregó a cada uno de ellos un libro de 900 páginas "Il Complotto contra la Chiesa" (Complot contra la Iglesia). Entre las infamatorias páginas del libro, había algunos vestigios de verdad* ⁽¹⁷³⁾. La afirmación que dicho libro hace de que en la Iglesia se habían infiltrado los judíos, era una intriga eficaz para los anti-semitas: pero, era *un hecho innegable que muchos judíos, ordenados de sacerdotes, estaban trabajando en Roma para obtener esa declaración en favor de los judíos*. Entre ellos estaba el Padre Baum, como también Mons. Juan Oesterreicher, miembros del Secretariado de Bea. Y el mismo Cardenal Bea, según el diario del Cairo "Al Gomhuria", era un judío llamado Behar.

Ni Baum ni Oesterreicher se hallaban con Bea al declinar la tarde del 31 de mayo de 1963, cuando una *limousine* estaba estacionada frente al Hotel Plaza de Nueva York, esperándole. El "viaje" terminó seis calles más adelante, *en las afueras de las oficinas del Comité Judío Americano. Allí, un Sanhedrín contemporáneo estaba esperando para dar la bienvenida al Jefe del Secretariado por la Unidad Cristiana*. La reunión fue guardada en secreto para la prensa. Bea

(172) Ya comienza la intriga judía.

(173) Hay muchas verdades en ese libro.

deseaba que ni la Santa Sede ni la Liga Árabe supiesen que él estaba allí para recibir las preguntas que los judíos deseaban que fuesen contestadas ⁽¹⁷⁴⁾. “No tengo autorización, les dijo Bea, para hablar oficialmente”. “Por lo tanto yo solamente puedo decir lo que en mi opinión puede y debe, en verdad, acaecer”. Entonces explicó el problema. “En términos redondos, dijo, los judíos son acusados de ser culpables del deicidio y se supone que pesa sobre ellos una maldición”. El refutó ambas acusaciones. Porque, según las narraciones de los Evangelios, solamente los jefes de los judíos que estaban entonces en Jerusalén y un grupo muy pequeño de seguidores (de la Ley Mosáica) gritaron pidiendo la sentencia de muerte para Jesús: por lo tanto, “los ausentes y las generaciones de judíos que han nacido después, en manera alguna, dijo Bea, pueden estar implicados en el deicidio. Por lo que se refiere a la maldición, raciocinó el Cardenal no puede, en manera alguna, recaer sobre los crucificadores, porque las palabras de Cristo moribundo fueron una oración por su perdón”.

Los rabinos presentes en el salón querían saber si la declaración, que el Cardenal Bea estaba preparando, especificaría el deicidio, la maldición y el repudio divino del pueblo judío, como errores en la doctrina cristiana ⁽¹⁷⁵⁾. Esta pregunta implicaba el pro-

⁽¹⁷⁴⁾ Sigue la intriga cada vez más en forma.

⁽¹⁷⁵⁾ Si es “un error de la doctrina cristiana” afirmar que los judíos son deicidas, es una verdad el negarlo: y

tema más delicado del Nuevo Testamento. La respuesta de Bea no fue directa. El cardenal hizo ver a sus oyentes que una Asamblea tan heterogénea y difícil de manejar de Obispos, no podía descender a los detalles, a lo más podía convenir en las líneas generales; pero que esperaba lograr presentar de una manera simple lo que era muy complejo. "Actualmente, añadió, es un error buscar la causa principal del anti-semitismo en las solas fuentes religiosas, en los relatos evangélicos, por ejemplo. Estas causas religiosas, como son mencionadas, con frecuencia no son verdaderas causas; son solamente una excusa o un velo para encubrir otras razones más eficientes de la enemistad". El Cardenal y los rabinos brindaron después de la charla con un vino de honor. Uno de los rabinos preguntó al Prelado sobre Mons. Oesterreicher, a quien muchos judíos consideran demasiado apostólico para conquistarlos. "Eminencia, dijo un reportero judío a Bea, Usted sabe que los judíos no consideran a los judíos conversos al cristianismo como sus mejores amigos". Bea contestó gravemente: "tampoco nosotros a los cristianos convertidos al judaísmo".

No mucho tiempo después de esta entrevista, apareció la obra de Rolf Hochhutz, *El Vicario*, que pre-

eso no puede ser verdad más que o porque en Cristo hay dos personas, lo cual es un error grave contra la fe, llamado nestorianismo, y los judíos mataron solo a una: la humana; o porque Cristo no es Dios. ¿Con cuál de las dos cosas se quedan los "progresistas"?

senta a Pío XII como al Vicario de Cristo que permaneció silencioso, mientras Hitler llevó a término la solución final. En las páginas de la revista *América* de los jesuitas, Oesterreicher habló claramente al Comité Judío Americano y a la B'nai B'rith. "*Las agencias judías de relaciones humanas, escribió, tienen que hablar claramente en contra de "El Vicario", con términos inequívocos; de lo contrario, ellas nulificarían su propio propósito*" (176). En el "Tablet" de Londres, Juan Bautista Montini, Arzobispo de Milán, escribió también un ataque contra esa obra teatral, en defensa del Papa cuyo Secretariado Substituto de Estado había sido. Pocos meses después, moría el Papa Juan XXIII y Montini era elegido sucesor suyo con el nombre de Paulo VI.

En la Segunda Sesión del Concilio, en el otoño de 1963, la Declaración sobre los judíos circuló entre los Obispos como el capítulo IV de la más larga Declaración sobre "*El Ecumenismo*". El Capítulo-V, que venía en pos del anterior, contenía la igualmente discutida Declaración sobre la Libertad Religiosa. Como sucede con las añadiduras a los proyectos de ley en el Congreso norteamericano, cada uno de los fueron dejados a un lado y esta decisión política

(76) Luego esas agencias judías de que aquí se habla han sido los perversos agentes morales de esa obra criminalmente calumniosa. Véase la obra de Alexéis Gurvers, *Pío XII, el Papa Ultrajado*.

ganchado al nuevo tren del Ecumenismo. Casi al fin de esta Sesión, cuando llegó el turno para la votación, sólo debía abarcar los tres primeros capítulos del esquema. De esta manera los dos últimos capítulos (el de los judíos y el de la Libertad Religiosa) fueron dejados a un lado y esta decisión política evitó el alboroto de un Concilio que con grandes dificultades pretendía ser ecuménico. A los Obispos se les aseguró que la votación sobre la Declaración judía y la de la Libertad Religiosa vendrían pronto, en otra ocasión más favorable. Y mientras los Obispos esperaban ansiosos esta votación, tuvieron tiempo para leer el escrito "*Los Judíos y el Concilio a la luz de la Escritura y de la Tradición*", una obra más pequeña, pero más venenosa que, "Il Complotto". Pero esta Segunda Sesión terminó, sin el voto sobre los judíos o la Libertad Religiosa, con una agria nota, claramente manifiesta, a pesar de la visita anunciada por el Papa a Tierra Santa. Esa peregrinación del Pontífice tenía que dar necesariamente amplio campo para los comentarios de la prensa, pero dejó sin embargo espacio para hacer importantes investigaciones sobre esas dos votaciones que habían sido pospuestas. "Algo ha sucedido detrás de bambalinas", comentó el National Catholic Welfare Conference. "Este es uno de los misterios de la Segunda Sesión".

Dos caballeros judíos que reflexionaron profundamente sobre estos misterios, fueron Joseph Lichten

de la B'nai B'rith ⁽¹⁷⁷⁾, Liga Antidifamatoria de Nueva York, de 59 años de edad, y Zacarías Schuster, de 63 años de edad, miembro del Comité Judío Americano. Lichten que había perdido a sus padres, esposa e hija en Buchenwald, y Shuster, que también había perdido a uno de sus más cercanos parientes, estuvieron entrevistando en Roma a numerosos Obispos y a otros oficiales del Concilio. Estos dos "coyotes" o agentes secretos *nunca aparecieron juntos cerca de San Pedro* tomando un vino Rosso. *Ambos tenían la consigna común de alcanzar la declaración más fuerte posible en favor de los judíos*, pero cada uno pretendía el crédito de este triunfo para su propia organización. Esto, naturalmente, si se alcanzaba una declaración verdaderamente fuerte. Mientras tanto cada uno de ellos, independientemente entre sí, debía hacerse presente a la Jerarquía Americana como el mejor barómetro en Roma para expresar el sentimiento de los judíos fuera de Roma, especialmente en los Estados Unidos ⁽¹⁷⁸⁾.

Para darse cuenta de la marcha del Concilio, muchos Obispos de los Estados Unidos en Roma dependían de lo que podían leer en el periódico "New York

⁽¹⁷⁷⁾ Esta liga B'nai B'rith es una liga compuesta exclusivamente de *judíos masones*, no puede pertenecer a ella ninguno que no reúna esas dos condiciones, y es la que está encargada de dirigir toda la organización de la alta intriga judío-masónica universal.

⁽¹⁷⁸⁾ Váyase notando la trayectoria e intensificación de la intriga judía en el Concilio.

Times". Lo mismo sucedía al Comité Judío Americano y a la B'nai B'rith. Ese periódico era el más eficaz para formar la opinión. Lichten pensaba que Shuster era un genio para llenar las páginas de este diario, aunque sus conocimientos teológicos no eran suficientemente profundos. Algo semejante pensaba Shuster sobre Lichten. Ninguno de los dos tomaba en cuenta a Fritz Becker que estaba en Roma como delegado del Congreso Mundial Judío y, sin buscar publicidad, había conseguido alguna. El Congreso Mundial Judío, según Becker, estaba interesado en el Concilio, pero no pretendía dominarlo. "Nosotros no tenemos los puntos de vista de los norteamericanos, dijo, para pretender llevarlos a la imprenta".

—El que estos temas se llevasen a la prensa empezó, sin embargo, a complacer al Vaticano. Un experto en relaciones públicas hubiera dicho que la Santa Sede se había mostrado poco experta en Tierra Santa. Cuando Paulo oró al lado del Patriarca ortodoxo Atenágoras en el sector de Jordania, la visita pareció muy bien. Pero, cuando entró en Israel, tuvo palabras tajantes para el autor de *"El Vicario"* pronunció un discurso encaminado a la conversión de los judíos ⁽¹⁷⁹⁾. Su visita fue tan corta que ni siquiera llegó a mencionar públicamente al joven país que estaba visitando. Los observadores del Vaticano que

⁽¹⁷⁹⁾ ¿Conocería Pablo VI el estado de ánimo de los judíos expresado por Heschel? Véase la nota 165, o mejor el contexto de esa nota.

estudiaron todos los movimientos de Paulo en Tierra Santa consideraron que había menos esperanza para una declaración en favor de los judíos. Las cosas se veían con más optimismo en el Waldorf-Astoria de Nueva York. Allí, con motivo del aniversario del Beth Israel Hospital, los invitados se enteraron de que el Rabino Abba Hillel Silver, años atrás, había expresado al Cardenal Francis Spellman los intentos hechos por Israel para obtener un asiento en las Naciones Unidas. Spellman había dicho que, para ayudar a esta causa, él personalmente se dirigía a los gobiernos de América del Sur para invitarlos a que compartiesen con él el profundo deseo de que Israel fuera admitido. Más o menos por ese tiempo, el *Papa americano* (Spellman) dijo en una reunión del Comité Americano Judío que era “absurdo mantener que exista o pueda existir cualquiera culpabilidad hereditaria” ⁽¹⁵⁰⁾. El Pittsburg, el Rabino Marc Tanen-

⁽¹⁵⁰⁾ Más absurdo es el que un “papa americano” diga eso que, tomado en todo su rigor teológico, sería una verdadera herejía. Porque ¿qué es el pecado original con que todos nacemos sino una *culpa heredada* de Adán? Esto lo admiten los mismos judíos. Ya sabemos que hay diferencia de solidaridad moral entre Adán y sus descendientes, en cuya virtud estos heredan el pecado de su padre Adán, y la que hay entre los judíos de ahora y sus padres, en cuya virtud ellos, en alguna manera ya explicada en el segundo capítulo participan del crimen de sus padres. Aquella solidaridad recaía en una carencia de algo indebido; esta, en la adhesión positiva a la misma Ley en cuya virtud se cometió el crimen que a todos ellos afecta.

Por esto también sabemos, finalmente, que no es tan absurda la culpabilidad de que habla el “papa americano”, y que esa su afirmación es, por lo menos, una notable incongruencia.

baum del Comité Americano Judío habló a la Asociación de la Prensa Católica, sobre el cargo del deicidio, y las respuestas editoriales de los periódicos católicos fueron abundantes. En Roma, *seis miembros del mismo Comité Americano Judío lograron tener una audiencia con el Papa*. Uno de ellos, Mrs. Leonard M. Sperry acababa de donar el Centro Sperry para la Cooperación de Grupo en la Universidad Pro-Deo de la Ciudad Santa. *El Papa dijo a sus visitantes que él estaba de acuerdo con lo que el Cardenal Spellman había dicho acerca de la culpabilidad judía*. Esta vez los observadores vaticanos no pudieron menos de cambiar su modo de ver el asunto, augurando ahora un futuro color de rosa para la declaración.

Al New York Times le llegó entonces el turno. El 12 de junio de 1964 informó que, en el último esquema de la Declaración, la negación del deicidio había sido suprimida. En el Secretariado por la Unidad Cristiana del Cardenal Bea, uno de los dirigentes informó solamente que el nuevo texto era más fuerte. Pero ni la mayoría de los judíos, ni muchos católicos lo entendieron así. Antes de esta Sesión del Concilio y mientras el texto estaba todavía *Sub-secreto*, apareció una mañana todo el esquema en el "New York Herald Tribune". No se encontraba allí ninguna mención del cargo del deicidio. En su lugar había un claro llamamiento para extender el espíritu ecuménico, porque "la unión del pueblo judío con la Iglesia es parte de la esperanza cristiana". Entre los pocos

judíos que no se preocuparon al leer esto, se hallaban Lichten y Shuster. Ellos podían ver el esquema de una manera profesional. Ese esquema se lee mejor en el periódico de la mañana tomando una taza de café, que si el Papa mismo estuviese promulgándolo como una enseñanza católica. A otros judíos les causó un efecto galvánico. Su decepción indignó a algunos de los Obispos americanos, y Lichten y Shuster pudieron comprender la causa de esta indignación. Las posibilidades de que una declaración, sin la cláusula de la negación del deicidio y con la sugerencia o invitación velada para que los judíos se convirtiesen al cristianismo, fuese aceptada por los Cardenales y Obispos norteamericanos en el Concilio, era lo que este par de buenos agentes encubiertos podían llamar falta de lógica.

Cerca de dos semanas antes de esto, Mons. George Higgins de la National Catholic Welfare Conference de Washington, D. C., prestó su ayuda para obtener una audiencia papal al embajador de las Naciones Unidas, Arthur J. Goldberg, quien era entonces Juez de la Suprema Corte de Justicia. El Rabino Heschel aleccionó a Goldberg antes de que éste discutiese con el Papa la Declaración. El Cardenal de Boston, Richard Cushing, quiso también ofrecer sus servicios. Por medio de su representante en Roma, consiguió otra audiencia papal para el rabino Heschel, cuyos recelos sobrepasaban a los del Cardenal. Teniendo como compañero a Shuster, del Comité Americano,

Heschel habló seriamente sobre el deicidio y la culpabilidad judaica en la muerte de Cristo, *exigiendo también al Papa que presionase para obtener una declaración en la que se prohibiese a los católicos hacer abor de proselitismo entre los judíos. Paulo, algún tanto contrariado y molesto, no parecía estar de acuerdo.* Shuster desazonado, se disoció de Heschel, empezando a hablar en francés, que el Papa entiende y habla, pero el rabino no. Todos estuvieron de acuerdo en que la audiencia no había terminado con la cordialidad con que había empezado. Solamente Heschel y otros pocos opinaron que la audiencia había sido benéfica. Heschel invitó a un periódico israelita a publicar que el texto de la próxima Declaración saldría libre de cualquier tono de controversia. Para el Comité Judío Americano aquella entrevista fue tan irritante como las anteriores. La audiencia del rabino con Paulo en el Vaticano, así como la reunión de Bea con los miembros del Comité Judío Americano en Nueva York, fueron concedidas bajo la condición de que serían conservadas en secreto. El descubrir estas secretas conferencias en la cima hizo que los conservadores *empezasen a señalar a los Judíos norteamericanos como el nuevo poder detrás de la Iglesia.* Pero dentro del Concilio las cosas aparecían todavía peores para los conservadores. En la Asamblea Conciliar, los conservadores tenían la impresión de que los Obispos estaban trabajando por

los intereses judíos ⁽¹⁸¹⁾. Para su discusión tenían ahora los Prelados el nuevo esquema, algún tanto debilitado en comparación con los anteriores. Los Cardenales de San Louis y de Chicago, Joseph Ritter y el ya difunto Albert Meyer, pidieron volver al esquema más fuerte. Cushing exigía que la negación del deicidio fuese de nuevo mencionada. El Obispo Steven Leven, de San Antonio, pidió que se limpiase el texto de todo argumento que pudiera ser controvertido y, sin darse cuenta, expresó una visión profética acerca del deicidio. "Nosotros debemos arrancar esa palabra del vocabulario cristiano; dijo, para que así nunca pueda ser usada de nuevo en contra de los judíos".

—Estas conversaciones inquietaron a los Obispos árabes, que afirmaban que una declaración favorable a los judíos, expondría a los católicos a una persecución, mientras los árabes estuviesen en lucha contra los israelíes. Deicidio, culpa hereditaria y expresiones de invitación a conversión de los judíos, parecían como otros tantos puntos de discusión para los árabes. Ellos no querían ninguna declaración; su punto de vista invariable era que cualquier declaración tendría un valor político en contra de ellos. Los aliados en esta guerra santa eran los conservadores italia-

⁽¹⁸¹⁾ Y así era verdaderamente, para vergüenza de los que lo hacían, que no eran todos los obispos, ni siquiera de los más "judaizantes" lo que se confirma unas líneas más adelante y en todo el párrafo siguiente.

nos, españoles y suramericanos. Estos conservadores veían la estructura de la fe sacudida por los teólogos liberales, quienes pensaban que las doctrinas de la Iglesia podían cambiar. Para los conservadores esto estaba cerca de la herejía, mientras que para los liberales esto era pura fe. Más allá de la fe, los liberales tenían los votos, y devolvieron la Declaración al Secretariado para que fuese reforzada. Mientras la Declaración estaba siendo reestructurada, los conservadores querían que fuese reducida a un párrafo en la *Constitución de la Iglesia*. Pero, cuando la Declaración apareció, al fin de la Tercera Sesión del Concilio, era enteramente un nuevo documento llamado: "Declaración de la Relación de la Iglesia con las Religiones No-Cristianas". Con esta redacción, la Declaración fue aprobada por los Obispos con una votación de 1770 votos en favor, contra 185 votos en contra. Gran regocijo provocó esta votación entre los judíos de los Estados Unidos, al saber que finalmente su Declaración había sido aprobada.

En realidad eso no era cierto. La votación solamente se refería a la substancia del texto en general. Pero, dado que muchos votos iban condicionados, (*placet iuxta modum*, es decir: sí, pero con modificación), el tiempo que pasó entre la Tercera y Cuarta Sesión fue empleado en hacer las modificaciones, que los 31 miembros del Secretariado pensaron que eran aceptables. Según las reglas del Concilio estas modificaciones, después de la votación ya hecha, sólo

podían referirse a expresiones del lenguaje, pero no a la substancia del texto. Mas el problema que preocupaba a los filósofos entonces consistía en determinar lo que realmente era substancial o meramente accidental al texto. Y los mismos teólogos también tenían sus incertidumbres en este punto.

Pero, al principio, había menos obstáculos ocultos a los que enfrentarse. *En Segni, cerca de Roma, el Obispo Luigi Carli, escribió, en el número de su revista diocesana de febrero de 1965, que los judíos del tiempo de Cristo y sus descendientes hasta nuestros días, eran colectivamente culpables de la muerte de Jesucristo. Unas semanas más tarde, el domingo de Pasión, en una Misa al aire libre en Roma, el Papa Paulo habló de la crucifixión diciendo que los judíos fueron los principales actores de la muerte de Jesús. El jefe de los rabinos de Roma Elio Toaff respondió con desencanto: "Hasta las más distinguidas personalidades católicas hacían resurgir los prejuicios de la Pascua" (182) que se aproximaba.*

El 25 de abril de 1965 el corresponsal del *New York Times* en Roma, Robert C. Doty, desconcertó

(182) "Prejuicios de la Pascua", esto es, que para los judíos la muerte y resurrección de Cristo son "prejuicios". ¡Cuánto más lo será la divinidad de Cristo y el "deicidio" de que se los acusa por haberle matado!

¡Vean, pues, los que tan cándidamente los defienden si, siendo cristianos, cardenales, obispos y sacerdotes, pueden adherirse a ese parecer, negando, como ellos lo niegan, que son deicidas.

a todo el mundo. La Declaración sobre los judíos se encontraba en aprietos: ésta era, en esencia, su información; y decía además que el Papa la había entregado a cuatro de sus consultores para que la limpiaran de toda contradicción contra las Escrituras y para que fuera lo menos objetable para los árabes. Este reportaje fue refutado, como todos los anteriores que el *Times* había publicado, pues tres días después llegó a Nueva York el Cardenal Bea e hizo que su Secretario negara la información de Doty, diciendo que su Secretariado por la Unidad Cristiana tenía todavía pleno control sobre la Declaración acerca de los judíos y dando una disculpa por el sermón del Papa: "Tengan ustedes la seguridad que el Papa, predicó para gente sencilla y piadosa y no para gente instruida" ⁽¹⁸³⁾, dijo el sacerdote. Por lo que toca al

⁽¹⁸³⁾ Estas palabras, a nuestro juicio, son tan graves que seguramente el P. Robert C. Doty o su mandante el cardenal Bea, no pensaron el alcance que pueden tener.

Porque si la razón de haber afirmado el Papa que: "los judíos fueron los principales actores de la muerte de Jesús", es porque hablaba a gentes sencillas; eso quiere decir que si hubiera hablado a gente "instruída" se hubiera expresado de otra manera.

¿De otra manera? ¿Y cuál sería esa otra manera? ¿Negar que los judíos fueron los principales actores de la muerte de Cristo, cosa que sólo puede decir "hablando a gentes sencillas", o sea, a gentes que así lo creen, pero que no conocen la verdad, ya que habiendo sido "Mateo, Marcos, Lucas y Juan mejores Evangelistas que historiadores" les engañaron ¡Pero eso sería una hipocresía y totalmente contrario a su obligación gravísima de enseñar la verdad!

Así parece deducirse de esa afirmación del P. Doty. Porque

antisemita Obispo de Segni, el enviado del Cardenal

es como si dijera: si el Papa hubiera hablado a gente "instruída" que conoce ese engaño, de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, "*mejores Evangelistas que historiadores*", o sea, historiadores que, con toda la buena fe que se quiera, pero que al fin y al cabo engañaron, porque no dijeron la verdad histórica; ah, entonces hubiera hablado muy de otra manera, pues él bien la conoce y sabe que no es así.

Claro es que la intención de Doty ni del cardenal Bea no es la de llegar ahí, pero ahí llega la lógica. Y llega más allá, porque si los Evangelistas "fueron mejores Evangelistas que historiadores", eso quiere decir en la mente del Sr. Roddy, que esos buenos señores Evangelistas o fueron unos ignorantes que no supieron lo que dijeron, o unos malvados que a sabiendas faltaron a la verdad. Y los que creen (o creemos) que "sus escritos fueron inspirados", somos unos pobres ilusos que seguimos a unos pobres ignorantes o malvados.

No; el Papa, aunque hubiera hablado ante los Siete Sabios de Grecia, no podría hablar de otra manera.

El Papa no podía *negar la verdad*, porque eso sería un error contra la fe. Véase al Evangelista Juan 18, 28-40; 19, 1-13, principalmente 6, 11, y Hechos de los Apóstoles 2, 22-23, en donde se ve claramente que "los judíos fueron los principales actores de la muerte de Jesús", y hasta los únicos; porque si bien otros materialmente lo crucificaron, *solo ellos* le condujeron a la muerte con sus acusaciones calumniosas.

El Papa no podía *callar la verdad* por cobardía, porque eso hubiera sido una traición.

El Papa no podía explicarse *con lenguaje tan sibilino* que, sin negar la verdad ni decirla claramente, la ocultase a la "gente instruída" que la oyera con desagrado, porque eso sería política indigna del Vicario de Cristo.

El Papa *tuvo que decir entonces y tiene que decir ahora y siempre la verdad*, porque la verdad tiene derechos que no se pueden sacrificar en aras de ninguna otra conveniencia, fidelidad, ilusión o terror.

Entonces ¿qué? Pues que no comentamos más. Contentémonos con decir que le sería bueno al P. Doty leer y meditar las palabras de San Pedro y los demás Apóstoles:

...dijo que la manera de pensar de Carli definitivamente no era la del Secretariado (184). Morris B.

"Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 5, 29). Y las de San Pablo: "Si todavía tratase de agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Gal. 1, 10).

(184) "El antisemita obispo de Segni". ¿Por qué este Sr. Roddy, judío, estigmatiza con el epíteto de "antisemita" al obispo de Segni, Luigi Carli?

Pues por la sola razón de haber publicado en su revista diocesana de Febrero de 1965, "que los judíos del tiempo de Cristo y sus descendientes hasta nuestros días, eran colectivamente culpables de la muerte de Cristo".

Muy bien, pero eso no es una persecución contra los judíos. Eso es una verdad por lo menos muy probable, como queda probado en el capítulo segundo, por lo cual yo también, según él, quedo estigmatizado con el sambenito de "antisemita", lo que dicho sea de paso, a mí no me importa un bledo.

Y sobre todo es un hecho innegable que esa verdad, con razón o sin ella, no interesa para el caso, ha sido *expresamente* profesada por toda la Cristiandad durante veinte siglos.

De donde se sigue que, si por el solo hecho de profesar esa verdad, o aunque sea probable opinión, ya se es "antisemita"; todos los cristianos han sido y son "antisemitas".

Ahora bien, la palabra "antisemita" según la moderna mentalidad semita judaica, arrastra consigo odio y persecución al judío y a todo lo judío, nada más que por serlo. De donde se seguirá, según estos señores, que todos los cristianos pasados y presentes que profesan la verdad u opinión antedicha, odian y persiguen a los judíos nada más que por serlo.

En el Talmud sí que se leen estos caritativos consejos contra los cristianos.

"Al mejor entre los no hebreos, MATALO". (Aboda Zara, 26-b, Tosephoth).

"¿Qué es una prostituta? Cualquier mujer que no sea hebrea". (Eben Ma Eser, 6, 8).

"En el tiempo del Mesías, los israelitas *extirparán a todos los pueblos de la tierra*" (Bar Nachmani, Bammidbar Rabla, fol. 172, col. 4 y fol. 173, col. 1, ed. 1673).

No queremos copiar otras lindezas tan delicadas como estas, pero sí queremos desafiar a todos los semitas judíos

Abram, del Comité Judío Americano, fue al aeropuerto a recibir a Bea y calificó como alentadora la opinión de su secretario.

Días después, parte de los miembros del Secretariado se reunieron en Roma para votar sobre las sugerencias hechas por los Obispos. Entre esas sugerencias, algunas habían nacido y habían sido enviadas del cuarto piso del Vaticano bajo la firma del Obispo de Roma. *Se ignora si ese Obispo en particular fue ciertamente el que urgió el que fuese suprimida la negación de la "Culpabilidad del deicidio"*; pero la posibilidad real de que la frase hubiera sido suprimida, aunque él hubiese indicado lo contrario, no tenía ya importancia ahora. En el Secretariado, todos coincidieron en que la votación sobre el Deicidio fue muy pareja, después de un largo día de debates. Eliminada la palabra deicidio, quedaba en pie la sugerencia del Obispo de Roma, según la cual la cláusula que comienza *"deplora y en verdad condena el odio y la persecución contra los judíos"*, tendría una redacción mejor si se omitiesen las palabras "en verdad condena". Esta omisión dejaría el odio y la persecución de los judíos "todavía deplorada". Esta sugerencia papal no ocasionó ningún debate, sino que fue fácil y prontamente votada. Era ya muy tarde, y nadie deseaba ya seguir discutiendo sobre menudencias.

habidos y por haber, a que nos muestren algo semejante en nuestros Evangelios.

Esa reunión tuvo lugar del 9 al 15 de mayo, y durante esa semana el *New York Times* cada tres días publicó una nueva historia desde el Vaticano. El 8 de mayo, el Secretariado volvió a negar que gente extraña hubiera puesto la mano en la Declaración judía. El día 11 de ese mismo mes el Presidente de Líbano, Carlos Helou, árabe de raza y maronita católico de religión, tuvo una audiencia con el Papa. El día 12 la oficina de prensa del Vaticano anunció que la Declaración judía permanecía invariable. Si esto era para alentar a los judíos, parecía como si la prensa oficial declarase demasiado. El día 15 el Secretariado cerró sus reuniones y los Obispos se fueron cada uno por su lado, unos tristes y otros satisfechos, pero todos con los labios sellados por el secreto. Algunos pocos se preguntaban extrañados si algo fuera de orden había sucedido y si, a pesar de las reglas del Concilio, un documento conciliar había sido substancialmente cambiado fuera de las sesiones.

El *Times* siguió provocando mayor confusión. El 20 de junio, Doty dejó entender entre líneas que la Declaración en favor de los judíos bien pudiera ser que fuese al fin rechazada del todo. El día 22 Doty publicó otro reportaje que vino a convertirse en un golpe dado en su propia nariz. Comentando este reportaje de Doty, una fuente cercana al Cardenal Bea dijo que: "estaba tan carente de toda base que no merecía siquiera ser negado". Para quienes habían hecho de las refutaciones un arte refinado, este men-

tis, era algo de lo que debían sentirse orgullosos, porque precisamente era verdad lo que trataba de ocultar completamente. Doty había escrito que la Declaración estaba en estudio, cuando en realidad el estudio había sido ya terminado; el daño estaba hecho y existía en verdad lo que muchos consideraban como una Declaración, substancialmente nueva, con relación a los judíos.

En Génova, el Dr. Willem Visser'tHoff, cabeza del Concilio Mundial de las Iglesias, manifestó a dos sacerdotes norteamericanos que si los relatos de la prensa eran verdaderos, el movimiento ecuménico sería frenado. Sus opiniones no fueron un secreto para los Jerarcas de los Estados Unidos. Por su parte, el Comité Judío Americano no se mantuvo inactivo. El Rabino Tanenbaum presionó con recortes periodísticos de airados editores judíos a Monseñor Higgins. Este Monseñor comunicó sus temores al Cardenal Cushing y el Prelado de Boston hizo una delicada indagación ante el Obispo de Roma. En Alemania, un grupo que trabaja en favor de la amistad judeo-cristiana mandó una carta a los Obispos en la que se alegaba: "Hay ahora una crisis de confianza *vis-a-vis* hacia la Iglesia Católica". Para el *Times* nunca había habido una crisis de confianza *vis-a-vis* en sus reportages desde Roma. Pero si la hubiera habido alguna vez, esta hubiera debido ocurrir el 10 de septiembre. En su historia, bajo el encabezado "NUEVO ESQUEMA VATICANO DE LA EXONERACION

DE LOS JUDIOS, YA REVISADO, OMITE LA PALABRA DEICIDIO", Doty no quería que los lectores del *Times* pensasen que él había penetrado los secretos del Vaticano. Se contentaba en dar a entender que su fuente de información "era una infiltración autorizada por el Vaticano".

Historias semejantes, publicadas en el *Times*, precedieron algunos otros deslices del Concilio, antes de que estos hubieran ocurrido. La mayoría de esas versiones del *Times* fueron substanciadas en libros y revistas publicadas más tarde, aunque algunas de esas publicaciones hagan referencia a otras fuentes de informaciones especiales. La intelectual revista mensual, *Commentary* del Comité Judío Americano había ya presentado el más frío reportaje sobre el Concilio y los judíos, bajo la firma de un seudónimo, F. E. Cartus. En una nota marginal el autor remite al lector a un libro de 281 páginas, titulado *The Pilgrim*, escrito bajo el seudónimo de Michael Serafián, que confirmaba plenamente las afirmaciones de Cartus. Más adelante, en la revista *Harper's*, Cartus, todavía con mayor dureza, expresó sus dudas acerca del nuevo texto relacionado con los judíos. Para apoyar su opinión, reproduce pasajes del *Pilgrim* y hace mención a los reportajes sobre el Concilio de la revista *Time*, cuyo corresponsal en Roma se había destacado como escrupuloso autor de un notable libro sobre el mismo Concilio. Por ese tiempo, la revista *Time* y el *New York Times* de Nueva York estaban satisfe-

chos de tener dentro del Concilio un fiel informador. Sólo como una humorada periodística de las revelaciones del hombre infiltrado eran firmadas con el nombre de *Pushkin*, cuando estas informaciones eran secretamente dejadas en las puertas de algún corresponsal.

Pero los lectores no vieron aparecer nunca más el nombre de Pushkin en las últimas sesiones del Concilio. La sotana había descubierto el doble agente, que nunca más pudo volver a trabajar. *Resultó que Pushkin era el Michael Serafian del libro, el F. E. Cartus de las revistas y un traductor del Secretariado por la Unidad Cristiana, que cultivaba una cálida amistad con el Comité Judío Americano. Por este tiempo Pushkin-Serafian-Cartus estaba viviendo en el Instituto Bíblico, en donde él era bien recibido desde su ordenación en 1954, aunque allí su nombre era el de R. P. Timothy Fitzharris O'Boyle, S. J.* Para los periodistas los informes secretos del joven sacerdote y las fugas tácticas se ajustaban tan bien, que el mismo autor no se resistía a adornarlos de vez en cuando con un lenguaje florido y creador. Una impresión o dos podrían ser atribuidas a haberse agotado la información que él tenía. Se sabía que estaba escribiendo un libro en el departamento de una oven pareja. El libro fue terminado finalmente; pero también terminó o bajó en la mitad la amistad. El Padre Fitzharris O'Boyle se dio cuenta que había llegado el momento de emprender una marcha forza-

da antes de que su superior religioso pudiese averiguar cuidadosamente las razones de esa crisis de su camaradería. Salió de Roma entonces seguro de que ya no podía ser útil allí.

Aparte de su afición por los seudónimos, a las mujeres hermosas, y a los relatos sobre lo no existente, y, tal vez, siendo un verdadero genio para hacer narraciones humorísticas, Fitzharris O'Boyle era eficiente trabajador en el puesto que tenía en el Secretariado del Cardenal Bea, muy valioso para el Comité Judío Americano y todavía es considerado por muchos en los círculos de Roma, como una especie de genuino salvador de la Diáspora (dispersión). *Sin su intervención, la Declaración judía pudo haber fracasado antes, porque fue Fitzharris O'Boyle quien mejor ayudó a la prensa para denunciar a los romanos que querían suprimirla. El hombre tiene muchas peticiones de sacerdotes* ⁽¹⁸⁵⁾.

En las primeras sesiones del Concilio, cuando la Declaración necesitaba ayuda, Fitzharris D'Boyle estaba en Roma; pero en la cuarta y última sesión del Vaticano II, no había ayuda visible. Y las cosas iban sucediendo con gran rapidez. El texto había al fin salido debilitado, como lo había predicho el *Times*. Entonces, el Papa emprendió su viaje para pronun-

⁽¹⁸⁵⁾ O sea que, si como parece, este R. P. O'Boyle S.J. hizo todas estas *indignas marrullerías* a espaldas del secretariado para la Unión de los Cristianos, fue un verdadero traidor en toda regla.

ciar su discurso en las Naciones Unidas en el que su "*Jamais Plus la Guerre*" fue un triunfo. Después de ese discurso recibió con afecto al presidente del Comité Judío Americano en una Iglesia del East Side. Este acontecimiento fue un buen augurio para la causa. En seguida, en la misa del Yankee Stadium, el lector del Papa entonó el texto que comienza "Por miedo a los judíos". Y en la televisión esas palabras causaron ciertamente enorme sorpresa. En todas partes se comentaban las alzas y las bajas de la Declaración en favor de los judíos, y muchos de esos comentarios parecían preparar la eliminación final del documento. El rabino Jay Kaufman, vice-presidente ejecutivo de Lichten había advertido a sus oyentes su propia incertidumbre, "ya que el hado de la sección sobre los judíos se encuentra peloteado, como en un juego de badmington clerical, entre una próxima declaración y una cierta refutación", Shuster pudo escuchar esta opinión en el Comité Judío Americano, y pudo también oír a la oposición. No contento con una declaración debilitada, pretendía de nuevo o lograr una victoria total o que no se hiciese ninguna declaración. Por ese entonces las últimas palabras de los árabes fueron "respetuosamente presentadas en un memorándum de 28 páginas en el que se pedía a los Obispos salvar la fe, del "comunismo y ateísmo y de la alianza con el Judaísmo comunista".

En Roma, se había señalado el 14 de octubre de 1965 para la votación de los Obispos sobre la Decla-

ración judía, y tanto Lichten como Shuster veían, casi sin esperanza alguna, el mejorar en lo más mínimo esa Declaración. Los sacerdotes habían introducido, con el texto repartido entre todos los Padres Conciliares de las modificaciones que los Obispos habían pedido, *una copia de las respuestas secretas del Secretariado*. El "modi" producía, al leerlo, una sensación de desconsuelo. En el antiguo texto, el origen judío del catolicismo estaba expresado en un párrafo que principiaba: "En verdad, con un corazón agradecido". Dos obispos (pero ¿cuáles?), sugirieron que las palabras "con un corazón agradecido", fueron retiradas, porque temían que esas palabras pudieran ser entendidas como si los católicos estuvieran obligados a dar gracias a los judíos de ahora. "La sugerencia fue aceptada", decidió el Secretariado. Las respuestas del Secretariado siguieron ese camino por más de 16 páginas. En todas ellas, se dieron pocas razones para explicar por qué se quitó calor al antiguo texto, haciéndolo más legal que humano.

Cuando Shuster y Lichten terminaron de leer el nuevo texto, llamaron por teléfono al Comité Judío Americano y a la B'nai B'rith de Nueva York. Pero ninguna de estas dos organizaciones pudieron hacer nada. Fue Higgins el que primero trató de convencer a los dos desanimados "coyotes" para que recibiesen serenamente lo que lograron conseguir. Todavía por uno o dos días, el Obispo Leven de San Antonio les dio alguna esperanza. Pensaba él que el nuevo texto

estaba tan debilitado que los Obispos norteamericanos se verían obligados a votar en bloque en contra de ese texto. Si eso hubiera sucedido, tal táctica hubiera sumado algunos centenares de votos negativos al bando de los conservadores y de los árabes, y habría dado la impresión que el Concilio se hallaba tan dividido en este punto, que el Papa no podría artemerse a promulgar nada. Por eso se abandonó luego esa táctica de protesta en la votación. Lichten no se daba todavía por vencido y envió telegramas a más de 25 Obispos con la esperanza de que ellos pudiesen restaurar el texto vigoroso; pero de nuevo fue Higgins quien calmadamente le aconsejó que desistiera: "Mira, Joe, dijo a Lichten el sacerdote, con ademanes de abogado especializado en asuntos laborales, "comprendo tu descontento. Yo también estoy descontento". En seguida se fue del mismo modo a consolar a Shuster.

En su propio aposento, en donde Higgins pensaba que Lichten y Schuster por primera vez se habían reunido en Roma, el sacerdote les habló como si fuese un oficial que pretendía poner en orden a su regimiento. "Si ustedes dos dan la impresión en Nueva York, les dijo, de que se podía haber alcanzado un mejor texto para la Declaración, estás ustedes locos". "Pongan sobre la mesa sus cartas. Es sencillamente insensato pensar que por algunas presiones aquí o por algunos artículos de prensa allá, en Nueva York, ustedes pueden hacer un milagro en el Con-

cilio, ustedes no obtendrán lo que pretenden y ellos pensarán que ustedes han fracasado en su intento".

Lichten recuerda todavía más: "Higgins dijo: 'deben darse cuenta del daño que se haría, Joe, si nosotros permitimos que estos cambios que se han hecho en el texto se conviertan en barreras para interceptar el camino *que hemos emprendido hace ya tanto tiempo*. Y esto puede suceder, si su gente y la mía no responden a los aspectos positivos del nuevo texto'. Este fue el argumento psicológico decisivo para mí" dijo Lichten. Shuster no estaba convencido, sin embargo, recuerda bien la conversación de ese día. "Tuve que romper mi cabeza y mi corazón, dijo, para pensar lo que debíamos hacer. Pasé por una crisis, pero al fin fui convencido por Higgins. El que se hubiese omitido en el nuevo texto la palabra deicidio, no lo consideré yo francamente como una catástrofe ⁽¹⁸⁶⁾. Pero, el que se hubiese cambiado la palabra 'condena' por la palabra 'deplora' esto es otra cosa. Cuando yo le piso un pie inadvertidamente, usted deplora lo que yo he hecho. Pero ¡una matanza! ¿es bastante deplorar una matanza?" Diferente punto de vista fue tomado por el Abad René Laurentin, miembro moderador del Concilio, el cual escribió a los

(186) Se necesita estar absolutamente enceguecido por la maniática obsesión persecutoria racial, para creer o imaginar siquiera que pudiera ser una "catástrofe" para el mundo y ni siquiera para los judíos el que en la Declaración se omitiera que los judíos no fueron "deicidas". Ya se ha omitido Y ¿qué? ¿Dónde está el fantasma de esa "catástrofe"?

Obispos para hacer un último llamamiento a su conciencia. Si no volviese a haber antisemitismo en el mundo, nada le importaría a Laurentin la negación del crimen del deicidio, atribuido al pueblo judío, pero como la Historia nos obliga a ser pesimistas en esta materia, Laurentin pedía a los Obispos el que se supiese, como una hipótesis, que el genocidio volviese a repetirse. "Entonces, argüía Laurentin, el Concilio y la Iglesia serán acusados de haber dejado sin extirpar la raíz emocional del antisemitismo, que es el tema del deicidio" (187). El Obispo Leven había expresado su deseo de que la palabra deicidio fuese suprimida en el vocabulario cristiano, cuando un año antes había pedido el retorno al texto primitivo más explícito y enérgico. Ahora el Secretariado había suprimido en la nueva declaración la palabra deicidio y de tal manera había suprimido esta palabra del vocabulario cristiano, que aun la proscripción de la

(187) Puede ser que la raíz "emocional" del antisemitismo sea el "deicidio" judío, pero la raíz *real* por qué los judíos han sido y son odiados en tantas partes es muy otra: es porque ellos, y *no me refiero a todos los judíos*, ni mucho menos, sino *solo a la judería*, no sólo no se adaptan a la convivencia universal con las demás gentes en donde moran, sino que positivamente provocan ese odio con su perversa conducta (léase si no las siguientes obras, entre otras muchas que omitimos: "Sabios de Sión — Protocolos, Edit. "NOS". El mismo original de "Los Protocolos". "Por dinero rueda el mundo", de Henry Costón". "Traición a Occidente", "Amos y esclavos del siglo XX" y "La gran conspiración" de Traian Romanescu, en donde se descubre cuál es la verdadera raíz real del odio que atrae esa "judería" a que me refiero, sobre todos los judíos.

palabra fue omitida. "Con dificultad puede uno evitar la impresión, escribió Laurentin, "de que estos argumentos tienen algo de artificioso".

Antes de la votación en San Pedro el Cardenal Bea habló delante de toda la Asamblea de los Obispos. Dijo que su Secretariado había recibido "sus modi" con agradecido corazón y que las palabras, objetadas por los Obispos, habían sido las primeras en ser suprimidas. Habló sin entusiasmo, como quien se da perfectamente cuenta de que estaba pidiendo a los Obispos menos de lo que Jules Isaac y Juan XXIII hubieran deseado. Exactamente 250 Obispos votaron contra la Declaración, mientras 1763 la respaldaron. En los Estados Unidos y en Europa, horas después, la prensa hizo sencillo lo que en realidad era complejo, con encabezamientos como estos: "El Vaticano Perdona a los Judíos", "Los Judíos no son Culpables", o "Los Judíos Exonerados en Roma".

Brillantes comentarios hicieron entonces los voceros del Comité Judío Americano y de la B'nai B'rith, aunque en esos comentarios hay una nota de desencanto, porque el texto más vigoroso de la Declaración había sido debilitado. Heschel, amigo de Bea, fue el más duro en sus comentarios y *llamó a la decisión de suprimir la palabra deicidio: "un acto de pleitesía a Satanás"*. Más adelante, ya con más calma, simplemente se mostraba consternado. "Mi viejo amigo, dijo Heschel, el Padre jesuita Gus Weigel pasó una de las últimas noches de su vida en este cuarto". "Yo le

pregunté si él creía que fuese realmente *ad majorem Dei gloriam* el que no hubiese más sinagogas, ni comida de los 'sederes', ni oraciones en hebreo". La pregunta fue meramente retórica y Weigel está ya en su tumba. Se hicieron otros comentarios, desde lo triunfal hasta lo satírico. El Dr. William Wexler, de la confederación Mundial de Organizaciones Judías, procuró ser más preciso: "El verdadero significado de la Declaración del Concilio Ecuménico, nos los darán los resultados prácticos que esa Declaración tenga en aquellos a quienes está dirigida". Harry Golden de la *Carolina Israelita* pedía un Concilio Ecuménico judío en Israel para hacer la declaración judía sobre los cristianos.

Con su innecesaria mordacidad en sus respuestas, el comunista estaba reflejando una opinión popular en los Estados Unidos, según la cual se había concedido a los judíos una especie de perdón. Esa idea fue iniciada y sostenida por la prensa, aunque no tenía base alguna en la Declaración. Lo que, sin embargo, compresiblemente consiguieron, fue abrir una disputa en torno del Concilio, que presentaba a los judíos como si hubiesen estado en el banquillo de los acusados por cuatro años. Si los acusados no se sienten completamente exonerados cuando se pronunció el veredicto, es porque el proceso se prolongó por demasiado tiempo.

Esta demora era completamente comprensible, si se tenían en cuenta las razones políticas, pero pocos

fueron los que quisieron atribuirla a motivos religiosos. La actual cabeza de la Santa Sede, como el hombre cumbre de la Casa Blanca, está firmemente convencido de que debía buscarse una votación mayoritaria o unánime, cada vez que estaba a discusión un tema importante. Por el principio de la colegialidad, según el cual todos los Obispos ayudan al gobierno de toda la Iglesia, cualquier tema importante dividía al Colegio Episcopal en dos grupos: el progresista y el conservador. El papel del Papa consistía en reconciliar a estas dos alas. Para remediar estas divisiones en el Colegio Episcopal, el Papa tenía que acudir o bien a la persuasión o a la imposición que trastornaba el principio de contradicción. Cuando una facción decía que la Escritura sola era la fuente de la enseñanza de la Iglesia, la otra defendía que eran dos fuentes: la Escritura y la Tradición. Para poner un puente entre las dos opiniones, la Declaración fue de nuevo redactada con toques personales de Paulo en las que se reafirman las dos fuentes de la revelación, no sin dejar de dar a entender que el otro punto de vista merecía estudio. Cuando los oponentes de la Libertad Religiosa decían que esa declaración podría oponerse a la antigua doctrina de que el catolicismo es la única y verdadera Iglesia, una solución parecida bajo, al aula del Concilio, desde el cuarto piso del Vaticano. Ahora la Declaración sobre la libertad religiosa comienza con la doctrina de la única Iglesia que, *según el pensamiento de algunos*

conservadores satisfechos con esa Declaración, contradice el texto que sigue después de esa afirmación inicial ⁽¹⁸⁸⁾.

La Declaración judía tuvo mayores conflictos para tener el consentimiento universal que Paulo pretendía ⁽¹⁸⁹⁾. Aquellos que veían una dicotomía (división) en la Declaración, pudieron darse cuenta que esa división también existe en el Nuevo Testamento en el que todos, sin embargo están de acuerdo. Pero ¿hasta qué grado estaba complicada la Declaración con la política de los árabes? En Israel, después de la votación, existe la impresión de que las masas cristianas de los árabes eran más indiferentes en esta disputa de lo que los intérpretes conservadores de la Escritura hubieran querido. Los periódicos del Medio Oriente nos dan una evidencia considerable en este punto. Por las leyes de Newton, en movimientos políticos, la presión origina una contrapresión, más frecuentemente de lo que los "coyotes" quisiesen admitir. Y una de las hipótesis más ponderadas de la B'nai B'rith en gran parte y *algunas de las intransigencias teológicas de los conservadores fueron origi-*

⁽¹⁸⁸⁾ Esta aguda y desgraciadamente cierta observación de ¡un judío! no deja de ser, a mi juicio, un horrendo mal para la Iglesia. Por los frutos se está comprobando...

⁽¹⁸⁹⁾ Esta exigencia del "consentimiento universal que Paulo VI pretendía", seguramente que fue dictada por una prudencia elemental para poder romper las apretadas mallas de la red en que los "progresistas", aliados de los judíos, querían enredar a Paulo VI.

nadas por las intrigas de elementos judíos ⁽¹⁹⁰⁾. *Ha-
bía desde el principio temores de que las actividades
subterráneas del judaísmo llegasen a ser contrapro-
ducentes. Nahum Goldmann advirtió a los judíos con
oportunidad, "a no exigir esa Declaración con dema-
siada intensidad". Muchos elementos judíos no lo hi-
cieron así. Después de la votación, cuando Fritz Bec-
ker, el hombre callado de la W.J.C., confesó que él
había alguna vez entrevistado a Bea en su casa, dijo
que no se había mencionado la Declaración. "El Car-
denal y yo, dijo Becner, sencillamente hablamos acer-
ca de las ventajas que tenía el no hablar de la De-
claración".*

*Hay católicos, que estuvieron cerca del teatro de
los acontecimientos en Roma, que piensan que la ac-
tividad judía fue dañosa. Higgins, el sacerdote de la
acción social de Washington, no es uno de ellos. Si*

⁽¹⁹⁰⁾ A confesión de parte, huelgan pruebas. Y en estas
líneas están tan claramente expresadas "INTRIGAS DE
ELEMENTOS JUDÍOS" y "LAS ACTIVIDADES SUBTE-
RRANEAS DEL JUDAISMO", tan intensas que podían po-
ner en peligro su causa. Supongo que los aliados católicos de
los judíos: cardenales, obispos, sacerdotes y demás habrán
leído alguna vez en el Evangelio estas palabras: "Todo aquel
que obra mal, odia la luz" (Jn. 3, 20).

El judaísmo obtuvo la Declaración sobre los judíos con
"ACTIVIDADES SUBTERRANEAS" esto es, a espaldas de
la luz. Luego.

Por algo dice San Pablo: "Pues esos falsos apóstoles, obre-
ros engañosos, se disfrazan de apóstoles de Cristo; y no es
maravilla, pues el mismo Satanás SE DISFRAZA DE AN-
GEL DE LUZ". (2 Cor. 11, 13).

no hubiera sido por este trabajo subterráneo de los coyotes, opina él, la Declaración hubiera fracasado. Pero, el Cardenal Cushing, en su modo áspero de hablar, dijo que los únicos que podían haber dado al traste con la Declaración Judía eran los "coyotes" judíos. El Padre Tom Stransky, vigoroso y joven Paulista, que conduce un automóvil Lambretta para trabajar en el Secretariado, pensaba que una vez que la prensa entrase en el Concilio, sería imposible detener la presión de esos grupos. Si el Concilio hubiera podido deliberar en secreto, sin insinuaciones ni presiones extrañas, el Padre opina que la Declaración hubiera podido salir más vigorosa.

El mismo Stransky teme que muchos católicos consideren la Declaración, tal como fue votada, como si hubiese sido escrita exclusivamente para los judíos. "Debe tenerse presente que esta Declaración está dirigida a los católicos, que es un asunto de la Iglesia Católica. Yo no temería decir que me sentiría ofendido, si fuese un judío y pensase que este documento había sido redactado para los judíos". Para los católicos, piensa él que el documento ha sido promulgado para tener los mejores resultados. Fue el superior en el Secretariado de Stransky, el Cardenal Bea, quien más accedió a las peticiones de los conservadores. Bea, se dio cuenta aparentemente ya muy tarde de que hay algunos católicos, más piadosos que instruidos, para quienes su desprecio a los judíos es inseparable de su amor a Cristo. El

que el Concilio hubiese declarado que los judíos no mataron a Cristo, habría sido un cambio demasiado brusco para la fe de esa gente sencilla. Esa gente está formada por los que pudiéramos llamar simples dogmáticos del catolicismo. Pero había muchos Obispos en el Concilio, que si estaban lejos de ser simples, no dejaban de ser dogmáticos. Ellos sintieron la presión judía en Roma y se molestaron por esta causa. Ellos pensaron que los enemigos de Bea estaban en lo justo, cuando veían que los secretos del Concilio aparecían en los periódicos americanos. "Bea quiere entregar la Iglesia a los judíos", decían, del viejo Cardenal, los que sembraban el odio contra él, y algunos dogmáticos del Concilio consideraban el cargo como justo. "No digan que los judíos han tenido parte en obtener esta Declaración, dijo un sacerdote, porque de lo contrario toda la lucha con los dogmáticos volverá empezar". El Padre Félix Morlion de la Universidad Pro-Deo, que encabeza el grupo de estudio que trabaja en unión con el Comité Judío Americano, opinó que el texto promulgado fue el mejor. "El texto anterior tenía más en cuenta la sensibilidad del pueblo judío, pero no producía la claridad necesaria en la mente de los cristianos". "En este sentido era menos efectivo para la causa del pueblo judío".

Morlion sabía perfectamente lo que los judíos habían hecho para obtener la Declaración y por qué los católicos habían aceptado ese compromiso. "No

sotros hubiéramos podido derrotar a los dogmáticos, insistió el Padre". "Ellos hubieran ciertamente perdido, pero el costo hubiera sido la división de la Iglesia".

I N D I C E

Prólogo	9
CAPITULO I	
Algo sobre el "antisemitismo"	11
CAPITULO II	
¿Son o no son deicidas?	23
CAPITULO III	
¿Excusa a los judíos del crimen de deicidio su ignorancia?	47
CAPITULO IV	
¿Qué culpabilidad tiene el pueblo judío en el deicidio de Jesucristo?	65
APENDICE	
Artículo de Roddy publicado en "Look" sobre las intrigas llevadas al cabo en el Concilio para arrancarle la famosa "Declaración sobre los judíos"	109